

PEDRO CASTEJON GONZALEZ

NAGUADAC
EVOCA

LAS PALMAS

1980

PEDRO CASTEJON GONZALEZ



NAGUADAC EVOCA

Las Palmas
1980



NAGUADAC
EVOCA

Imprenta PEREZ GALDOS
Buenos Aires, 38
Las Palmas
I.S.B.N. 84-300-2695-9
Dep. Legal G.C. 144 - 1980

Las Palmas
1980

QUIEN SOY

La salud y la paz sobre vosotros, mis jóvenes amigos. Creo que vuestro padre ya os ha hablado de mi, sin embargo voy a repetirlo por si algún detalle se le quedó sin decir. de Telle, al que los extranjeros llaman Telde y creo que, por lo que repiten, con este nombre se quedará. Mi nombre canario es Naguadac y era sirviente de un alto sacerdote de Guayadeque, pues yo también quería ser sacerdote, pero la guerra con los cristianos cortó mi vocación y deseo. Me tomó como criado un soldado castellano que me hizo bautizar y me puso por nombre Juan, y esa fue mi suerte, pues a mi amo, que era un hombre muy instruido pero un poco fanfarrón y pependciario, casi siempre en lucha hasta con la iglesia, le gustaba hacer versos y en los ratos en que no tenía duelos ni amoríos me enseñó a leer y escribir.

Era, y es si no se ha muerto, un hombre que maneja muy bien la espada pero tan amigo de conocer cosas nuevas como del vino y de las mujeres. Ese afán de aventuras, y también por huír de la Inquisición y de sus líos de amores y sus duelos, le ha hecho embarcarse para ese lejano país que llaman las Nuevas Indias o Nuevo Mundo. Que su dios, y el nuestro por el bien de me hizo, le protejan y ayuden. Mucho me gustaría saber de sus pasos, si fuera posible.

Bastante se ha criticado a Bensoront, el tenessor de los Semídan, al que los castellanos conocen como D. Fernando Guanarteme, por haber ayudado al invasor, pero yo he meditado sobre ello y creo que este tenessor sabía muy lo que se hacía y que ya de antemano conocía a los castellanos. Cuando pactó con el general Pedro de Vera, porque

fue pacto y no rendición, consiguió de los Reyes que todos los príncipes de la sangre, los nobles y altos sacerdotes pudiesen ser soldados, librándolos de la servidumbre y de lo que es peor aún ser esclavos. Así, la mayoría de los guerreros de Castilla los tratan como iguales y toman esposa de las mujeres canarias. Por este motivo vuestro padre pudo ser soldado y conquistar tierras en Tenerife, que después vendió para comprar tierras y casas en Gran Canaria, como compró la de mi antiguo amo, y pudo tomar esposa de su raza, aunque cristiana, pero más canaria que cristiana.

Los conquistadores nos han traído muchas cosas buenas y otras malas. Han roto, destrozado, nuestro modo de vivir. No saben distinguir entre siervos y nobles, comprendiendo en ella a los sacerdotes. Es una casta que durante generaciones se ha preparado para el oficio de mandar, eligiendo a los hombres más fuertes y con mejor pensamiento y las mujeres más bellas. Han trastocado nuestra plácida vida y a nuestra firme y positiva riqueza ganadera han enfrentado la suya de industrias y barcos con las que se pueden hacer doblones más rápidamente y con cuyos doblones pueden comprar todo; tierras, hombres y voluntades; vestidos lujosos y adornos de oro con los que se creen superiores a los demás, muchas veces en contra de lo que dice su dios Jesús en los Evangelios, y que yo he leído.

Entre las cosas buenas que nos han traído están las herramientas de fierro para mejor trabajar el campo y otras cosas y así sacar más rendimiento a la tierra. Están las semillas y granos más rendidores, valgan verdades, que los nuestros. Han traído mejores animales, aparte de las vacas, verduras y árboles cuyos frutos son deliciosos. Saben pescar con más fortuna y tanto los peces como las carnes se guisan más gustosas. Nos han enseñado a levantar estas hermosas y acogedoras casas y hacer estos cómodos

muebles en que estamos sentados ahora, ante el fuego y sin que nos moleste el humo. Lamento mucho que nuestros conquistadores estén talando los bosques para hacer tierras de pan llevar y alimentar los insaciables hornos de sus ingenios de azúcar, sin plantar otros árboles antes de que los espíritus beneficiosos de la tierra nos abandonen.

También lamento mucho, y esto por la parte que toca, que hayan destruído los lugares de culto al Señor Alcorac y hayan apresado a sus sacerdotes, derribando las imágenes del Gran Poder y la Buena Madre que no pudimos enterrar, obligando a los sacerdotes a huir y refugiarse en las montañas y a escondidas rendir culto al Mas Alto Señor y también a ocultar curar los males con sus remedios, remedios bien probados. Nos obligan a que amemos a esos dioses extraños, que no conocemos y que están tan llenos de contradicciones, pues si por una parte prohíbe matar por otra parte permite que estos hombres se asesinen entre ellos y maten en su nombre sin respeto a la vida de los demás hombres.

Vuestro padre me ha pedido que os haga hombres sabios, instruídos en las artes de los conquistadores. Como sabéis durante el día voy a ayudar a una casa de oración donde viven unos hombres dedicados a su dios y que ellos llaman frailes, y que como nuestros antiguos sacerdotes son los únicos que conocen las artes, aparte de los reyes y capitanes, como esa tan útil e interesante de saber leer y escribir. Cuanto aprenda en aquella casa os lo haré saber para completar lo que os enseñe el maestro extranjero, que a su vez es clérigo. Tengo, también, un encargo especial acerca de vosotros, si gustais en ello. Y es haceros conocer algunas tradiciones de nuestros antepasados y nuestros pueblos. Creo que en esta época de lluvia que embarra las calles y moja los calzados será el mejor tiempo empleado, al amor de la lumbre, de esa lumbre hecha con las piñas de nuestros pinares. Mis cuentos son de una

época quizás algo antigua pero si os gusta continuaremos
pues os darán idea del modo de vivir que tenían los hom-
bres de nuestra raza. Mañana empezaremos, loado sea el
Señor Alcorac.

I

Los canarios teníamos cuatro fiestas principales, comunes a todos, sacadas de las Leyes de los Ancianos, y que lo mismo servían para nobles que para siervos. Estaban por encima de los deseos de los reyes, en los distintos tiempos en que la isla estuvo dividida en varios reinos.

La principal era la de Año Nuevo, que duraba nueve días. Los dos primeros para agradecer a la Divinidad sus favores a los hombres y para la bendición del grano para la siembra, para que la cosecha fuera rendidora. Los dos siguientes para la renovación del vasallaje del guanarteme al Supremo Señor y la proclamación de nuevos nobles y sacerdotes. Los cinco restantes estaban dedicados a los juegos de fuerza y destreza, músicas y danzas no religiosas.

La segunda se realizaba en la luna de octubre, en la que se efectuaba la siembra, cuando los días igualan a las noches. Había fiestas y bailes, especialmente si las lluvias habían sido abundantes.

La tercera, siguiendo los días del año, se celebraba en los días más cortos, mejor dicho, en el día más corto. En esta ocasión los vivos se cuidaban de los muertos, les llevaban alimentos y encendían fuego junto a sus tumbas para alumbrarles el camino hasta la Casa de la Luz.

En los días de primavera, en que también se igualan los días y las noches, se festejaban la renovación de la vida. Cuando las montañas se visten de colores y las ovejas y cabras paren sus recentales se festejaba la Vida en la Fiesta de los Corderos. Era una fiesta alegre, de juventud, en

la que las Leyes quedaban un algo olvidadas, y se efectuaba alrededor del Santuario del Sur. La fiesta principal duraba tres días, aunque muchos días antes, y después, la gente merodeaba, subía y bajaba del Santuario. Naturalmente, como siempre, estaban excluidos los matarifes y momificadores, los que trabajaban con la muerte.

El primer día era de oraciones, desde el amanecer al mediodía, dirigidas y recitadas por las sacerdotisas y aramaguadas, a las que seguían hombres y mujeres. En el segundo día se recibían las ofrendas y se llenaban los buches de baifo, ya limpios, secos y amorosados, con la leche vertida sobre el Gran Poder, conjurada con las palabras de las sacerdotisas, que se empleaba como remedio contra la esterilidad.

El bullir de los devotos alrededor de la Montaña Santa y la salmodia de las oficientes daban al lugar un ruido como de enjambre de moscas de la miel. Durante la jornada muchas madres subían la áspera cuesta para presentar sus hijos a la Buena Madre y para que la abadesa humedeciera la cabeza de los niños con agua lustral. La Gran Mujer, sentada en su sitial de zaleas rojas, vestida de blancas pieles, calzando sandalias de piel de cerdo, sujetando sus canos cabellos con un cónico gorro de piel blanca adornado de un abanico de plumas amarillas, humedecía sus manos en un vernegal de agua lustral, sostenido por una aramaguada, y asperjaba las cabezas de varios niños a la vez. A su alrededor tenía varias aramaguadas que la ayudaban y recogían las ofrendas a la Divinidad. La mañana era para las nobles; las siervas por la tarde.

El tercer día, y los siguientes, el que podía prolongarlo, que no eran pocos, se hacían comilones para agradecer sus beneficios al Gran Señor de lo Alto y se terminaba en bailes. Después las parejas iban a descansar bajo los verdes arcos de las palmeras o entre los muchos tarahales que profusamente rodeaban el Sagrado Monte.

Había quien no aguardaba la fecha indicada por los sacerdotes para llegar hasta el santuario. Mucho antes de que la Buena Madre surcara el cielo con su cara radiante, ya tenían elegido el sitio donde extender sus esteras, o zaleas, para dormir y habían apilado la leña necesaria para hacer sus asados y puesto bajo la sombra sus odres conteniendo vino de palma o hidromiel. Asimismo se habían acompañado de un hato de reses para tener leche y carne, y hasta de odres de agua.

Los pescadores de la vecina costa traían pescados y moluscos que cambiaban por otras cosas. El carnicero, instalado en un lugar muy apartado, hacía sonar su cuerno para orientar a sus clientes, siempre vigilado por un sacerdote, o por dos, para que las leyes no fueran infringidas ni olvidadas.

En nuestros días esta fiesta, bajo la vigilancia y la predica religiosa de los extranjeros, ni existe ni se puede celebrar, por mucho que los guantamares, los hijos de Canarias, quieran hacerla resucitar. Sobre esta fiesta conozco un sucedido que voy a daros a conocer.

II

Barranco Hondo es un lugar de la noble región de Agaldar y está habitado por vecinos cuyo trabajo son las faenas pastoriles. Un día entre los días, pocas fechas antes de la Fiesta de los Corderos, muy de mañana, el poblado parecía un hormiguero antes de la lluvia, debido a que sus moradores iban y venían, entraban y salían de las cuevas, preparándose para el viaje al sur, resguardados en sus capas de zaleas porque el Padre Sol, aunque había puesto fuego en las cimas de las montañas y en las puntas de los pinos, no calentaba el paraje.

Inagua es una joven alta y fuerte y la Buena Madre ya la había hecho mujer. Muy antes del amanecer ya tenía enrolada su estera de dormir porque la próxima Fiesta la tenía desasosegada y el sueño huía de ella a pesar de las muchas aguas de yerbas que el sacerdote del poblado le tenía recomendadas. Aun perdurada en su recuerdo los días placenteros de la fiesta anterior. Eran los festejos que más le gustaban pues carecían de la rigidez y ceremonias de otras solemnidades, eran días para la alegría y el amor.

Si se hubiera dejado llevar de su impaciencia ya estaría en camino. Aprovechaba no dormir para animar a los demás peregrinos, muy especialmente a las jóvenes como ella. Viendo las galas de una amiga se acordó de su collar. Hacía dos días que entretenida con los vestidos, pues quería lucir el delantal más llamativo, había olvidado el collar que tanto trabajo le había dado para hacerlo. Durante varias lunas estuvo recogiendo, frotando y pulimentando las conchas de lapas cuidadosamente seleccionadas por tamaño y color, hasta dejarlas limpias y brillantes; después vino el pesado trabajo de agujerearlas y ensartar en nervios de cabra las tres hileras de valvas. Podía dar por bien empleados los esfuerzos hechos porque su collar sería la admiración y la envidia de las otras peregrinas. Este sólo pensamiento la hacía dar saltitos de contento.

Por fin a media mañana y a fuerza de regañizas pudo la madre de Inagua dar por terminado el tatuaje de las mejillas, después la muchacha se dirigió a la hornacina cavada en la pared de la cueva donde tenía el pote de barro con el collar dentro y, al asirlo, notó con verdadera alarma que no tenía peso. Sorprendida miró para adentro viendo que estaba vacío. Boquiabierta, pálida, temblorosa, tartamuda, fue hacia donde estaba la madre y le presentó el cacharro sin el collar. La madre, tras algunos intentos, pudo enterarse de lo que pasaba y más tranquila rebuscó por los rincones por si se hubiera caído. Fue vana su bús-

queda, no lo halló por ninguna parte. El collar que tanto trabajo dio a las dos y en el que su hija tenía puestas tantas ilusiones había desaparecido misteriosamente.

¿Pero cómo pudo perderse? ¿Cómo? Inagua no podía explicárselo por más vueltas que daba a sus ideas. De pronto se le ocurrió que algún mal espíritu se lo podía haber llevado para hacerla sufrir y, presa del pánico, lanzó un agudo grito que atrajo a su madre y varias vecinas que la asediaron para conocer el motivo de la exclamación. Enteradas de la desaparición del collar, todas se dieron a la tarea de buscarlo, además de tratar de encontrar la razón de lo ocurrido, pero cuanto más querían aclararlo más lo enredaban.

Alguien recordó que el día anterior rondaba por allí Tarasiga, una jovencilla que vivía algo más arriba, al borde del bosque de mocanes, entre los que cuidaban estos frutales por orden del faicán. La noticia cambió el susto de Inagua por ira y deseo de venganza. Furiosa, seguida de las vecinas, se presentó en la cueva de Tarasiga como viento de tormenta registrándolo todo hasta dar con el collar oculto bajo unas piedras.

Inagua cayó sobre Tarasiga y sujetándola de los cortos cabellos la daba puñadas, arañazos y empujones, y a gritos le decía palabras insultantes. La otra contestó en igual forma, y costó muchas fatigas ser destrabadas por las demás mujeres, que apenas pudieron conseguirlo. Lo malo fue que las vecinas de ambas jóvenes tomaron parte en la pelea, primero con palabras y después con hechos, hasta que el sacerdote de Barranco Hondo, ayudado por otros hombres, por las buenas o por las malas pudieron separarlas. Pero como los ánimos no se calmaron determinó, llevar a las muchachas ante un alto sacerdote de Agaldar y éste pasó el asunto al Faicag.

III

El faicag Arinegua gustaba de refugiarse en una pequeña y apartada cueva que le servía de oratorio porque allí, corida la cortina de junco, parecía que el Gran Espíritu le traía nueva ideas para el gobierno de las gentes y que allí, estando solo, ponía en orden sus pensamientos y su corazón se llenaba de gozoso bien estar. En una de estas ocasiones fue interrumpido por un lego que alzando la cortina esperó a que el hombre de Acoran le dirigiera la palabra.

¿Qué sucede para que me molestes, Boran?, preguntó el faicag.

Me envía Atanariga, pues se ha presentado el jefe de Barranco Hondo con un pleito entre mujeres y el noble Atanariga cree que debes ser tu, Señoría, quien debe juzgar los hechos.

¡Almenec Alcorac! Se ponen blandos porque no quieren enemistarse ni con parientes ni con servidores, como si las leyes fueran hechas para ser regidas y no para conducir y gobernar. ¿Vienen solas?

No, las acompaña mucha gente de Barranco Hondo y de aquí.

Que vayan todos al Tagoror de la justicia y que esperen. Que vayan los hombres de varas que hagan falta para imponer el orden.

Boran se dirigió a complimentar las órdenes recibidas y el faicag al templo para tomar los atributos de su autoridad y, haciéndose acompañar de cuatro sacerdotes, entre ellos el Memoria, se encaminó al Sitial de la Justicia, donde habían sido puestas zaleas sobre la piedra de sentarse. El corro de gente se abrió para dejarle calle y una vez sentado e impuesto el silencio ordenó al jefe del poblado le relatara los hechos para poder sentenciar.

Apenas el jefe de Barranco Hondo terminó de explicar lo acontecido, los partidarios de Inagua pedían a gritos que Tarasiga fuera castigada como ladrona. Arinagua levantó su báculo, rematado por cuatro grandes cuernos de carnero, a cuyo gesto se hizo de nuevo el silencio, y ordenó que en adelante los que hablaran sin él pedirselo recibieran cinco bastonazos. Pensaba que las más de las veces las cosas pequeñas daban lugar a grandes enredos.

El delito en si no era grave y como aquella gente era de la clase de los servidores y la podía juzgar de día, lo mejor sería hacerlo ahora que dejarlo para otro día. Se preguntaba mentalmente por qué causa no la habían juzgado otros sacerdotes de menos categoría en vez de molestarle a él, pero eso serían cosas que arreglaría en el momento oportuno. Dio orden de abrir el corro pues la gente poco a poco se había acercado a su sitio. Los hombres de varas no tuvieron que repartir muchos bastonazos para que dejaran amplitud y así que la plaza fue suficiente amplia, levantó el báculo y ordenó que las causantes del alboroto fueran traídas a su presencia, las que se arrodillaron al llegar junto al faicag.

Levanta la cabeza y habla, dijo a Inagua. Esta quiso decir algo pero estaba tan azorada que sólo un murmullo salió de su boca, murmullo que nadie entendió, ni siquiera Arinegua, a pesar de estar tan cerca, ni los jóvenes sacerdotes que le acompañaban, que eran más jóvenes.

¡Habla más alto, si no quieres conocer el sabor de las varas de mis hombres!, ordenó el faicag, con lo cual casi le da un soponcio a Inagua. Al fin, gritando más que hablando, tratando de asir por los pelos a Tarasiga, pudo decir Inagua: Esta ladrona me ha robado un collar que me ha costado mucho trabajo y muchos soles de paciencia, Señoría, cástigala como marca la ley para que no vuelva a robar.

Muéstrame el collar, pidió el faicag al jefe del poblado que lo puso en sus manos. Era un adorno verdaderamente bonito, de mucho trabajo y que había sido hecho con un arte muy personal. Arinegua miró para Tarasiga, mirada que la puso azorada, con temor en el corazón. Este collar, la dijo, ha costado bastante trabajo, tiempo y esfuerzos a tu amiga y tu no debes apropiarte la labor hecha por otros, serás castigada como ordenen las leyes de nuestra nación.

Tarasiga se puso pálida al pensar en el terrible castigo que se daba a los ladrones, y dijo entre sollozos: No quería quitárselo, Gran Señor, sólo deseaba tenerlo puesto unos días para que su influjo me hiciera efecto.

¿Su influjo?, dijo el hombre de Alcorac. ¿Qué es lo que has querido decir?

Este collar está hechizado y hace más bella a la que lo lleva puesto, contestó Tarasiga.

El faicag mira para Inagua. ¿De qué hechizo se trata?

¡Es mentira, es mentira! No es verdad tal cosa, dijo Inagua casi gritando, lo hace para salvarse.

¡No, no, es verdad, es verdad! saltó Tarasiga con más fuertes voces, me lo ha dicho muchas veces Autica.

¿Autica? ¿Quién es Autica?, preguntó Arinegua al jefe del poblado.

Una joven, vecina nuestra.

¿Está aquí?

El jefe del poblado recorrió con la vista el corro de personas que estaban presentes. No, no está, respondió a la pregunta del faicag.

Ve y traémela, ordenó el alto sacerdote. Hay que dejar bien aclarado este asunto de los hechizos, siguiendo los preceptos de Guatidámara. Como hoy se ha hecho un poco tarde, mañana, después de aparecer el Padre de los Días, continuaremos. Estas dos, señalando a Inagua y Tarasiga, se quedarán entre nosotros, y, con ellas, sus parientes. Tu habla conmigo.

El sacerdote-jefe de Barranco Hondo se retiró con sus vecinos a unos palmerales que había cerca de la costa, enviando emisarios a buscar a Autica. La gente de Barranco Hondo se dedicaron a recoger lapas y burgados y a pescar pulpos, y lo que pudieran, para comerlo asado. Pero el jefe quiso estar más seguro de alimentar a los suyos y al mismo tiempo que ordenaba buscar leña, pidió al faicag unas cuantas reses para asarlas. Tarasiga e Inagua fueron alojadas con sus familiares, pero lejos unos de otros para evitar enredos. Esto no impidió que algunos amigos, con el pretexto de traerles lapas, fueran donde estaban para comentar largamente el asunto. Era muy agradable estar de un sitio para otro diciendo, oyendo, comentando... Por la cabeza de bastantes vecinos de Barranco Hondo, y otros tantos de Agaldar, pasó la idea de pedir al Más Alto Señor una riña como aquella, cada una o dos lunas.

IV

Mucho antes del amanecer ya estaba gente de Barranco Hondo, de Agaldar, y de otros poblados rodeando el Sitial de la Justicia y cogiendo sitio lo más cercano al asiento de Arinegua para no perder palabra ni gesto de todo lo que pasara en el juicio. Como la reina Guatidámara había prohibido las guerras, la vida se había hecho algo aburrida.

El faicag no se dejó ver hasta que el Padre Sol no

apareció por encima de las lomas y calentó algo la piedra y zaleas de su sitiarse, acompañado de sus acólitos y sus Memorias. Fue hecho el suficiente lugar otra vez por los hombres de varas, que tuvieron que dar más empujones que el día anterior, porque la curiosidad era también mayor. Por el jefe de Barranco Hondo fueron traídas Inagua, Tarasiga y Autica. Esta última, sin color en la cara y titiritando de nervios y miedo, no se atrevía a levantar la cabeza para ver a nadie. Arinegua la miró largamente antes de ponerla su báculo sobre el hombro al mismo tiempo que la decía: Tarasiga dice que este collar está hechizado porque tu así se lo has dicho, ¿cómo lo sabes?

Autica quiso decir algo pero las palabras se le quedaron en la garganta. Parecía un pez abriendo y cerrando la boca. Por dos veces tuvo que decirle el faicag que hablara más alto, y al fin, con un hilo de voz, temblorosa y entrecortada, casi se la oyó decir:

Fue una broma, Gran Señor. Como Tarasiga se cree cuanto la dicen me quise reír de ella, santo varón.

No, dijo Arinegua en voz alta. Sé que no es como tu me dices. Inagua y tu erais muy amigas, pero os habéis peleado por cuestión de amoríos. De modo que tu intención no era gastar una broma a Tarasiga, sino impedir que Inagua pudiera lucir ese collar, ese adorno de su persona, ante ese amigo vuestro, que sé que está presenciando cuanto ahora ocurre aquí. Debido a este asunto se han producido riñas entre tus convecinos y aún las cosas podrían dar lugar a una lucha entre guerreros. Y todo ello por una ligereza y maldad en tu proceder.

Ordenó que viniera el verdugo, orden que hizo palidecer y temblar a las reas y dejó sin voz a la multitud. Cuando llegó el Hombre del Castigo, la gente le abrió amplia calle para que no rozara a nadie, dándole la espalda.

En aquellos días debía tener algún trabajo de momificación, a juzgar por el mal olor que le acompañaba.

El faicag no quiso aplicar la Ley en todo su rigor viendo la ingenuidad de unas y de otras, por lo que ordenó que con una correa de piel de cerdo se les azotara en las posaderas; una mano de correazos a Inagua, para que no se tomara la justicia por su mano; dos a Tarasiga, para que aprendiera a distinguir la verdad de la mentira, y tres a Autica para que no volviera burlarse de nadie en lo sucesivo.

Los familiares se las llevaron para sus viviendas en una parihuelas, tendidas boca abajo, y aprovechaban los descansos para curar sus heridas con manteca rancia y hojas de llanten. Pero no eran los moretones lo que las hacía sufrir, sino el no saber si llegarían a tiempo de asistir a la Fiesta de los Corderos, por la que tanto habían luchado. Pero pudieron llegar, e Inagua lució su ya famoso collar sobre sus senos redondos y enhiestos. Al final las tres volvieron a ser amigas inseparables. Esto lo sé porque un nieto, ya viejo, de Inagua, me lo contó, siendo yo joven.

En aquellos días de los años sesenta y setenta, cuando se empezaba a pensar en el futuro de la cultura y de la educación, se planteó la necesidad de una reforma integral del sistema educativo. Este planteamiento se basaba en la idea de que la educación debía ser un proceso continuo y permanente, que se desarrollara a lo largo de toda la vida del individuo. Se buscaba una educación que fuera capaz de formar personas capaces de adaptarse a los cambios de la sociedad y de contribuir al desarrollo de la comunidad.

Los fundamentos de esta reforma se basaban en los principios de la pedagogía humanista y de la pedagogía crítica. Se buscaba una educación que fuera capaz de desarrollar la personalidad del individuo, que le permitiera tomar decisiones de forma crítica y responsable, y que le ayudara a comprender y transformar su entorno social. Se planteó la necesidad de una educación que fuera capaz de formar personas capaces de adaptarse a los cambios de la sociedad y de contribuir al desarrollo de la comunidad.

Este planteamiento se basaba en la idea de que la educación debía ser un proceso continuo y permanente, que se desarrollara a lo largo de toda la vida del individuo. Se buscaba una educación que fuera capaz de formar personas capaces de adaptarse a los cambios de la sociedad y de contribuir al desarrollo de la comunidad. Se planteó la necesidad de una educación que fuera capaz de formar personas capaces de adaptarse a los cambios de la sociedad y de contribuir al desarrollo de la comunidad.

Este planteamiento se basaba en la idea de que la educación debía ser un proceso continuo y permanente, que se desarrollara a lo largo de toda la vida del individuo. Se buscaba una educación que fuera capaz de formar personas capaces de adaptarse a los cambios de la sociedad y de contribuir al desarrollo de la comunidad.

1

Era un día luminoso y espléndido. La montaña y el bosque se bañaban en una ligera niebla dorada, como si la luz del sol se hubiera convertido en polvo y fuera recubriendo las cosas y los seres. Llenaba los barrancos y hacía refulgentes los pinos y las grandes piedras. Seguramente serviría de alimento a quien la respirara y haría crecer las tierras y las montañas. Daba la vida y daba la muerte, porque entre aquella oleada de vigor se percibía la ansiedad con que algunas plantas aguardaban la llegada de la noche para poder absorber humedad de la niebla que subiría de las costas.

Estas sensaciones entraban en el pensamiento, aunque sin él darse cuenta, del hombre que con semblante preocupado caminaba por la ladera. En un momento pareció despertar de su ensueño íntimo y se detuvo, en un pequeño calvero del pinar, para que la luz del Sol le rodeara mientras elevaba una oración al Mas Alto Señor, pues el Sustentador no sólo nutre y da vida a las plantas, sino que también alimenta y da vida a los hombres y él sentía, en su corazón, la necesidad de unirse unos momentos con la Divinidad. El ambiente era de una serenidad y placidez maravillosas de las que tanta necesidad tenía la voluntad del joven.

Aterure, así se llamaba el caminante, a pesar de sus desasosiegos no podía dejar de reconocerlo así, y se paró de nuevo para contemplar aquellas laderas cuyos árboles las cubrían hasta la misma y lejana orilla del mar. Deseaba saturarse del poder y calma que emanaba de aquellos

sitios. El cielo lucía limpio sin que nube alguna rompiera el brillo y la tersura que hoy parecía más intenso que otros días. En el horizonte, sobre un azul más oscuro, se recortaba la silueta de la vecina tierra con su Montaña del Fuego. Entre esta y Tamarán se estaba formando el mar de blancas nieblas pues ya la tarde declinaba. Parecía que la espuma de las olas, al romper contra la costa, subía al aire y por deseo de Alcorac se detenía allí.

Reanudó su camino y de nuevo el recuerdo de Atenata, olvidado por aquel momento de unión con la belleza de lo creado, volvió a ocupar su pensamiento. Otra vez la imagen de su esposa se adueñó de su pecho donde estaba clavada como un dardo, tanto que se pasó la mano por él como si de una herida real se tratara. Le pesaba hondamente el fracaso de su matrimonio y se sentía humillado por no saber retener el amor de la mujer. No encontraba razón para que aquella gran pasión, que ella tan abiertamente manifestaba, hubiera muerto en tan pocas lunas. En cambio su amor por ella, lejos de menguar había ido creciendo con el tiempo. Pero no dejaba de reconocer que no podía seguir sufriendo los desdenes que le hacía ni soportar la gran soberbia que encerraba aquel cuerpo, cuya belleza destacaba entre la abundancia de mujeres hermosas que hay en los poblados del norte de Tamarán.

Aunque durante algunas lunas no quiso contrariar sus deseos ni su carácter, con le tiempo se vio precisado a oponerse a sus capricho, lo que dio lugar a disputas cada vez más frecuentes hasta verse obligado a separarse, sin que por ello fuera al faicán e pedir la anulación de su matrimonio pues en el fondo la deseaba con todas las fuerzas de su ser. Era tan fuerte la atracción que la mujer ejercía sobre él que, olvidando todo, repetidas veces le llevaba hasta su vivienda esperando, como hoy, que algún día cambiara de actitud pero sólo recogía palabras de indiferencia. Su espíritu de poeta, mas sensible, sufría por estas cosas

en mayor grado que otros hombres y pese a que había hecho propósito de romper con esta servidumbre, el caso es que volvía una y otra vez a verla sin romper con el influjo que anulaba su personalidad.

Metido en sus problemas amorosos casi no veía el mundo que le rodeaba por cuya causa tropezaba frecuentemente en los inmuerables tocones de pequeñas matas, ya muertas, que sobresalían por entre las hojas caídas de los pinos. Su abarca, de grueso cuero de cerdo silvestre, se enganchó en una de estas tozas, haciéndole perder el equilibrio y caer por un desnivel contra el tronco de un árbol. El golpe le produjo tan intenso dolor en el pie derecho que lejos de incorporarse se quedó tendido en tierra con los puños crispados mientras el sudor le corría por la frente. Al sufrimiento físico tenía que añadir la angustia de encontrarse dentro de la comarca de un jefe que estaba en lucha con su padre por una cuestión de pastos; se hallaba incapaz de defenderse por tener el tobillo roto y no podía enviar aviso para que vinieran a recogerle.

Pasado un largo rato, cuando el mal fue cediendo, probó a mover el pie, viendo que podía hacerlo y que no había rotura, lo que le dio ánimos para moverse de donde estaba. Agarrándose al pino contra el que había chocado trató de levantarse, soportó horribles punzadas, pero no podía poner el pie en el suelo porque ello agudizaba el sufrimiento. Decidió esperar algún tiempo más y para activar la mejoría se dio masajes en la parte dolorida.

Un enemigo de su pena, que en otros momentos no lo era, y con el cual no había contado, enviaba sus primeras avanzadas. Era la niebla que subía lentamente desde las partes bajas de la montaña. Para ponerse al abrigo de su frialdad trató de incorporarse de nuevo pero el sufrimiento físico le tuvo agarrado al tronco. No podía andar y comprendió que tenía que pasar la noche en el bosque. Un bosque apenas conocido por él y, seguramente, habitado

por espíritus desconocidos en su ser y en sus intenciones. Al pensar en esto apretó con fuerza los amuletos que colgaban de su cuello.

Sobreponiéndose al padecer avanzó cómo pudo hasta un cercano roquedal buscando un abrigo aunque fuera precario. Ahora lamentaba haberse entretenido más de la cuenta tratando de hacer entrar en razón a Atenata. Se cobijó bajo una roca saliente y arrimando pinocha y helchos trató de hacer más cómodo el improvisado lecho. Desató la capa de piel que llevaba colgada del hombro y cubrió con ella el tobillo que ya había protegido con pinocha bien seca. De su zurrón de viaje sacó higos secos y granos de trigo que comió para reponer fuerzas y de su odre de baifo tomó un sorbo de agua y se dispuso a pasar la noche.

Jirones de niebla avanzaban lentamente ocultándole los cercanos troncos de pino, muchos de los cuales habían conocido a varias generaciones de hombres, sumergiéndole en un mundo de penumbra que se hacía cada vez más denso, aislándole de todo lo que no fuera él mismo y la roca que le abrigaba. Pero no pudo dormir, los extraños ruidos del bosque, algunos animales guaniles que pasaron cerca, el pie que parecía que iba a desgarrársele, quizás por el frío, le tenían sobresaltado. La niebla, que se había ido enroscando en las hojas de los pinos, terminó por hacerse agua, y aquellas gotas, al chocar contra las piedras, era un ruido amigo que la hacía compañía. La noche le pareció más larga que el Tiempo de los Tiempos, la oscuridad se fue aclarando y al llegar el nuevo día, perdiendo la noción de las cosas, se quedó dormido.

2

Un grupo de gordos cerdos salvajes había sido visto

por el Alto Bosque. Tan pronto como Atanor, el regulo de Agaete, supo la noticia se dispuso a darles caza. Muy de mañana habían partido los ojeadores para situar a los animales y cuando el sol había barrido la niebla se puso en camino Atanor, acompañado de sus hijos, nobles y servidores, haciendo sonar los grandes cuernos de carnero para situar a los ojeadores.

Buen trecho de la montaña ya tenían recorrido cuando uno de los servidores llamó la atención de Atanor para indicarle algo de regular tamaño que estaba al pie de unas peñas y parecía un animal. Intrigados y curiosos, empuñando lanzas y venablos, se acercaron al roquedal y, ya más cerca, vieron que lo que habían tomado por un animal era una persona envuelto en su capa de aguas, quizá un viajero extraviado. Extrañados se aproximaron con ánimo de ayudarle y con el ruido que hicieron el hombre se despertó. Echó para atrás su capucha y quiso incorporarse, pero algo que le hacía cojear se lo impidió. Al fin, con la cara contraída, lo logró.

Todos se quedaron sorprendidos. Garinana, el hijo mayor de Atanor, había sido rival de Aterure en conseguir el amor de Atenata, y al mismo tiempo tuvo que aguantar los triunfos de éste como poeta, cosa que también hubiera querido llegar a ser pero que no pudo lograr. Recordando que estaban en guerra, aunque ya era un asunto muy lejano, y dejándose llevar de sus impulsos, levantó el brazo con que empuñaba la corta lanza e hizo ademán de avanzar hacia él, pero Atanor le asió fuertemente por la muñeca obligándole a bajar el arma y contenerse.

¿Qué malos espíritus te poseen, le dijo, que te hacen olvidar las leyes de los ancianos y las costumbres de la nación? ¿Cómo un príncipe que es noble de muchas generaciones, que tiene sangre de hijos de reyes y guerreros, puede siquiera pensar en herir a otro hombre de sangre real y que no puede defenderse? ¿Crees que es uno de los

animales que estamos persiguiendo? ¿Qué te ha impulsado a querer deshonorar ante todo Tamarán nuestra familia, nuestra tribu y nuestra comarca? ¿Has pensado que los espíritus de nuestros padres te perseguirían y maldicerán si haces esta afrenta a su linaje? Vuelva en ti la cordura y aleja de tu ser los perversos sentimientos.

Y confiando su hijo al sacerdote y nobles que le acompañaban llamó a un servidor y fue junto a Aterure, que pálido pero sereno contemplaba la escena. No alejes la calma de tu corazón, le habló Atanor. Eres mi huésped y tu persona será respetada en mi territorio. Ahora cuéntame qué te ha ocurrido para tener el pie en esa forma, y señaló para el tobillo hinchado y amoratado por el derrame. Los cazadores se acercaron para oír. Aterure relató lo que le había sucedido. Garinana reía fuertemente al enterarse de los despegues amorosos de Atenata.

Ante la imposibilidad de que el de Artiarcar pudiese andar Atanor dispuso que los sirvientes cortaran ramas para hacer una angarillas, en las que envió al accidentado para Agaete, a cargo de Chanona, su mujer, mientras ellos proseguían la caza comenzada.

Cuando Chanona vio el estado en que Aterure tenía el pie se conmovió pues le conocía desde pequeño y nunca pudo entrar en la animosidad de su marido contra su antiguo amigo, el rey de Artiarcar. Hizo que trajeran cortezas frescas de pino y pimpollos del mismo que puso a hervir en ancho recipiente de loza, añadiendo otras plantas medicinales al cocimiento. Cuando se entibió ordenó a Aterure que metiera el pie en él y lo tuviera largo rato para que la piel se saturara de sus virtudes. Después se lo secó y le untó de grasa animal mezclada con resino y jugo de beleño. Un sacerdote le ayudó en la cura. Aterure fue llevado a una cueva que le había sido preparada con una mullida cama de pinocha y zaleas.

Mas tranquilo, puesto que el dolor había cedido un tanto, y pensando en todo lo que le había ocurrido, oyó que alguien se acercaba y pensó que le traían comida, como así era en efecto, pero con sorpresa vio que la portadora era una muchacha noble, de una belleza delicada y atractiva que tras de contemplarle sonriente le preguntaba: ¿No me reconoces? ¿No te acuerdas ya de mí?

Me figuro, respondió Aterure, que eres Atesara, pero estás tan crecida y bonita que de momento no te reconocí.

Tus palabras me alegran, pero Atenata es más bella que yo.

No hables de esa mujer ni digas su nombre, pues hasta eso me molesta, y más ahora, después de haber visto, todo lo bella que eres.

Un ligero rubor tiñó las mejillas de la poven y sus ojos tomaron nuevo brillo por causa de que su corazón estaba contento con las palabras de Aterure, en el que había pensado muchas veces, tantas, que una vez fue a pedir remedio a una mujer sabia para que su pensamiento se librara de tal hechizo. Así, cuando quiso darse cuenta, ya las palabras habían salido de su boca y decía:

Yo tenía largos deseos de estar contigo. ¿Me contarás lo que te pasa?

Sí, te lo contaré todo para que sepas cómo es esa mujer, y porque necesito que alguien me escuche para vaciar mi pecho, y para que estés más tiempo a mi lado, contestó Aterure, con la mirada clavada en Atesara porque todo su ser necesitaba la compañía de una mujer.

Mi madre me espera y debo regresar junto a ella, dijo la muchacha. Vuelvo enseguida, come mientras tanto que después te escucharé cuanto quieras contarme.

El perfume de las hierbas secas y el de las hojas de

pino que llenaban el jergón de tejido de palma sobre el que yacía Aterure, podrían hacerle creer que aún estaba en el bosque, pero el haber amainado el dolor del pie, las blandas pieles que le servían de lecho y cobija, el olor atrayente que despedían la carne asada y la imagen de Atesara, que no se quitó de su pensamiento mientras comía, le traían a la realidad. Daba gracias a la Buena Madre, que protege los amores, por no haber llegado a su destino y de que le aconteciera el percance del pie. Atesara se había convertido en una atrayente mujer, de ojos tristes pero seductores. Era mas baja que alta aunque bien proporcionada. No podía explicarse qué era lo que tanto le había cautivado de la joven pero lo cierto es que no se apartaba de su pensamiento. Después de haberla visto desaparecieron sus dudas y las preocupaciones que llenaban su ánimo.

Comió y con la comida entró en él una grata placidez. Se quedó dormido hasta que un ruido le despertó. Chazona y Atesara estaban en la puerta. Tuvo que contarles las incidencias de su matrimonio hasta que su curiosidad quedó totalmente satisfecha.

3

A poco más de mediodía regresaron los cazadores con el trofeo de un cerdo muy gordo que colgado de la rama de un árbol portaban cuatro hombres. Los guerreros se fueron para la playa para limpiarse del polvo y sudor. Chazona se hizo cargo del animal y llamó a los servidores. Vigilaba la labor de los carniceros y a los cocineros que preparaban el horno de piedras. Hizo juntar esteras sobre las que se pusieron otras esteras más gruesas que recibirían el asado. Se trajo abundante gofio y gánigos para amasarlos, cántaros de agua fresca y otros con hidromiel.

Envió a coger berros al barranco pues a Atanor le gustaban mucho con la carne de cerdo.

Atanor revisó los preparativos del ágape cuando regresó de la marea pues deseaba que todos quedaran hartos y complacidos. Mientras llegaba la hora, y la tarde declinaba, Chanona le enteró de cómo había instalado a Aterure y las curas que le habían hecho. Atanor se alegró pues si estaba en lucha con Garigaga, el de Artiarcar, más lo había hecho por sentar su autoridad que porque llevara gusto en ello, ya que eran amigos desde niños y siempre estaban de acuerdo, incluso había luchado contra otros reyes más ambiciosos y contra los hombres que llegaban por la gran-agua. Envió un mensajero al de Artiarcar dándole cuenta de lo ocurrido a su hijo y cómo había sido acogido.

La rivalidad la originó una cuestión de pastos entre pastores fronterizos que enredó a los ganaderos y más tarde a los regulos, son pena de quedar como cobardes ante los suyos o como sometidos al otro rey. La cuestión quedó olvidada y los pastores que la provocaron eran amigos de nuevo pero los ganaderos mantenían su orgullo ante los contrarios. Por esta causa cuando al otro día le dieron el aviso de que llegaba Garigaga, seguido de sus nobles y gaires, acompañado de un rebaño de más de cien cabezas, entre machorras, baifos y corderos, escoltados de cinco carniceros y hombres cargados con cestas a la cabeza, llamó con prisa a su Sábora para tratar de si debía recibirle o rechazarle. Estaban tratando en Consejo la cuestión con sumo cuidado, aunque en el fondo ninguno se quería perder las comilonas y festejos, pero la solución la dio el mismo Garigaga enviando un mensajero para pedir la protección de Atanor y sus consejeros y asilo para pasar la noche en el territorio. Atanor sonrió ante la astucia de Garigaga pues no podía negarse a esta petición sino quería ponerse en contra de las antiguas costumbres,

viejas como el tiempo y la raza, que estaban por encima de los reyes.

Siguiendo los mandatos de los ancianos salió Atanor a recibir a Garigaga, abrazándole y besándole en el hombro como haría un noble a su Señor. Pero como tampoco podía olvidar que estaban enemistados, se separaron y mirándose cara a cara se decían amenazas e improperios, hasta que los nobles de ambos reinos los separaron y tomaron el acuerdo de reunirse todos para terminar con las cuestiones que tenían separadas a las dos comarcas.

Chanona, nieta, hija, sobrina y madre de guerreros, ya sabía como iban a terminar las cosas, por lo que dispuso que rápidamente vinieran los carniceros, sacrificaran las necesarias reses para una gran comilona para todos, se preparan los hornos para el asado, añadiendo a la carne las hierbas que un sacerdote joven gran conocedor de las plantas mágicas le había indicado, y se preparó lo necesario, incluso las hogueras por estar la luna en menguante, para la gran comida. En el Gran Consejo las cosas no iban muy bien, debido a que ninguna parte quería ceder pues todos eran muy puntillosos, pero cuando el olor del asado llegó hasta ellos, rápidamente llegaron a un acuerdo. Un poco se amoscó Garigaga porque no se había echado mano de las reses que trajo, pero el vino de palma pone tan ligero el hígado y tan alegre el corazón que los que hacía muy poco eran enemigos terminaron abrazados y haciéndose mutuas promesas de honra y servicio.

4

El espíritu de la ambición y la soberbia crece de día en día en el corazón de Atenata que por esta causa aprovecha todas las ocasiones en que lucir y destacarse. Su gran hermosura la hace tener a los hombres a su alrededor

y jugar con sus pasiones. Cuando Aterure fue proclamado vencedor en los juegos de poesía y de todas partes le pedían coplas de amor, Atenata le tendió sus redes hasta lograr casarse con él para ser envidiada por las mujeres de los distintos reinos a los que tenía que ir el poeta. Y, al mismo tiempo, lograr su anhelo de figurar entre los verdaderos nobles y no ser la hija de un pobre hidalgo cuya nobleza no había sido reforzada.

Pero bien pronto, pasadas las primeras lunas de locura y novedad, tropezaron el carácter poético y la constitución algo débil del hombre con el ánimo dominante y la naturaleza fogosa y apasionada de la mujer. Aterure aunque débil de cuerpo es fuerte de pensamiento y choca con la tiranía de Atenata, lo que da lugar a discusiones que los van alejando de un matrimonio que a ninguno de los dos satisface plenamente, aunque Aterure seguía muy enamorado. El se entusiasmaba con la belleza de las cosas y a ella no la interesaba sino la fuerza y el poder. Alta, de formas algo opulentas, de grandes ojos negros de mirar osado, la boca roja y no pequeña, el pelo oscuro y brillante, hacía latir el corazón de los hombres a los que sometía con su presencia. Casada con un noble de la sangre no podía seguir con el juego de sus coqueterías pues las leyes eran muy exigentes en este asunto por lo que cansada de esta sujeción retornó un buen día con sus padres a Agaete.

Aterure no quiso hacer uso del poder que las leyes otorgan al marido para obligarla a volver con él porque seguía enamorado de su mujer y esperaba que cambiara de actitud. Repetidas veces había ido a verla, a ocultas de los suyos que deseaban librarle de aquel vasallaje de sus sentidos, tratando de que regresara con él; todo fue inútil. Atenata, acostumbrada de nuevo a la mayor población de Agaete, a sus costas de limpias aguas, a la cercanía de la preeminente Agaldar, a las miradas ardientes del prínci-

pe Garinana, pensaba con horror en la montaraz Artiarcar, por lo que cada visita de Aterure hacía crecer el coraje que sentía por el hombre, pasado el capricho que sintiera por su persona y su celebridad. Estas visitas y las riñas que surgían de ellas ponían a Aterure al borde del embotamiento.

Todo esto era recordado por el poeta en su casi forzada inmovilidad, mientras se reponía de su indisposición bajo los cuidados del hombre sabio y de Chanona, mas los de su madre, que había venido de Artiarcar junto a Garigaga para cuidarle. La imagen de Atesara iba borrando en su corazón la de Atenata, no sólo por la atractiva belleza de la joven sino por la afinidad de sentimientos y el encanto que la rodeaba, que de día en día le iba sujetando con ligaduras irrompibles.

Aterure estuvo quieto más tiempo del que se creía en primer momento a causa de que el hombre sabio no le permitió caminar hasta que su mal no hubiera desaparecido. Los unguentos misteriosos y los repetidos conjuros del sacerdote sufrieron su efecto y el pie tomó su juego de nuevo.

Toda ocasión es buena para celebrarla si la paz reina en los pueblos y los bienes se han acrecentado. Garigaga quiso festejar la curación de su hijo y con ello obligar a Atanor a comer de lo suyo, pues aún le escocía que en la anterior comilona no se hubiera gastado de lo que él llevó, por cuya causa estaba de nuevo junto al de Agaete, con el que se avenía muy bien, sobre todo en las fiestas.

Atanor, que sabía por Chanona la inclinación de Aterure por Atesara, hubiera deseado que éste hubiera permanecido más tiempo en Agaete, hasta que la unión de los jóvenes se efectuara, y con la de los muchachos la de las comarcas, y se lamentaba, junto a Aterure, que tuviera que marcharse ya que gracias a su accidente la gue-

rra entre ambos reinos se había terminado, lamentando el tiempo que había tenido qu estar quieto.

No tengas pesar por eso, respondió Aterure. Estos días perdidos, según tu dices, me han servido para crear relatos y componer canciones que en otra ocasión os haré conocer.

5

La curiosidad de los que oyeron las palabras de Aterure fue excitada de tal manera que no le dejaron tranquilo hasta que prometió que antes de marchar les haría conocer algunas de sus composiciones. Para lo que se organizó una fiesta a la que fueron invitados los regulos y faicanes de otras comarcas. Atenata no quiso perder la ocasión de estar entre personas tan principales ni privarse del placer de hacer gala de su atractivo ante aquellos poderosos guerreros. Cuando llegaron los palos de música, el tambor y una flauta de caña, enseñada por los extranjeros cautivos, cantó así:

CANCION DE ATERURE

Porque dos amores tengo
pena mi anima y razón.
Uno agosta mi esperanza,
otro riega mi ilusión.

Si un amor hace sufrir
hasta llegar a matar,
con dos aumenta el pesar
al no saber elegir.

Uno, es la hoguera ardiente
que mi sosiego destruye;

otro, manantial que fluye
con que refresco mi mente.

Uno me hace suspirar,
otro me deja callado.
Uno me tiene arrastrado
y otro me esfuerza a volar.

No es posible estar así,
con este doble pesar.
Con este incierto vagar
de uno a otro frenesí.

Tengo que buscar la calma,
hallar la paz y el sosiego.
Huir muy lejos del fuego
en que se abrasa mi alma.

Y llegar a decidir
aquello que me conviene
porque la angustia me tiene
casi a punto de morir.

Seas tu, tranquilo amor
que suave y callado vienes,
el que refresque mis sienas,
el que calme mi dolor

Porque dos amores tengo
penando está mi razón.
Uno siega mi esperanza,
otro siembra mi ilusión.

Atenata percibió muy pronto la inclinación de su marido por Atesara. Cuando se formó el corro para oírle se

puso a su lado, como la correspondía por ser su esposa y molestar a Atesara al mismo tiempo. Después de escuchar la canción y comprender la intención que iba en ella, le dieron ganas de emprender a golpes con Aterure, pero el saber que algunos ojos estaban fijos en ella la contuvo. Aterure sólo tenía ojos para Atesara, lo que hizo aumentar el odio que Atenata sentía ya por él.

Desde aquel día no dejó pasar ninguna ocasión en que pudiera humillarle, hasta que Aterure, más que cansado del carácter voluble de su mujer, fuera a visitar al faicag para que rompiera los vínculos que le unían con Atenata, sin tener en cuenta las numerosas reses que esto le costaría. El rompimiento aumentó el furor de Atenata, que deseando perjudicar a su antiguo marido en todo lo que pudiera diose a la tarea de resucitar la pasión que en otro tiempo sintiera por ella Garinana, para utilizar su natural impetuoso en su propio beneficio.

6

Una de aquellas casas de madera con alas había sido vista volando sobre la gran-agua y Garinana, deseoso de botín, de fama y, sobre todas las cosas, de lucha, había preparado sus tropas y se habían apostado en la ladera del barranco, cerca del pinar, presumiendo que los de la nave vendrían a buscar agua y, de ser así, caerían sobre ellos como perros guaniles sobre baifo enfermo. La espera parece que iba a ser larga porque las alas de la casa volante caían flácidas y su andar era lento. Estando vigilantes llegó hasta Garinana y sus guerreros el canto de una mujer que hacía la gran invocación del amor. Intrigado el príncipe de Agaete y no pudiendo resistir el deseo de su corazón dejó a su gente de guerra y fue a enterarse de quién hacía la invocación, guiado por el canto.

A la entrada del pinar y rodeado de árboles había un roquedal. Sobre una peña se hallaba un lebrillo del cual salía humo de hierbas mágicas, a juzgar por el aroma que despedía. Junto al gánigo estaban dos grandes cuernos de carnero. Ante este altar improvisado, una mujer desnuda, con el cabello suelto al viento, bailaba la danza del amor y del deseo. Garinana reconoció inmediatamente quien era, pues su figura era inconfundible. Su hermoso cuerpo, ahora iluminado por el sol de la tarde, se destacaba del fondo verde de los pinos y el pardo de la pinocha y de la tierra. Su voz armoniosa, la danza, el sitio, el momento, se unieron para desatar las pasiones del hombre que se acercó a la penitente. Esta le vio llegar. Siguió el ritual de la invocación como si estuviera sola, sin perder ni uno de los movimientos de Garinana, reprimiendo una sonrisa que en todo momento quería asomar a su boca. Cuando le sintió muy cerca se volvió, como sorprendida, y después de mirarle largamente le dijo:

¡No avances más! No olvides que estoy en oración y que las leyes condenan a morir en muerte de pedradas a los hombres que atacan a las mujeres sin consentimiento de ellas.

¿Cómo ibas a demostrar que yo te atacué, insensata? preguntó riéndose Garinana.

Hiriéndote para que tuvieras que explicar ante el faicag la causa de tus heridas, respondió desafiante Atenata, al mismo tiempo que cogía del suelo una piedra cortante.

Retándose mutuamente se estuvieron contemplando durante un rato. Garinana avanzó un paso. Atenata retrocedió hasta pegarse al roquedal donde encontró una piedra mayor que cambió por la primera. Hubo unos momentos de vacilación por ambas partes. Al cabo Garinana se alejó algo del roquedal sentándose en el suelo. La mu-

jer continuó su danza y ceremonial y cuando la hubo terminado rompió el gánigo contra el suelo esparciéndose las brasas y las hierbas mágicas sobre la tierra, guardó los cuernos dentro de una bolsa de cuero y se vistió, sujetando sus cabellos en una gran trenza. Garinana se la acercó:

Ya terminaste, pon ahora tu mano sobre mi pecho y siente como golpea mi corazón por tí y cómo mis miembros tiemblan de deseo.

Es posible que tu corazón de guerrero golpee fuertemente en tu pecho, pero el mío no clama sino por la compañía de Aterure y mientras él viva no puedo querer a otro hombre. ¿Aterure? ¿Que ves en ese baifo que pierde el tiempo componiendo canciones? ¿En ese mequetrefe de miembros delgados más propio de una muchacha que de un príncipe guerrero? Contemplame fuerte y arrogante, mira mis brazos potentes que han derribado por tierra muchos hombres fuertes, compara entre ese montón de huesos y yo.

No puedo negar que llenas los deseos de cualquier mujer y que no me disgustas, pero mientras viva Aterure no quiero tener la compañía de otro hombre, volvió a repetir Atenata, acompañando sus palabras con una mirada que era más acicate que un impedimento.

Garinana comprendió el sentido de las frases y miradas de la mujer y dudó para quién había ofrecido la Danza del Amor. Intuyó las sutilezas de sus intenciones y tuvo los fuertes impulsos que sentía de estrecharla entre sus brazos, dejando para mejor ocasión el logro de su afán.

Ocasión que no se presentó porque Atenata cuidaba muy mucho de no encontrarse con él en sitios solitarios, y a sus palabras apremiantes oponía su amor por Aterure, hasta lograr que Garinana concibiera siniestros propósitos hacia el de Artiarcar. Intención tras intención iba dese-

chando cuando sopesaba las dificultades que tendría que vencer para dejarle mal herido, mayores por el afecto que su familia le tenía. Resolvió atacarle de una manera indirecta y fue diciendo por los reinos que Aterure sólo servía para hacer canciones pero no para luchar como un hombre por ser incapaz de ello.

Las palabras de Garinana eran como zumbido de moscas o rumor de la brisa en la ladera para el poeta, pero tantas veces lo repetía que Aterure no tuvo más remedio que aceptar el desafío so pena de quedar como un cobarde despreciado por todos, aunque le costara una buena zurra, que ya vería cómo se libraba de ella. En la primera reunión que los nobles tuvieron en la Casa de los Juegos retó al de Agaete a un combate deportivo, si bien todos sabían las causas que lo motivaban.

Los gaires de ambos reinos, encargados de hacer guardar las reglas de las luchas, se reunieron junto con los faicanes para acordar el día y la hora que se iban a celebrar los combates, pues no eran sólo Garinana y Aterure los que deseaban medir sus fuerzas, y como presumían que acudiría mucha gente buscaron un sitio más amplio donde se pudiera ver bien todo lo que pasara, encontrándolo al fin bajo las altas cumbres del Gran Pinar. Se llenó de arena para las luchas y se trajeron las piedras planas para la escaramuza a dardos.

El día fijado, muy de mañana y como si fuera una gran fiesta, la muchedumbre ocupó la ladera que estaba enfrente de la palestra, respetando como es natural los puestos reservados a los jueces, gaires, nobles y príncipes de la sangre. Los grupos de luchadores fueron llegando rodeados de sus partidarios y amigos. Mucho más tarde, y cuando ya habían empezado las luchas, aparecieron Garinana y Aterure acompañados de sus respectivos amigos. Casi al mismo tiempo se presentaron los regulos de Gáldar, Agaete, Artiarcar, Artebirgo, Texeda y Arehucas.

Acabadas las luchas cuerpo a cuerpo se dio un pequeño tiempo antes de empezar las peleas entre perros y entre carneros, a los que hubo que separar lejos unos de otros para impedir que arrancaran las estacas a las que estaban sujetos. Garinana, bien engrasado el cuerpo con fina grasa de leche, se lucía ante el amplio grupo de mujeres y procuraba se viera bien aquello que es propio de los hombres y que sujetaba con la ancha tira de piel fina que había pasado por entre las piernas. Aterure también se había engrasado el cuerpo por si llegaba a la lucha cuerpo a cuerpo, y los amigos más que ayudarle lo que hacían era abrumarle con tantos consejos. Un denso silencio se produjo cuando trajeron los perros para contender. Después los ánimos se enardecieron y muchas reses cambiaron de dueño allí mismo, no sin que el pago originara algunas disputas que ni la presencia de los gaires y faicanes lograba apaciguar. Pero el verdadero viento de locura se originó a la vista de los campeones de lucha de cada comarca, pues cada cual procuraba animar a su favorito y los hombres de varas del faicán, a una orden de éste, tuvieron que poner orden en los espectadores, especialmente entre los siervos.

Al fin, con una penca de palma se alisó la arena que había quedado como una barranquera en un día de tormenta y se colocaron en su sitio las piedras de los desafíos, Aterure y Garinana se colocaron sobre ellas. Un gaire dio tres piedras y tres dardos a cada uno. El silencio y la expectación podían comerse. Garinana era más fuerte pero Aterure era más ágil y esquivó muy bien las piedras y los dos primeros dardos pero el tercero le rozó la piel dejándole la marca. Los jueces de campo quisieron dar por terminada la lucha pero tanto Aterure como Garinana estaban enardecidos y se negaron. Teniendo que elegir entre la lucha con las manos y la lucha con palos prefirieron esta última. Bajados de las piedras, los amigos les entregaron una lanza de la altura de un hombre y tres cortantes tabo-

nas que se colocaron entre los dedos de la mano izquierda. Los rápidos golpes de palo contra palo más parecían música que lucha y la agilidad de Aterure fue marcando la espalda de Garinana que estaba fuera de sí y que aumentó cuando Aterure consiguió hacerle un corte en la piel del costado. Entonces el furor de Garinana era como de un perro salvaje perseguido por los cazadores y tomando como defensa la amodaga procuraba herir a Aterure consiguiendo rajarle una ceja y que la sangre cayera por la cara hasta teñir su rubia, rizada y corta barba y aprovechando que no veía bien cortarle varias veces pecho y costado. Estaban sucios de polvo y sangre pero ninguno quería ser el vencido, hasta que jueces y espectadores gritaron ¡gamad, gamad! Fueron separados a la fuerza por los gaires y guerreros. Garinana fue proclamado campeón y los amigos le llevaron medio en volandas a la playa para lavarle las heridas. Aterure, pasado el enardecimiento de la lucha, se sentó abatido sobre la arena. También sus amigos cargaron con él hasta la playa para lavrle con agua salada el polvo, sudor y sangre y tuvieron que traerle colgado de sus cuellos.

Garinana se repuso fácilmente. Aterure estuvo preso del demonio del fuego durante largos días. Chanona no le permitió ir para Artiarcar pues era muy sabia en el arte de curar y ayudada por la madre de Aterure y los sacerdotes curanderos vencieron los malos espíritus, aunque el poeta quedó por largo tiempo macilante.

7

Atenata se hizo la encontradiza con Garinana cierto día que éste subía de la playa y, para que las leyes no fueran alteradas, fue la primera en hablar y desear la paz.

Ya habrás visto que fácilmente hice caer en tierra a tu galán, dijo el guerrero.

No lo dudaba, repuso Atenata. Creo que eres el guerrero más arrogante y fuerte de la comarca y de toda la nación. Los ojos de Garinana brillaron de orgullo.

A pesar de eso que tu piensas, dijo, no permites que mi corazón se sacie de tu amor.

Una princesa no puede amar como una sierva y menos cuando es un príncipe poderoso, como eres tu, el que la solicita.

Garinana rió. Sus fuertes risas se esparcieron por el barranco como un bando de pájaros. Atenata se mostraba seria, pero en su interior también reía segura de vencer el orgullo que el sexo y la sangre le daban al hombre.

Muchos días pasaron, largos días. Garinana no pudo rendir la resistencia de Atenata. Esta, en cambio, logró que él perdiera la cabeza y la tomara por esposa real, con la oposición de Atanor, Chanona y los gaires.

Atenata se enamoró perdidamente de su marido y conociendo su modo de ser en cuestiones de amor no le dejaba sólo ni a sol ni a sombra. Tanta vigilancia, hizo que el ceño del marido fuera cada vez más adusto y que surgieran entre ellos las disputas. Las reyertas se hicieron tan frecuentes que la cólera se apoderó del marido y la golpeó, pero como si esto fuera un atractivo más del hombre, el amor de Atenata se acrecentó y, con el amor, los celos. Garinana, cada día más aburrido y hastiado, llegó a pensar en el asesinato, conteniéndole solamente su posición, el reino y el peligro de perder la lanza real. Muchas veces maldijo a su mujer y ser un príncipe, a quien todos espían sus menores movimientos.

Un día Garinana había subido a la montaña, seguido como siempre de Atenata, para revisar su ganado y apar-

tar el que iba a ser destinado para comida según el gusto de Atanor. Como ya la mañana era larga ordenó que se soltara el ganado de los corrales para que comiera mientras él se bañaba en la playa. Atenata no quiso tomar el baño y se sentó bajo una palmera, el rumor de las olas y la brisa la dejaron dormida. Garinana se metió en el agua y nadando se dirigió hacia una pequeña rada cercana. Poco antes de llegar oyó un rumor extraño y tomando precauciones se asomó para conocer qué cosa lo provocaba. Era una nave pirata, que inexplicablemente no había sido vista por los vigías, porque debió arribar de noche. Sus hombres parecían disponerse al robo de animales y hombres. Garinana tuvo una repentina idea. Muy en silencio ascendió por la ladera y cuando se creyó seguro lanzó piedras contra los de la barca hasta lograr que pasaran a la cercana playa donde dormía Atenata la cual fue apresada por los navegantes. Garinana dando voces ordenó que los pastores encendieran una gran hoguera para avisar a los guerreros mientras otros se internaban en la montaña con las reses. Cuando llegó la tropa de canarios, ya los extranjeros, viendo que no era posible la sorpresa, se alejaban por la granagua llevándose a Atenata. Garinana ordenó que los hechiceros lanzaran maldiciones y conjuros contra los hombres que la habían robado para que fueran tragados por los monstruos de las grandes-aguas. Pero en su interior se felicitaba de la forma tan fácil de quitarse de encima a quien tanto le molestaba.

8

Aterure y Atesara caminan por el Gran Pinar, subiendo despacio hacia Pico Alto para dar las gracias al Mas Alto Señor. Desde Pico Alto ve casi toda Tamarán; los montes resplandecen a la luz del sol y los bosques ponían sus manchas verdes por los barrancos. Por algunas lejanas pra-

deras los grandes rebaños parecen nubes que caminan por la tierra. En derredor suyo había un murmullo de pájaros acompañados de las notas graves de la tórtola y el silbo de los mirlos. Aterure encendió fuego para quemar hierbas mágicas y que su humo perfumado subiera hasta el Creador como una oración de gracias.

Atesara tenía el capricho de pasar la noche en el pinar para agradar a los espíritus del bosque que habían retenido a su marido y por cuyo motivo pudieron encontrarse. Bajaron hasta una cueva que estaba en el fondo del barranco y donde hicieron una cama con pinocha. Como el arroyo aún corría lo remensaron para bañarse. Se alimentaron, y sentados a la entrada de la cueva Aterure la iba relatando las crónicas de la raza y de los reyes. Solamente las alegres, para que el vientre de Atesara no sufriera.

La tarde iba cayendo y una niebla fría los iba envolviendo haciendo que se internaran en la cueva y se envolvieran en sus capotes de agua. Aterure puso un resguardo de ramas para evitar la entrada de algún perro salvaje y en el fondo encendió una pequeña hoguera de madera de olor para hacer huir la niebla y los mosquitos. Atesara se quedó dormida. La niebla iba haciéndose agua y cayendo de los pinos. Aterure recordó aquella noche que pasó en el pinar, pareciéndole que el pie volvía a dolerle.

Un rumor insospechado y un olor característico los sacó del sueño. Ya amanecía y la niebla se había transformado en una lluvia que estaba renovando al mundo. Aterure se quedó quieto, con la vista en la lejanía; Atesara no quiso interrumpirle pues sabía que estaba pensando alguna canción. Así, cuando el hombre cogió dos piedras para acompañarse, puso atención para recordar lo que oyera:

Canción de Aterure:

A la lluvia:

Hermoso don de los cielos,
madre de risas y bienes,
que llenas los corazones
de alientos y de ilusiones.

Escucha como los pueblos
te reciben con canciones,
con músicas y ajiijies,
con plegarias y canciones.

Como soplo de Alcorac
sigue golpeando el suelo,
para que la tierra suelte
las vidas que lleva dentro.

Atesara hizo el propósito de buscar un memoria para que las canciones de su marido no se perdieran. Vino de nuevo el sol y bajo su luz emprendieron el regreso hacia su hogar con el ánimo alegre y radiante.

9

Han pasado los años y al pasar se llevaron para el País del Gran Sueño a Garinana y Atanor. ¡Ojala hayan alcanzado la Casa de la Luz!

Garinana y Aterure son jefes de comarca. Garinana no solamente heredó de su abuelo el nombre sino también sus ansias de tierras y dominio. Aterure, aunque no ha dejado de hacer canciones, aplica su sabiduría al gobierno de su territorio y, sobre todo, a contener a sus enemigos, entre ellos Garinana, envidiosos de una tierra

rica en pastos y en nacientes de agua. Siguiendo los consejos de un hombre de Dios mallorquín, muy entendido en asuntos de animales, ha mejorado sus ganados, aunque este mallorquín le ha ganado, poco a poco, para su Dios Jesús. Su fundamento en el pensar le ha llevado a tener gran influencia en el Tagoror, tanto que algunos le llaman el Tagoreste, con gran disgusto de los nobles del sur que opinan que ese título sólo a los sureños les pertenece.

Y ahora que hablo del sur, creo que merece nos detengamos un poco y os relate algo que sucedió allí hace muchos años y muchos años, pero que atañe a la comprensión de alguna de mis futuras historias.

Cuando los hombres del país de los fríos, los que llamamos normandos, quisieron desembarcar y apoderarse de nuestra isla, a la vuelta de su viaje al país del Río de Oro, el Artemi envió a su hijo, el príncipe Togoter, a defender y capitanear la parte de nuestra patria que estaba amenazada. A los capitanes del norte, que junto con él había enviado su padre, se unieron los nobles del sur con sus mesnadas, para que todo el mérito de la lucha no recayera sobre los del norte y quedar ellos como cobardes sin honor.

Después de haber rechazado a los invasores, de pelo rubio pero sin corazón, Togoter quedó como rey indiscutible de las tierras sureñas, aficionándose mucho a ellas, aunque más a una mujer noble, de sangre real, de pelo muy negro pues era descendiente de un rey de la tierra de Mauritania, con la cual tuvo hijos. A la muerte de Artemi, los consejos de nobles y sacerdotes le obligaron a casar con una princesa de Agaldar, hermana suya de padre, a fin de que la sangre de Andamana no se perdiera.

rita en pastos y en raciones de agua. Siguiendo los con-
sejos de un hombre de Linao malhecho, muy espigado
en asuntos de animales, los mejores sus ganados. Sin-
que este malhecho le ha ganado poco a poco, para
su Dios Jesús. Su fundamento es el poder de la lluvia
a tener gran influencia en el Tago, tanto que algunos
le llaman el Tago, con esta intención de los nobles
del sur que opinan que era tanto más a los señores los
portadores.

Y ahora que habiendo sus cosas, los señores nos de-
tenganos un poco y veamos algo que sucedió allí hace
muchos años y muchos años, pero que está a la con-
prensión de algunos de las historias.

Cuando los señores del sur de los ríos, los que
llamamos nombrados, quisieron descubrir y apoderar-
se de nuestra isla, a la vuelta de su viaje al país del Río
de Oro, el Arzobispo envió a su hijo, el príncipe Tago, a
defender y conquistar la parte de nuestra parte que es
llamada Arzobispado. A los señores del sur que quisieron
el poder nuestro en parte, se unieron los nobles del sur
con sus señores, para que todo el mundo de la isla no
recayera sobre los del norte y quedar ellos como copar-
tes sin honor.

Después de haber recibido a los señores de pelo
rubio pero sin corazón, Tago quedó como rey indio-
tita de las tierras, recibiendo señores a ellas.
Mucho más a sus señores, de siempre, del país
muy negro para sus descubrimientos de un rey de la tierra
de Arzobispado, con el cual sus hijos. A la muerte de Ar-
zobispo, los señores de pellos y señores se unieron a
partir con sus príncipes de Arzobispado, para que se
diera a fin de que la parte de Arzobispado no se perdiera.
Y a señores de otro reino, y señores de un reino
recibieron con el señores, recibiendo ellos señores.

LA SEQUIA

I

Acoran probaba a su pueblo secándole la fuente de los cielos, no siempre, pero si de vez en cuando. Entre los años de los años, hubo uno en el cual las lluvias no fueron abundantes sino raras, por cuya causa antes de llegar la época del estío se secaron los nacientes y en las lunas siguientes hombres y ganados pasaron hambre y hubo que recurrir al grano que se guardaba en los altos silos, bajo la custodia de las Vírgenes Blancas.

Sin embargo, cuando el Padre de la Luz marcó la sazón de la siembra, el grano fue depositado en los surcos hechos por los cuernos, confiando en la bondad del Mas Alto Señor. Las aguas llegaron a su cita con el tiempo, aunque un poco tarde, pero siempre apagaron la sed de la tierra. Fueron recibidas con músicas y bailes, ofrendas y ceremonias por unos pueblos que con ellas veían asegurados las cosechas y los pastos abundantes.

Siguió lloviendo, si bien escasamente, hasta que apunataron las incipientes espigas, promesas de sabrosos gofios. Pero entonces vino un tiempo de calor sofocante y el Padre de la Vida, en un cielo sin nubes, se convirtió en el Padre de la Muerte al sorber la savia de las plantas, las reses y los hombres. Los que antes contemplaban gozosos los pastos y sembrados, lo hacían después angustiados y tristes.

Los días traían un calor agobiante que dejaba la boca sin saliva, y el viento un polvo que irritaba los ojos y las fauces. El cielo era una capa bella pero oprimiente donde toda esperanza quedaba abatida y la confianza en un me-

joramiento se iba disolviendo conforme los días iban y venían. Hombres y ganados se acogían a la sombra de los densos bosques del fondo de los barrancos, pero ni aun la noche mitigaba el bochorno de que estaban impregnadas las piedras y laderas. Los pastos amarilleaban y la tierra se iban convirtiendo en polvo. Muchos poblados se trasladaron hasta la orilla del mar para saciar su hambre con peces y moluscos.

Nubes de humos olorosos salido de las hierbas mágicas subían a los cielos llevando la súplica de los hombres. La leche y la manteca regaban los betilos y otras imágenes sagradas. Todo en vano. El Eterno, el Existente, el Mas Alto Señor, no quiere deponer su enojo. El aire caliente seguía secando la piel pareciendo chupar la sangre y, con la sangre, la vida y la voluntad. Se ordenaron oraciones por los sacerdotes, los que a la cabeza de los grupos de orantes esperaban la salida del Dueño de la Luz agitando ramos de secas espigas de cebada.

Cuando la Buena Madre ocultó su cara se ordenó una comida al día, menos los niños, los que no habían muerto. Las gentes, puestas de hinojos desde que aparecía el Señor de la Mañana hasta que el Señor del Día se levantaba del mar, clamaban con los brazos en alto:

Oh, Tu que fuiste,
que eres y serás.

Oh, Señor Celestial
que surges del agua
y asciendes al cielo.

Oh, Creador de Mundo,
ya que lo sustentas
no lo destruyas.

Dinos, oh Padre
que esperas de nosotros
para aplacar tu rigor.

Oh, Dueño de la Vida y de la Muerte
envía tus dones,
haz que vengan las nubes
y traigan la vida a tu pueblo.

Oh, Creador,
escuchanos.

Esperanza de la tierra y de las aguas,
Tu que afirmas las montañas con tu poder,
escuchanos.

De noche, hasta que la Blanca Faz apareció totalmente sobre la seca y acongojada isla, las santas mujeres encendían los fuegos mágicos implorando la ayuda de la Buena y Gran Madre.

2

Nada parecía suficiente para calmar la cólera del Señor de lo Alto. Los sacerdotes entendieron que el Señor Acoran pedía más sacrificios y por su orden fueron arrojados al fuego los hígados de machos de cabras y ovejas. Se redoblaron oraciones y ceremonias y en los lugares elegidos por antiguos sacerdotes fueron encerrados, como otras veces, baifos y corderos para que separados de sus madres clamaran con sus balidos al Cielo. Al mismo tiempo fueron convocadas las gentes en aquel sitio para desde allí salir en procesión hasta la orilla del mar. Estos parajes estaban a poco más de una legua del mar en las orillas de los grandes barrancos y les decían los baladeros.

Nuestros conquistadores, como zafios soldados que son, no entienden nuestras antiguas costumbres y los dicen los bailaderos.

Príncipes de la Sangre, nobles y capitanes acudieron con todas sus gentes a la llamada de los sacerdotes. Faicanes y sacerdotisas, aramaguadas con sus blancas vestiduras, todos en traje de ceremonia y con ramas y pencas de palma en las manos, precedían a la multitud que a gritos repetía la palabra de los hombres de Acoran. Representaciones del Gran Padre, imágenes de la Buena Madre eran adoradas por el camino, rociándolas con leche.

No os diré el himno al Glorioso Creador por ser largo y algo pesado, pero si la imploración que se le cantaba en la misma orilla del mar:

Creador del Mundo
no destruyas Tu obra.

Que así como nosotros
pisamos el barranco
corren por él las aguas
dando vida
a plantas y animales.

Oh Pastor de Hombres,
que das vigor a las cabras y a los perros
y animales del campo,
ten compasión de nosotros.

Oh Creador,
no somos moscas del estiércol
ni polvo del camino,
somos Tu rebaño, oh Gran Pastor,
escucha nuestro clamor.

Oh, Tu, Señor, el Potente,
el Fuerte, el Clemente,
aplaca Tu ira
y toda la tierra
cantará Tu gloria.

Hombres y mujeres lloraban. Los cánticos resonaban constantemente y cuando callaban era para pedir indulgencia al Señor de Señores, al Dueño de tierras y cielos. Los sacerdotes se metieron en el agua azotando las olas con varas y pencas de palma mientras repetían:

Te castigamos agua malvada
que no quieres subir hasta las nubes.

Rompe tu pereza
y riega los pastos
dándonos otra vez
la vida y la abundancia.

Que fuego te consuma
si no lo haces

Y sacándose todo aquel que lo llevaba el trozo de concha triangular que colgaba de su cuello agitaron frenéticamente mientras recitaban:

Oh, Buena Madre,
llama a tu lado
la savia de la vida
que no quiere subir.

Mira, Buena Madre,
tu señal llevamos
y por ella te conjuramos

Después, todo aquel que tenía un palo, golpeó las olas mientras las insultaba. Hecho esto cada cual se encaminó a su vivienda a esperar la decisión del Señor de lo Alto.

3

Acoran no quiso suavizar su furia. Las mieses, que no llegaron a granar, fueron aprovechadas para alimentar al ganado. Por orden del Sábtor y el Faicag fue racionada el agua para beber. Los frutos de mocanes y madroños no cuajaron y los higos, el buen recurso, cayeron de las higueras antes de poder ser aprovechados. El grano de años anteriores hubo de ser revisado y distribuido día a día por sacerdotisas y aramaguadas.

Miles de palmeras aportaron su tierno cogollo al sustento de hombres y animales, así como su jugo. Nunca como en aquellos días pudieron los canarios llamarse Hijos de las Támaras, con ellas mitigaron su hambre y su sed. Tallos y raíces de plantas, que en tiempos de abundancia no se estimaban, eran cuidadosamente buscados como en tiempos muy antiguos.

Se aprovecharon para alimento todos los animales machos considerados como sobrantes, y también las hembras viejas, para que las reses jóvenes tuvieran más sustento. Los trabajos de los carniceros eran muy solicitados y estaban mirados con mejores ojos. El ganado guanil se cazó con trampas y armas para dejar sitio a los hatos y así las cabras pudieron poner sus voraces dientes en zonas que en tiempos normales les estaban prohibidas.

Las fiestas y recreos quedaron suspendidas y en los días de Año Nuevo se trocaron las danzas por rogativas para pedir el Potente que el nuevo año fuera aguanoso. La noche del día marcado por los sacerdotes como el primer sol del año que entraba, toda la tierra de Canaria brilló como un

cielo estrellado. Innumerables fuegos ardían delante de las viviendas. Innumerables haces de plantas olorosas soltaron de sus entrañas sus perfumes para que subieran hasta la morada de los buenos espíritus. Libaciones de agua y leche fueron asperjadas sobre las brasas. Una adoradora del Señor del Fuego fue despeñada por un alto risco por hombres y mujeres iracundos.

Los días iguales, sofocantes, siguen agotando las energías de la gente. Los vientos levantan cegadoras nubes de polvo y engendran remolinos. Todo parece muerto y sólo el hombre, por ser hechura del Mas Alto Señor, continúa venciendo las dificultades. Algunos nublados oscuros velaron por varios días el Esplendoroso y la Buena Madre estuvo oculta por las noches, pero eran nubes vanas, estériles.

Al llegar septiembre la gente observa con interés el horizonute por la parte de poniente, pero el Sol, después de haber convertido el aire en polvo dorado, moría en un cielo hermosamente limpio entre maravillosos celajes violeta.

4

Llegó octubre y llegó noviembre, igualmente de áridos los dos. Los recursos de los pueblos están casi agotados y la amenaza de otro año de sequía se cierne sobre los hombres que pasaban el tiempo en conjuros y oraciones. Mas lejos en el tiempo, y una noche entre las noches, unas tímidas gotas de lluvia, a pesar de apenas meter ruido, despertó a las gentes del norte que difícilmente podían creer lo que veían. Fue tan corto el chaparrón que ni las piedras se enteraron, y otra vez la angustia atenazó los corazones. Pero fueron viniendo los días y cada uno trajo su agua, cada vez en mayor cantidad, como si estuvieran en competencia.

Los continuados chubascos de las tardías lluvias, que a veces se transformaban en nubarradas, después de lavar los bosques y las rocas, después de calmar la sed de la tierra y de los hombres, se convirtieron en regatuelos que lentamente discurrían por las laderas hasta dar nueva vida a los arroyos y a los nacientes de entre las peñas. Así las gentes tuvieron la seguridad de que el Señor Acoran les habían perdonado, por lo que al desaparecer el temor de sus pechos fueron hechas músicas y danzas. Este regocijo fue más notable en la isla vieja, donde las aguas caídas de los celestiales depósitos eran acogidas con los brazos en alto mientras el aroma a tierra mojada ascendía como un incienso hasta las nubes y las semillas de los pastos se estremecían en el seno de la Madre Tierra.

Las chaparradas parecían jugar con los hombres y las cosas, pero hoy aquí, mañana allá, hacían que toda la tierra, toda la isla, se empapara de agua y el rumor de los arroyos torne a sonar por la mayoría de los barrancos y algunos caideros a lucir el arco iris. Los pastores se preparan para llevar sus hatos a los herbazales de las tierras bajas para que estas primeras yerbas sean alimento de los recentales. Mientras, otros pastos más fuertes y abundantes iban creciendo en las altas tierras, entre brumas y fríos, que serían aprovechados después de la Fiesta de los Corderos en honor de la Buena Madre.

No se me olvidará nunca la oración de uno de mis maestros, el sacerdote Atemisio, que, mientras llovía, recitaba sentado en la puerta de su vivienda, de nuestra vivienda, mejor dicho:

¡Oh agua!, divina, benéfica y amorosa agua. Leche celestial que a todo das vida y todo nutre. Gran regalo, excelso donativo del Quetodolopuede. Quiero recibirte con la frente puesta en tierra porque tu eres el verdadero mensajero del Señor de la Vida. ¡Oh agua, divina agua!, riega mis laderas, hincha mi cebada y has crecer mis pastos.

Agua, agua! da a mi silo gofio, a mi jarro leche y a mi gánigo carne. Benéficos espíritus de la tierra y del cielo, escuchad mi ruego!

5

Aunque nuestros astrólogos habían predicho la prolongación de las lluvias, el recuerdo de los pasados años quitaba en el ánimo de las gentes el deseo de gastar grano en la siembra y perderlo para alimento, por cuyo motivo muchas tierras de cebada, las guayedras, estaban abandonadas. Pero al continuar abiertos los cielos ha retornado la confianza en los corazones y cada familia se ha apresurado para hacerse cargo del lote de tierra asignada por el Sábior, produciéndose un ardiente sed de trabajo sin importarles que las aguas del cielo mojen sus cuerpos. Nobles y siervos, hombres, mujeres y niños, ponen su esfuerzo en lograr que la tierra de su fruto. Ya no importa gastar grano sabiendo que se puede contar con carne y leche.

Los hombres, con ayuda del pie, hincan en la tierra las fuertes ramas aguzadas levantando grandes terrones. Detrás suya, otros hombres, mujeres y niños, los golpean hasta tritumarlos. Una vez la tierra está desmigajada, se abren surcos con los arados de cuernos y con otros cuernos se hacían agujeros donde se depositaba el grano. Todos cantan: unos oraciones, otros, canciones de amor y de lucha.

Hubo unos largos días calurosos que trajeron el recuerdo de pasados tiempos angustiosos y se hicieron rogativas para invocar el favor del Mas Grande Señor. Los sacerdotes asperjaron las tierras con Agua de Luna, seguidos de hombres y mujeres en cuyo corazón reina la paz, mientras recitan la letanía de invocaciones al Señor de lo Alto, letanía que no puedo repetiros porque la he olvidado.

Las aguas tornaron a caer, haciendo que las espigas, ahora secas y amarillas, se yerguen pletóricas de alimento. Ya han sido preparados las hoces de cuerno y piedra y los palos para trillar, las cestas de junco y mimbre y los sacos de cuero donde se guardará el grano para ser bendecido. Mujeres y niños llevan los haces de espigas a la era y los mozos las golpean para separar el grano de la paja. Separado la cebada y el trigo de la caña, los sacerdotes de cada comarca lo ha dividido en tres partes; la del agricultor, la del rey y sacerdotes y la de previsión para los años de sequía que pudiera haber. La porción para bendecir se saca de la destinada al guanarteme.

Ha llenado mi pensamiento durante largo tiempo la imagen de mi maestro Atemisio, con quien aprendí lo que sé. Me llevaron junto a él siendo yo muy joven, por deseo de mi abuelo Chamgaire. Pero Atemisio era muy viejo de años y antes de entrar en el gran sueño me puso con los sacerdotes de Agaldar, donde me hicieron saber todo cuanto os lleva narrado, que ocurrió en tiempo de la gran reina Andamana, siendo ya, junto con su marido Gumidafe, reina de todo Tamarán, es decir hace cerca de dos siglos, pero su memoria no pasa ni pasará entre la gente de la isla Canaria. Recordaba a Atemisio siempre que presenciaba las solemnes ceremonias a nuestros dioses. Que los benéficos espíritus le ayuden a llegar a la Casa de la Luz y a mi me permitan que, a su debido tiempo, pueda ponerle ante la puerta de su casa de reposo, alimento y fuego. La comida que le sostenga en el viaje y la lumbre que ilumine su camino, como es mi deber de hijo de su espíritu.

6

Con gran disgusto de nuestros hombres de religión del Sur, Andamana dispuso que la fiesta de agradecer la cosecha fuera muy lucida y se efectuara en Agaldar. Como

ya sabéis se celebraba después de que entrara el Nuevo Año, por lo que apenas se dejaron ver los grandes humos en los altos montes anunciando el primer sol del Año Nuevo y los pregoneros del faican tocaron sus caracolas, ya estaban la gente, reunida en Agaldar, haciendo sonar sus palos, pitos, cuernos y tambores, y caracolas el que las tenía, para exteriorizar su alegría. Con músicas y ajiies se dirigieron a la Casa del Sol, de Agaldar, donde ya estaban reunidos sacerdotes, sacerdotisas y aramaguadas. Presidiéndolo todo, sentados en piedras recubiertas de za-leas rojas, los reyes. Andamana se destacaba de sus acompañantes por sus blancas vestiduras y su cónico gorro adornado de plumas amarillas, con el que sujeta sus sueltos cabellos. Las caracolas de los servidores del faicán reclamaron silencio. Las Vírgenes del Templo se apartaron en dos cuerpos, cantoras y danzarinas, las que avanzaron y danzaron con ramos de espigas en las manos mientras el coro cantaba:

Alabado seas, oh Señor de Señores, por los tiempos,
de noche y de día, de oriente a poniente.

Tu, que hiciste el mundo y a nosotros,
Tu, que nos diste tus dones y tus frutos,
Tu, que llenaste la tierra de árboles y flores,
y nos diste corazón para estimarlo.

Tu, que trajiste la lluvia y llenado el grano,
Tu, que hiciste crecer la hierba en la ladera,
parir la cabra y la cordera,
conserva nuestro cuerpo sin humores.

Y cuando venga el gran sueño,
a Tu lado, Señor, en Tu Casa de Luz,
dadnos reposo.

Alabado seas, Señor de los Señores,
por los tiempos de los tiempos.

Después de la consagración del rey y del pueblo en general al Señor Acoran, los reyes y los faicanes de norte y sur, acompañados de los Consejos reales y religiosos, mas los sacerdotes y mujeres de religión, venidos de todos los adoratorios de la isla, se trasladaron al Campo de Juegos de Agaldar, que previamente había sido limpiado de piedras y su centro cubierto con la estera de la bendición sobre la que se había extendido el grano a bendecir. El faicag de Agaldar, ayudado por otros sacerdotes y por medio de un hisopo de incienso verde asperjó el sitio con Agua de Luna para purificarlo, mientras daba tres vueltas alrededor de la estera y decía su imploración:

¡Oh Señor de la Luz, que moras en el Sol,
haz que nuestros campos den abundantes frutos,
haz que tengamos pastos en abundancia y
nuestros ganados se multipliquen.

Haz que los peces acudan a nuestras redes.

Aleja los malos espíritus de nuestros cuerpos,
ten sanos a nuestros hijos.

No permitas que los hombres perversos,
los que vienen por el mar,
lleguen a nuestra tierra.

Los presentes repetían caad frase. Algunos lloran porque saben que El es el dueño del mundo y en sus manos está la fertilidad de los campos y de los bosques, como está la lluvia y la sequía, la suerte y la desgracia. No basta la labor de los hombres sin la ayuda de Acoran. Los espíritus de la tierra pueden ser buenos o malos, pero la lluvia y el sol sólo obedecen al Mas Alto Señor.

Pero la verdadera bendición del grano ha de ser hecha por mujeres, que tienen la facultad de dar hijos. Andamana, como Gran Sacerdotisa, acompañada de otras muje-

res sabias, dio vueltas alrededor del grano con las manos levantadas para recoger la fuerza del sol y después comunicarla a la semilla cogiendo puñados de ella y asperjándola con leche. Hecho esto los legos guardaron el grano en talegos de cuero en espera de ser repartido y mezclado con la semilla a sembrar.

Por la tarde hubo comilonas y luchadas. Los juglares estaban rodeados de un corro de gente en espera de oír sus narraciones mientras los corderos se asaban en las hogueras. Fueron nueve días de intensa vida: juegos, comilonas, conversaciones y amoríos. Los jóvenes bailaron las danzas del amor y de la guerra. Todo Tamarán estaba en Agaldar, unos de voluntad y otros a la fuerza, los que no estaban conformes con Andamana, pero estaban.

Y de nuevo llegó octubre. Las nieblas borraron montañas y caminos enredándose en las ramas de pinos y palmeras, tiles y mocanes. La lluvia caía mansa y vivificante. Hacía frío en los altos montes pero el calor anidaba en el pecho de los hombres. Ahora estaban seguros de que el Señor Acoran, que había probado a su pueblo, premiaba su fidelidad.

Por las tardes, cuando el viento levanta las hojas secas de los árboles, se oye el ruido de las hojas que se arrastran por el suelo. Este ruido es el que me recuerda a mi infancia. Me recuerda a los días en que yo era niño y me gustaba jugar en el campo. Me recuerda a los días en que yo era niño y me gustaba jugar en el campo.

Y de nuevo llegó el otoño. Las hojas caían por todas partes y cubrían el camino. Me gustaba caminar por el camino y mirar las hojas que caían. Me gustaba caminar por el camino y mirar las hojas que caían. Me gustaba caminar por el camino y mirar las hojas que caían.

Estos árboles que había crecido a su alrededor parecían estar vivos. Me gustaba mirar los árboles y pensar en ellos. Me gustaba mirar los árboles y pensar en ellos. Me gustaba mirar los árboles y pensar en ellos.

Y de nuevo llegó el otoño. Las hojas caían por todas partes y cubrían el camino. Me gustaba caminar por el camino y mirar las hojas que caían. Me gustaba caminar por el camino y mirar las hojas que caían.

Por las tardes, cuando el viento levanta las hojas secas de los árboles, se oye el ruido de las hojas que se arrastran por el suelo. Este ruido es el que me recuerda a mi infancia. Me recuerda a los días en que yo era niño y me gustaba jugar en el campo. Me recuerda a los días en que yo era niño y me gustaba jugar en el campo.

Y de nuevo llegó el otoño. Las hojas caían por todas partes y cubrían el camino. Me gustaba caminar por el camino y mirar las hojas que caían. Me gustaba caminar por el camino y mirar las hojas que caían.

D. FERNANDO DE AGALDAR

Anda, Juanico, hazme la caridad de traerme un jarrico de agua, de esa agua que tan fresca pone el vernegal, a ver si se me pasa el acaloramiento que se ha poseido de mi. Y es que no puedo remediar, montó en cólera cada vez que alguien se toma la libertad de hablar mal, delante de mi, de D. Fernando Guanarteme, y más si, como ha ocurrido hoy, lo ha hecho un canario, un canario del sur. La gente de Telde no ha comprendido nunca la intención del tenessort de los Semidán; viven del recuerdo de faicán Guanariragua y del capitán Doramas, a quienes Dios tenga en gloria por lo mucho que lucharon por su patria.

Este sureño de hoy es un dómine y yo le recordé que si era dómine en vez de esclavo lo es gracias a la iniciativa de D. Fernando Guanarteme que procuró que fueran libres la mayor parte de los canarios, pero tuvo la desvergüenza de decir que fue un traidor a Canarias y la emprendí a trompadas con él y si no me lo quitan le hago gofio.

Este suceso me ha hecho recordar que quizás no os he hablado lo bastante de D. Fernando de Agaldar, a quien también Dios tenga en su gloria. Por cuya razón voy a recordarle antes que sea tarde. Ante todo habéis de saber que los últimos reyes de la Gran Canaria, menos el rey Doramas, eran cristianos de secreto, tanto los del sur como los de Agaldar, más los últimos, razón de muchas rabietas del faicán Guanariragua.

Pero vayamos por parte. Cuando los guanartemes de Telde fueron apresados y enviados a Castilla y el Consejo de Ancianos, junto con el Sábór y el Consejo de Sacer-

dotes, nombraron guanarteme al guaire Doramas, muy apegado a los viejos símbolos y muy lejos de ser considerado cristiano, elección hecha a instigación de Guanariragua, el rey de Agaldar, el viejo Guayasen, ordenó que le fueran enviados sus sobrinos y al hijo de Seront, ya declarado guerrero hacía unos años, le nombró príncipe, o tenessort, como decíamos los canarios, de la familia real de Semidán, haciéndole coregente del reino hasta la mayoría de edad de la tenesoya Masequera, la que después de la conquista se llamó Catalina.

Quiero honrar la memoria de D. Fernando haciendoo saber que fue un gran capitán y muy valeroso, como lo demostró en la conquista de Tenerife, donde él y sus cuarenta guerreros tuvieron repartimiento de tierras por su valor y arrojo, de modo que cuando os digan que fue un cobarde por no luchar con los castellanos en Gran Canaria, darle de trompadas a quien tenga esa osadía. Pero si fue buen capitán fue mejor gobernante. Conocía a los europeos al tener que hacerse cargo, como segundo del reino de Agaldar, de los rehenes apresados en la torre de Gando y haber acompañado a la delegación de canarios que a petición de Pedro Chemida los fueron a entregar a Lanzarote y hacer las paces con el señor de Lanzarote y Fuerteventura, D. Diego de Herrera. También en el suceso de Diego de Silva y por los soldados castellanos hechos prisioneros. A todo esto hay que añadir las noticias que le daba los jóvenes canarios que, apresados por Diego de Herrera o por las fuerzas del obispo, eran soltados en las playas de Gran Canaria con la finalidad de que influyeran en las pequeñas comunidades cristianas que aún perduraban en algunos barrancos de la isla desde los tiempos de los mallorquines, como María Tasirga. Tanto el Señor de Lanzarote como el obispo del Rubicón creían que de esta forma facilitaban la invasión que tenían proyectada a la Gran Canaria.

Por esto de que conocía bien la fuerza bélica de los castellanos, cuando la Gran Canaria fue invadida por estas gentes, con muchos hombres de que disponer, con armas más dañinas que las rústicas de los isleños, no se dispuso a defender una causa ya perdida de antemano, sino sacar el mayor provecho de la situación, ahorrando vidas y sufrimientos a los que estaban bajo su mando. Convocó al Gran Sabor en Agaldar, exponiendo a los guaires de ambos reinos sus informes y su parecer de que debía buscarse una rendición honrosa para evitar que los canarios cayeran en la esclavitud, y si fueran tenidos como soldados y siervos. El viejo faicán de Telde, Guanariragua, apenas oyó lo de buscar la paz se puso en pie, colérico, iracundo, acusándole de cobarde y traidor, a cuyas palabras se unieron los denuestos del capitán Doramas y de sus partidarios, todos los cuales abandonaron furiosos el tagoror. No, ellos no convenían en la posibilidad de ser vencidos, ni de que su raza y su lengua, viejas como el mundo, creadas por Alcorac para los canarios, pudieran ser pisoteada por unos hombres débiles y más pequeños, venidos de lejanas y misteriosas tierras. No, el Mas Alto Señor no les abandonaría y los ayudaría para que los extranjeros fueran arrojados al mar, que quizás fuera su patria. El tenesor Bensoront herido en su amor propio y en el de su stirpe por las palabras de los nobles sureños, más las de algunos nobles galdenses, dejó que la guerra prosiguiera, aún a sabiendas del final desastroso. También le dolía que los nobles no pensarán en los otros canarios, no nobles pero canarios.

Más tarde cayó el guanarteme Doramas. Murió porque las patas de aquellos animales monstruosos que montaban los invasores corrían más que las piernas de los hombres y porque sus lanzas con punta de fierro desgarraban las carnes como no lo podían hacer las lanzas de madera tostadas de los isleños. La muerte del caudillo Doramas,

en quien tantas esperanzas tenían puestas los guerreros grancanarios, desalentó a buena parte de ellos que volvieron los ojos hacia Tenesor. Solamente Guanariragua, el viejo luchador, que había luchado con los señores de Lanzarote y con los lusitanos, no se dio por vencido. Nombró guanarteme a un joven guerrero, hijo de un guaire, y agrupando a todas las fuerzas dispersas se fue hacia la sierra, haciéndose fuerte en los riscos.

Tenesor contemplaba tristemente los avances que día a día hacían los castellanos y los reveses de los canarios. Las desgracias que estaban cayendo sobre la isla le apenaban profundamente porque se trataba de su raza y de su pueblo y no pasarían muchas lunas sin que los canarios fueran totalmente vencidos y arrasados y se convirtieran en despreciables esclavos. Su fe en la divinidad, en Alcorac, se había ido empequeñeciendo conforme era menos el territorio que les quedaba a los canarios. Al final ninguna tierra, ninguna autoridad, podría ofrecer a su prima, puesta por el rey Guayasen bajo su guarda.

Consultó los oráculos y con los astrólogos; todos veían oscuridad sobre la Gran Canaria aunque después volvía a brillar con su propia luz. Reunió al Gran Consejo de Agaldar y les hizo ver, cómo mejor pudo que la guerra estaba perdida pero que siguiendo las costumbres de los españoles aún se podría conservar la honra y el honor de la raza. Una gran algarabía siguió a sus palabras. Al fin, la realidad se impuso a la ilusión y le dejaron que obrara como mejor entendiera él. De entre los prisioneros cristianos que tenían los canarios escogió a cuatro, por la afición que habían cogido a las cosas isleñas, y ordenó que fueran puestos cerca de su persona, a su servicio. Hízoles muchas preguntas sobre Castilla, sobre sus reyes y nobles, sobre sus armas y soldados y de muchas cosas más. Al mismo tiempo despachó algunos espías al Real para que le trajeran el sentir de los españoles. De todo ello dedujo que la guerra

estaba perdida para los canarios que nunca podrían vencer la fuerza militar de los reyes castellanos. Así lo expuso en el tagoror a nobles y sacerdotes, los cuales aceptaron sus ideas.

A uno de los cuatro prisioneros le hizo saber sus aspiraciones y le dio la libertad para que las pusiera en conocimiento del general Pedro de Vera, pero con la condición de que su rendición sólo lo haría ante los reyes de Castilla. No fue fácil vencer el orgullo del general español, tuvo que enviar a otros emisarios, pero al fin Pedro de Vera comprendió. Tenesor puso a su prima, una niña aún, bajo la guarda y tutela de su tío Chambeneguer, faicag de Agaldar, y les ordenó refugiarse en los altos riscos. Guanariragua se unió a ellos pero sin conocer los pensamientos del regente de Agaldar, el cual se dejó hacer prisionero en compañía de su familia y cuantos nobles quisieron acompañarle.

Hechos prisioneros los llevaron para la torre de Agae-te donde fueron retenidos, tratándoles muy bien y honrando a Tenesor como persona real. Cuando Pedro de Vera tuvo aviso del suceso ordenó que fuera traído al Real de Las Palmas, al mismo tiempo, seguido de una comitiva de oficiales, se puso en camino para recibirle, topándose unos y otros cerca de Arucas, por los Bañaderos. Pedro de Vera recibió al Guanarteme entre sus brazos, tratándole con muchas cortesías y muestras de respeto y mientras estuvo en el Real le dio buen tratamiento, hasta que hubo un navío que navegase a España para presentarle a los señores Reyes Católicos. Tenesor se embarcó con algunos guaires y le acompañaron hasta la playa la gente noble y principal del Real de Las Palmas, como correspondía a su real persona.

El guanarteme fue recibido por los señores Reyes Católicos como rey, vencido pero no humillado. Fue honrado como rey, consiguió de sus Altezas que los canarios no fueran considerados ni vendidos como esclavos pero si como

soldados y siervos libres, amparándose en las pragmáticas que sus Altezas habían dado al general Pedro de Vera al comenzar la conquista. La mayor preocupación de D. Fernando de Agaldar fue procurar que sus paisanos, y todos los canarios de las islas en general, no cayeran en la esclavitud, asegurándose que tendrían todas las franquezas que les pertenecían como hombres que habían nacido libres y las que las ordenanzas y cédulas de sus Altezas, los Reyes Católicos, les iban enajenando. Algunos caudales obtenidos de las datas y concesiones de tierras las empleó en liberar a canarios que había caído en la esclavitud por la codicia de los muchos segundones que había venido a la conquista de las islas como los cuervos a la carroña.

Vuelto a Gran Canaria y conseguida la rendición y pacificación de la isla, excepto algunos canarios que, recordando a Doramas y Guanariragua, se refugiaron en cumbres y barrancos para seguir luchando, sus mayores desvelos fueron para que su prima Masequera, la hija de Guayasen y por lo tanto la heredera del reino de la Gran Canaria, no dejara de ser considerada por los invasores como princesa de sangre real y respetada y tratada como tal, porque al lograr estos anhelos había conseguido que con Masequera fuera honrada y considerada toda la raza de la Gran Canaria.

Reunió un cuerpo de cuarenta nobles canarios y se embarcó para tomar parte en la conquista de la isla de Tenerife donde, como soldados, tuvieron tierras y caudales. Que luego, más tarde, se sintió traicionado y engañado por la ambición de los conquistadores y gobernadores, que fácilmente olvidaban las órdenes de los Reyes Católicos y las sinodales de los obispos, es otra cosa, pero no para decir que fue un traidor a causa de no dejar morir a los canarios en manos de generales sanguinarios y gobernadores ambiciosos. Que Dios le tenga en su gloria como se merece.

I

Este sucedido que voy a poner en vuestro conocimiento aconteció en los últimos años del reinado de nuestros famosos reyes Andamana y Gomedafe, con ocasión de la proclamación como rey del príncipe Ama-Semedac, al que después se le llamó Artemi. Todos nuestros reyes tuvieron varios nombres personales, que cambiaban conforme ocurrían sucesos en su vida. Los conquistadores europeos confunden las palabras que significan dignidad, por ser las que más oyen, y las toman como nombre propio, pero vosotros, canarios, no podeis ni debeis caer en esta confusión.

Pero vamos a lo que íbamos. La ocasión de nombrar rey a Semedac, que debería gobernar un gran reino y defenderlo de los descontentos de dentro y los invasores de fuera, y no de tan buena índole como eran los mallorquines, bien es verdad que la reina Andamana era su mejor valedora, había atraído a Agaldar una gran multitud que, semejante a un hormiguero en tiempo de lluvia, iba y venía de una parte a otra bulliciosa y alegre. Una multitud que pasadas las fiestas de la coronación no parecía dispuesta a volver a sus comarcas y abandonar aquellos agradables ratos de reuniones y comilones, músicas y danzas, luchas y otros juegos de fuerza y destreza. Ni tampoco dejar de formar corros dentro de los cuales los juglares cantaban y recitaban sus versos o desgranaban sus narraciones sobre reyes y heroes, amores y rivalidades.

Uno de estos corros, con personas de todas edades y condiciones, sentadas o en pie, se había formado alrede-

dor del poeta más famoso de todo Tamarán, Argotife, que en algunos momentos se acompañaba de una flauta de caña, enseñada por los mallorquines, y con la cual adornaba su canto y narración. Al terminar y pasear la vista por los espectadores para corresponder a sus aclamaciones de contento, descubrió entre ellos a un servidor de los reyes quien en alta voz le transmitía el mandato de la reina para que fuera a las reales casas.

El grupo de oyentes se disolvió al oír las palabras del enviado real, al que acompañó Argotife con cara de luna llena. No sería la primera vez que su voz se oíría en las reales cuevas. Andamana le había dado orden de que se presentase ante ella cada vez que viniera a Agaldar pero al poeta le gustaba hacerse rogar, seguro de sí mismo, y esta actitud producía, algunas veces, una pequeña arruga en la bella frente de la reina, arruga que desaparecía en cuanto Argotife daba comienzo a sus poemas o narraciones.

En esta ocasión había venido a Agaldar diciendo a sus vecinos que volvería a su hogar seguido de una pequeña tropa de reses de los numerosos rebaños que los nobles llevaban consigo para tener aseguradas carne y leche. En el fondo de sus pensamientos sabía que había venido para oír de nuevo los elogios de las gentes, las exclamaciones de admiración, el murmullo que despertaba su paso, mucho más importante y deseadas que todos los rebaños de la isla.

Los reyes y el príncipe Semedac estaban sentados a la sombra de unos tiles y laureles rodeados de aramaguadas, sacerdotes, gaires y nobles, descansando de las fatigas del reciente baño tomado en la cercana playa. Junto a los reyes se arrodilló Argotife.

Siéntate cómodamente, cantor del amor, le dijo Andamana. Tu sabías que tenía deseos de escuchar tus composiciones...

Pero Argotife se inclinó aún más para decir: Alabado sea Acoran que me permite contemplar de nuevo tu rostro, Hija del Sol y de la Luna, Madre de los Pueblos, cuyos sabios consejos ruedan de boca en boca haciendo penetrar tu sabiduría por todas partes como perfume de flores llevado por el viento. Tu eres la Gloria de las Glorias.

Y que diré de ti, rey victorioso, guerrero vencedor, Padre de los Pueblos, tus brazos derraman bienes como las nubes agua, tus hazañas no nos cansamos de cantar los poetas.

¿Y qué diré de tí, rey Ama-Semadac, esperanza y luz de la nación? Los pueblos aclaman tus hechos y acatan tus órdenes sabias y prudentes. Tu eres el futuro y poderoso rey de Tamarán.

Levantando la cabeza saludó a los demás personajes: soy vuestro más fiel servidor, nobles príncipes y sacerdotes.

Sentándose sobre sus piernas preguntó a la reina: Dime, Madre de la Sabiduría, qué deseas oír hoy de mi pobre repertorio.

Algo nuevo que haya sucedido y yo no sepa, respondió Andamana.

Tu ordenas y yo obedezco. Voy a poner en tu conocimiento un caso ocurrido el año pasado en la región de Agaete.

Luz de la Mañana es doncella noble que terminado su aprendizaje en la Casa de la Oración ha vuelto con sus padres, jefes de un poblado en la parte alta del barranco, bajo las grandes rocas de Tamadaba. Alegre y ágil es la mejor danzarina del contorno, ayudando al sacerdote de la región en sus oraciones. Pero no quiere oír hablar de casamiento para no perder su libertad. Su madre

la recuerda constantemente que está en edad de casarse pero ella prefiere tejer, cantar, bailar y otras cosas a la obligación de ser madre.

Un día, cansada de oír a su madre la misma cantinela, cogió una cesta de palma y se fue al bosque a buscar yoyas, pues caminando se le iban los nervios. Subió, bajó, hasta que la cesta estuvo llena del negro fruto y su cuerpo fatigado. Una palma no muy alta lucía su espeso ramaje y una sombra propicia para el descanso y el ensueño. Luz de Mañana se tumbó sobre la hierba con las manos sirviendo de colchoncillo a su cabeza.

II

Pocos días antes había llegado a nuestra isla un barco de la Andalucía a robar personas, para venderlas como esclavos. Desembarcaron por la madrugada, a un lado de la playa formada por el barranco. Ocultos por los árboles se iban internando en tierra cuando un pastor al divisarlos tocó su cuerno poniendo en aviso a los isleños, los que acudiendo en son de guerra y pudieron hacer huír a los piratas hasta embarcarse de nuevo, no sin dejar algunos muertos por el camino. Un marinero muy joven que por primera vez se había embarcado tuvo que apartarse de sus compañeros por una necesidad corporal. Al oír gritos se enderezó contemplando la derrota de sus compañeros y lleno de temor se internó más en el bosque huyendo de que los canarios le mataran. Lleno de angustia veía cómo el barco se alejaba por el mar. Seguramente que todos lo creerían muerto en la lucha. Pensó en su familia y en la pena que la casualidad les iba a deparar.

Ahora estaba solo, con su congoja y su miedo y en país totalmente desconocido. Apeló a la oración y procuró adentrarse en el bosque huyendo de la gentes con la es-

peranza que sus compañeros volvieran. Bebió agua de un manantial que brotaba de la roca y comió los higos de una higuera. Apenas podía dormir, tenía miedo de los hombres y de las fieras, de sus imaginarias fieras. Al tercer día, muy alejado del sitio donde desembarcaron, atento a los posibles enemigos, se encontró a pocos pasos de una doncella dormida.

Un sudor frío le corre por el cuerpo, sobresaltado así su puñal para defenderse, pero sólo la brisa y el pír de las aves fueron los ruidos que llegaron hasta él. Su corazón parecía un alocado pájaro dentro de la jaula del pecho. Conforme pasaba el tiempo se fue serenando y recobrando su valor. Pensó alejarse, pero antes, ya más tranquilo, hechó una última mirada a la muchacha. Su tez era suave aunque algo tostada y sus labios rojos. El pelo, largo y algo oscuro, le tenían peinado en trenzas. Gastaba una corta falda de piel suave y calzaba sandalias de palma. Sus pechos no eran grandes pero bien formados, parecían dos alberchigos maduros y tentadores.

No supo si fue el día luminoso, el viento suave, la soledad en que se encontraba, la belleza de la mujer; lo cierto es que en vez de alejarse se acercó a la muchacha, que despertó bruscamente, quedándose paralizada, llenos sus ojos de terror. Pero eran unos ojos tan bellos, que Guzmán, así se llamaba el muchacho, hijo de madre de raza mora, comparó con los que tendrían las huries del paraíso. Le dio lástima la muchacha y se arrodilló a su lado acariciándole las manos y hablándole en español y árabe hasta conseguir que el color volviera a las mejillas de la moza y esbozara una sonrisa. Olvidándolo todo, se sentó a su lado. Luz de la Mañana, dejándose llevar de su carácter alocado, cogió la cesta de joyas y se las ofreció, y ante la cara de asombro del joven se llevó una a la boca, Guzmán, hambriento, casi no deja una.

Calmada en parte su hambre, el mancebo prestó más atención a la joven canaria y cuanto más la contemplaba más se iba prendando de ella hasta perder el arte de razonar. No sabía si de verdad estaba en la isla Afortunada llamada Canaria o aún seguía en España. Solamente la falda de piel gamuzada y los dos pequeños dibujos en rojo que la joven tenía en las mejillas le hacían ver que no estaba en su amada Andalucía. El dios Amor seguía su trabajo y terminaron abrazados, fundidos uno en el otro, entendiéndose más con el pensamiento que con la palabra. Un ruido, probablemente de algún animal, los hizo, no sin sobresalto, volver a la realidad. Luz de la Mañana indicó a Guzmán que la ayudara a recolectar yojas y cuando tuvo media cesta le llevó hasta una pequeña cueva que ella conocía y después de hacer un cómodo lecho con hojas de pino y helecho, le dejó el fruto del mocán y le indicó que la esperara pues vendría al día siguiente. Mientras comía no dejaba el joven andaluz de contemplar a Luz de la Mañana, y ésta no le quitaba la vista a él. Ninguno de los dos quería romper el encanto de aquellos momentos dejando sólo al otro, pero el tiempo pasaba y con honda amargura para ambos hubo que hacerlo.

Largas fueron para Guzmán, hasta aparecer al otro día por la mañana la moza canaria, las horas transcurridas. A la incertidumbre de no volver a verla se unía la posibilidad de un ataque de los canarios donde podría peligrar su vida, pero así como después de la lluvia sale el sol dando a los montes, a los árboles, al cielo incluso, tonos más vivos, limpios y brillantes, así se disiparon cuando la vio los peligros, las dudas y temores y cuantas cosas que, sin fundamento o con él, le asaltaron y obsesionaron durante la noche. Con tal ímpetu la abrazó, besó, acarició y acogió que Luz de la Mañana tornó a sentir temor, pero un temor que era un gozo a la vez y que fue dando paso a un sentimiento imposible de expresar y definir, a no ser que se sienta en uno mismo.

Del fondo de la cesta, llena de joyas, sacó un trozo de carne asada y una pella de gofio, amasado en el jugo de la carne, que traía envuelto en una hoja de ñamera, una planta traída por los mallorquines, que al galán le supo a gloria, no sabía si por la vianda o por quien la traía. Muchos días se repitió la entrevista, trayendo ella el doble gozo de la compañía y las provisiones, al mismo tiempo que le iba enseñando la vieja lengua de Tamarán.

III

La luz del cielo se encendió y apagó y aquel día Luz de la Mañana no vino. Guzmán, desesperado, subía a los oteros, con riesgo de ser descubierto, para reconocer con la vista los alrededores de su cueva. Pero llegó la noche, con sus tinieblas y sus nuevos temores. El andaluz se refugió en su cueva como animal guanil acosado de los perros salvajes, con la esperanza de que el nuevo día le trajera la presencia tan deseada. Salió a tumbarse sobre la hierba bajo una palmera, atento a todos los ruidos cercanos y lejanos. Las inquietudes y las preocupaciones le quitaban el sueño. No había luna, el cielo estrellado tenía una singular fosforescencia que se filtraba a través del oscuro encaje que formaban las hojas de la palmera bajo la cual estaba tendido y por cuyos huecos brillaban los astros como chispas de fuego.

La salida del sol sorprendió al enamorado despertando de un tardío y ligero sueño, aterido y con la cabeza pesada. El Rey de los Días arrancaba destellos donde posaba su luz, pero Guzmán lo veía todo gris, sin vida y triste. Bajó al arroyo a refrescar su cara y apagar su sed y, a pesar de que el hambre le arañaba el estómago, no pensó ni tenía deseos de buscar higueras o mocanes sino que se refugió en su cueva, torturándose con sus propios pensa-

mientos. Una piedra rodó cerca de la entrada, el ruido sobresaltó a Guzmán.

Otra segunda piedra hizo que el andaluz, inquieto y angustiado, con la mano en el puño de su corta espada, saliera, mirando en derredor para matar o ser matado. La cara sonriente de Luz de la Mañana le miraba desde una peña en la que estaba sentada. ¿Podría yo decir, nobles señores, los sentimientos de los dos al volverse a ver, la ternura y emoción de sus caricias? ¿El tiempo que tardaron en desfogar aquella ardiente llama interior que los consumía y alentaba? Luz de la Mañana tuvo que contestar al torrente de preguntas que la hacía Guzmán y repetir varias veces las respuestas hasta que el joven llegó a comprender bien las palabras. Díjole como su madre estaba recelosa de sus paseos y de los ardidés de que tenía que valerse para salir. El la contó las angustias que había pasado, las dudas que tuvo sobre sus vuelta y el gran temor de que por aquellos bosques algún hombre la maltratara y ultrajara.

No os asombre estos temores ni estas dudas, mis nobles señores, estos perros sarnosos de extranjeros no saben que los hombres de Tamarán no sólo no atacan a las mujeres sino que ni tan siquiera las hablan cuando las encuentran por los caminos, a no ser que ellas les hablan, y que su corazón goza respetándolas, ni que las leyes de la isla les castigan cuando así no lo hacen. No, no lo saben esos viles ladrones que roban hombres y mujeres como si fueran ganado guanil.

Luz de la Mañana le informó de estas cosas y él se maravilló de una gentes que parecieran salvajes se rigieran por tan sabias costumbres. Ya tranquilo la dejó marchar, dándola un beso y con el beso su alma. Ella antes de irse le volvió indicar de nuevo los sitios donde podría encontrar alimentos.

Dos días más pasaron sin que la muchacha apareciera y esta falta hizo que Guzmán, que ya no podía vivir sin la presencia de la canaria, tuviera de nuevo la muerte en su ánimo y locos pensamientos de venganza en su cabeza para los que la retenían. Tumbado a cielo descubierto para mejor rechazar un posible ataque pasaba las noches contando las estrellas hasta quedar dormido. Al tercer día la desesperación era tan intensa que en algunos momentos perdía la noción de tiempo y de lugar. Así, cuando al mediar la mañana apareció la doncella, agitada por la carrera, para traerle alimentos, el andaluz le quitó la cesta de las manos y dejándola en el suelo, estrechó contra su pecho a la joven mientras la preguntaba entre besos:

¿Qué te pasa, paloma mía, sultana de mi vida?

Que tuve que aprovechar un momento en que no me vigilaban para venir corriendo a traerte este poco de comida que pude coger en mi casa. Creo que mi madre nota que la oculto algo y me vuelvo enseguida. Te prometo venir mañana más temprano para estar más tiempo junto a tí.

Mucho me cuesta no verte pues no puedo vivir sin tu compañía. Prefiero que me maten a estar lejos de tí. Llévame junto a tus padres. ¿Crees que me matarán?, preguntó Guzmán.

Los canarios, como tu dices, no somos malos con quien es bueno con nosotros, dijo la muchacha. Creo que es mejor dejar pasar un poco de tiempo mientras podamos y hablar yo antes con mi madre, que como mujer me comprenderá. También creo que es mejor que cambies de cueva y por eso te he preparado otra más cerca del mar, de la que podrás huir mejor en caso necesario.

Fue más larga la despedida que la entrevista, pero la razón se impuso a sus deseos y cuando la joven se perdió de vista entre los matorrales, Guzmán, más tranquilo, se acogió al refugio de su nueva cueva.

IV

Nadie, desde que se había refugiado en el bosque, se había dejado ver por aquellos contornos, ni nadie le había molestado, por lo que más confiado en los lugares que ya conocía, y donde vivía un romance de amor que muchas veces le parecía cosa de libro de caballería, se aventuró a dejar las cercanías de su cueva para alejarse y conocer mejor aquellos sitios. Se subió a un otero desde el cual se veía el baranco en alguna extensión. Árboles de todo tamaño cubrían las laderas hasta el fondo, donde un pequeño valle formaba un mar de verdura en el que algunas palmeras semejaban escollos. Sobre ese mar de follaje, un cielo azul donde navegaban algunas nubes blancas y un viento que era como una caricia para todos.

Un intenso píar de pájaros era la llamada a los espíritus benévolos de la tierra, refugiados en la umbría de los manantiales, y la música de fondo sobre la que destacaba el arrullo de las tórtolas y el silbido de los mirlos o de las altas notas del canto del capirote. Aquella calma, aquellos arrullos, le trajeron a la memoria el recuerdo de Luz de la Mañana y con el recuerdo la congoja de no poderla tener junto a sí.

El amor no puede quedar oculto sino para el enamorado, pero no para los que le rodean que prontamente se dan cuenta del mal que padece. La madre de Luz de la Mañana al notar la frecuencia de las salidas de su hija para buscar berros, yoyas u otras cosas y su tardanza, el verla ausente de lo que la rodeaba, se apercibió de los sentimientos que la dominaban y se extrañó de que no la hubiera hablado de ello. Encargó a su hijo Guantamar que la siguiera pues temía que la pudiera pasar algo por los bosques, pero sin darle a conocer sus sospechas. Guantamar se sintió algo molesto por la orden de su madre pero

no la rechazó y se hizo acompañar por su amigo Charoe, que estaba muy enamorado de Luz de la Mañana.

Así, una tarde, aprovechando que su madre no estaba, Luz de la Mañana se dirigía muy deprisa al lugar donde había dejado a Guzmán. Guantamar que la celaba de lejos se extrañó de aquella prisa y recordó la orden de su madre, por lo que después de buscar a Charoe siguió sus pasos, encontrándola en los brazos del español. Se adelantó hacia ellos, que se turbaron en su presencia, diciendo a su hermana:

¿Cómo es posible que deshonres tu sangre y noble raza, vieja como el mundo, para tener amores con un bastardo ladrón de hombres y ganados? ¿No hay ya mozos dignos de tí en todo Tamarán? Ven conmigo y que el padre de tus días decida qué deba hacerse contigo.

Al hacer ademán de asirla por un brazo se interpuso Guzmán, puñal en mano, que no había comprendido las palabras de Guantamar. Luz de la Mañana le hizo ademán de que se contuviera pero al mismo tiempo una piedra lanzada por Charoe le hirió en la frente, lo que sacó de quicio a Guzmán que nuevamente trató de clavar el puñal en Guantamar, el cual de un empellón le derribó en tierra. Guzmán no se dio por vencido y levantándose quiso herir con el puñal al joven canario, pero antes de que lo hiciera la puntiaguda lanza de madera de Charoe le había penetrado en el costado, haciéndose caer en tierra arrojando sangre por la boca.

Luz de la Mañana dando un grito cogió la cabeza del mozo andaluz sobre sus rodillas, pero no había nada que hacer, la sangre seguía saliendo por la boca del español y con la sangre su vida. Lloró desconsoladamente, sin esperanza. Con la tarde moría aquel amor que durante unos días la había hecho sentirse otra y ver el mundo distinto.

Los dos jóvenes canarios contemplaban la escena en silencio, sin deseos de intervenir. Al ver empañarse los ojos del herido hicieron ademán de retirarse, lo que sacó a Luz de la Mañana de su estupor y dejando a Guzmán en el suelo, cogió el puñal caído e intentó herir a Charoe, lo que impidió su hermano desarmándola. Al verse impotente de lograr su intento corrió ladera abajo. Guantamar y Charoe creyendo que buscaba piedras para herirles se separaron, pero Luz de la Mañana siguió su carrera. Guantamar, con un mal presentimiento, se lanzó lo más rápidamente que pudo en su seguimiento, seguido de Charoe, pero llegó tarde pues la muchacha se desricó por el acantilado que poco más allá se hundía bruscamente. Cuando llegaron a la orilla ya su cuerpo rebotaba rocas abajo yendo a caer en una pequeña caleta donde las aguas del mar luchaban por romper el muro de piedra.

Guantamar y Charoe buscaron un sitio para poder llegar hasta donde estaba el cuerpo de Luz de la Mañana. Llegaron tarde, una ola grande estrelló contra el acantilado el cuerpo de la muchacha dejándolo sin vida. Otras olas cubrieron con un sudario de espumas los restos de la doncella que no quería enamorarse pero que después no supo vivir sin amor.

Esta es, amada reina y nobles señores, la última historia que he podido saber. La he contado para ejemplo de doncellas alocadas que se apartan de las leyes de Tamarán y de sus costumbres, tan viejas como el mundo.

Calló Argotife esperando el fallo de Andamana.

Tu relato me ha gustado, y creo que lo mismo les pasa a los amigos presentes, dijo la reina. Retírate, el noble Timenad te hará un regalo de mi parte.

Pero Argotife, con la frente en el suelo, no se movía.

¿Qué deseas poeta, preguntó extrañada Andamana, una nueva esposa?

No te burles de este pobre, Bien Amada, si tengo tres esposas es porque no puedo negar mi corazón a quien me pide amor y por mi deseo de hacer feliz a la gente si está en mi mano. No, no quiero esposa, sólo deseo que me bendigas para que mi pensamiento sea más claro y mi palabra más dulce y armoniosa.

Andamana extendió el brazo y le bendijo. Argotife besó el suelo y se retiró. A la salida de la cueva real le aguardaban tres gordas ovejas cuyos anchos lomos prometían carne abundante, rica grasa y sabroso tuétano en sus huesos. Las entregó a sus esposas porque otros señores les pedían que fueran a sus moradas deseosos de oír sus leyendas.

BENAHANAC

I

En la confluencia de dos barrancos, uno corto y otro largo, hay una mole de toba rojiza que las lluvias y los vientos han sacado de las tierras que la cubrían. Los cardones y las siemprevivas adornan su cima y las oquedades son aprovechadas por las palomas para hacer sus nidos. Se destaca sobre las lejanas lomas pardas, sobre el azul terroso de la cumbre y sobre las verdaeantes laderas que la circundan. En este natural baluarte se ha construido Banahanac su vivienda con dos ventanas, una a cada barranco, dos cubículos para dormir y un silo. Un adoratorio, un socavón para cocinar y un aprisco que cierra con una puerta de palos contra los perros salvajes que pudieran llegar.

Los grandes cantos que se acumulan en el fondo de los barrancos, especialmente en el grande, redondeados por las aguas, parecen restos de osamentas de gigantescos animales. En la época del año en que conocemos a Benahanac no pasará mucho tiempo sin que las lluvias discurran por entre ellos formando un arroyo que morirá entre el montón de callaos que está junto a la playa, una playa de arena suave y amarillenta como vellón de oveja.

Las laderas del barranco corto están pobladas de acebuches, presos en una maraña de esparragueras, balos, tabaibas y verodes que sirven de refugio a lagartos y otros animales. Las del grande la revisten abundantes árboles de todas clases, excepto un trecho cercano al mar ocupado por exuberantes palmeras, continuamente susurrantes que dan un singular encanto al lugar. Barranco arriba están los pastos.

Benahanac tenía el oficio de constructor de viviendas y tanto las excavadas en la roca como las formadas por paredes de piedra, que él hacía, eran las que mejor quedaban terminadas y las más bellas. Aprendió su arte de unos mallorquines que los vientos furiosos trajeron hasta las playas de la isla. A su vez Benahanac ha enseñado a otros. Se dice que es hijo de uno de los navegantes del país de los grandes fríos, que a veces pasan por nuestra tierra. Su pelo muy amarillo y su tez más clara de lo corriente le han dado nombre y afirman el rumor. Era algo extraño en la familia de su madre, pero su abuelo le acogió como de su sangre y como si fuera hijo del más poderoso guanarteme.

Alto y fuerte, quiso vencer aquella pequeña humillación de su origen convirtiéndose en el mejor atleta, siendo vencedor muchas veces en concursos y torneos. Campeón tres veces seguidas en los campeonatos nacionales ha saboreado la gloria de ser aclamado por las gentes, felicitado por los reyes y de que el Gran Faicán, rodeado de aramaguadas con palmas en las manos, le saludara como se hace con los héroes. Junto a la victoria en la arena la obtenía también en el corazón de las mujeres, que en algunos momentos llegaron a abrumarle.

Vuelto a su oficio se casó, pero su matrimonio, aunque feliz, fue estéril, y su mujer, creyendo que sobre él pesaba una maldición, a los pocos años se convirtió en espíritu. Lo mismo le ocurrió a la segunda esposa y cansado de que las gentes le miraran raramente y murmuraran de él se ha hecho pastor, retirándose a esta parte de la tierra. Algunos van a consultarle sus problemas y ha tomado fama de sabio. Ha aumentado los árboles alrededor de su vivienda y los vecinos se burlan porque dicen que sufre al comer sus corderos, alimentándose solamente de gofio, leche, miel y frutas.

No me explico, le dijo una vez un amigo, cómo te avienes a vivir alejado de la gente, sin miedo a los espíritus

perversos que pueda haber por estos lugares, tu que fuiste tan agasajado y solicitado por hombres y mujeres.

Cuando me hallo con mi ganado por estas laderas, responde Benahanac, y contemplo los diversos aspectos y colores de lomas y barrancos, el resplandor de las estrellas en la noche y la gloria del sol en la mañana, cuando miro el mundo que me rodea y pienso sobre todas las cosas parece que algo dentro de mi me alimenta y no me acuerdo para nada de la comida ni vecinos. Hay algo más que las viandas para calmar nuestra hambre pero para encontrarlo es preciso estar en contacto con los espíritus que moran en las lomas y las barranqueras.

Dice la gente que los espíritus de la luz te iluminan, y debe ser así aunque yo no te comprenda, contestó el amigo.

Benahanac conoce las cumbres y el fondo de los barrancos, los bosques y sus caminos, todos los árboles de alrededor de su vivienda eran como su familia y podía haberles puesto nombre. Conoce las umbrías y las solanas. Sabe las plantas benéficas y las dañinas, las que dan la vida y las que la quitan. Posee el secreto de la selva, de las rocas y de los nacientes. Cuando el viento murmura entre las hojas de los pinos comprende el lenguaje de ambos y entiende la invocación que las tierras hacen al divino Señor de la Luz y la respuesta de éste. Hay quien dice que habla con las piedras.

II

El día amaneció con el cielo fuertemente encapotado por oscuras nubes que ha puesto melancólico al pastor, el cual piensa que el tiempo no anima para llevar a pastar al ganado teniendo heno seco en el silo. Un viento frío

le obliga a ponerse el tamarco de zalea. Da de comer a sus reses y suelta a los baifos, impacientes, aunque también más obedientes a la llamada de su cuerno, sentándose a la puerta de su casa en espera de lo que parece eminente lluvia pues ver caer el agua de los cielos le produce un placer inigualado.

El otoño está avanzado y el agua no ha llegado como debe, sólo algún matapolvo. La gente de Tamarán ama la luz del Sol y el brillo de la Luna y las estrellas y procura tenerlos propicios con sus oraciones a los espíritus que las habitan. Ama también la música, la danza y la alegría de vivir. La templanza de su clima los hace despreocupados y soñadores. Pero aún más que a todo esto, ama la lluvia a su debido tiempo, que les libra de la angustia de una cosecha incierta y de los pastos escasos. Por este motivo el color sucio y oscuro de las grandes nubes que parece tener llena de agua su amplia barriga es más bello que los rayos luminosos de la aurora. El agua abundante significa largas lunas de poco trabajo y tranquilidad de ánimo, músicas, juegos y comilonas.

El golpeteo lento, sonoro y retumbante de las primeras y grandes gotas de agua al caer sobre las anchas hojas de los tártagos y sobre el suelo sacan a Benahanac de sus reflexiones.

Mansa, humilde, purificadora, como soplo divino, va cayendo la lluvia; lavando las piedras, las rocas, los árboles, las palmeras. Arrancando de las montañas y llevándolo ladera abajo el polvo del estío que empaña el brillo de las cosas. Calma la sed de la tierra y nutre de savia a los vegetales. Esponja el terreno para que las semillas, que sembró el viento, hinchen sus diminutos cuerpos, tomen vida y pueda darla a otros seres después de embellecer al mundo. ¡Dulce tamborileo de las nubes sobre la madre tierra que despierta a los grandes y benéficos

espíritus de los bosques, dormidos largos meses, y hace surgir de sus entrañas ese inconfundible, inimitable y grato olor a tierra mojada! ¡Música inefable y deliciosa que golpea en el corazón de los isleños con sonido de agudos crótalos!

La niebla baja por las laderas hasta llenar el barranco, enredando sus grandes telas de araña en los penachos de las palmeras, borrando las cosas de la vista y haciendo que la vivienda de Benahanac parezca volar por entre las nubes del cielo. Este, impulsado por no saber qué cosa, toma su caramillo y lanza sus vibrantes notas sobre el fondo murmurante del golpeteo de las gotas para así acompañar la danza de los pequeños espíritus de la tierra y obligarles a que traigan abundante hierba, vistan de verde piel a las rocas y del blanco ropaje nupcial a la punzante esparraquera.

La lluvia es el mejor don del Padre de los Tiempos pues hace salir de su letargo al mundo y renacer la esperanza en el corazón de los hombres, agarrotados por el largo estío, cosa poco frecuente en Tamarán. Menos frecuente es una larga temporada de aguaceros, cuando esto ocurre los isleños se reúnen en el Tagoror o en la Casa de los Hombres, pasando el tiempo en danzas, narraciones y comidas.

En la mente de Benahanac brota el deseo repentino de regalarse con un poco de carne asada y este pensamiento le hace sentirse criminal. No ha causa de que una vez el rey, entusiasmado con sus fuerzas, le hizo libre sobre el mismo terreno de luchas, con la aprobación general de los espectadores, y el ser medio noble le prohíba matar animales; no porque sus dientes no sean todo lo fuertes que eran cuando Benahanac tenía el vigor de la juventud. Sino porque sus reses tienen algo familiar con él. Quizás los corderos, animales algo estúpidos, no le des-

pierten tanta efusión pero no así los baifos que le siguen a todas partes, se refugian entre sus piernas, esperan sus caricias y le contemplan con sus ojos luminosos, casi humanos. Hace mucho tiempo que no come carne y menos de su ganado. Son como hijos de su corazón y sufre con sus dolores y necesidades, todo lo esperan de él, que es su Dios. De tal modo estos pensamientos le hacen estremecer que el perro, tumbado a su lado, levanta la cabeza interrogante.

III

De su ensimismamiento le sacó un gruñido del perro hacia la ladera. No era extraño que alguien viniese, ya que muchos le consultaban en sus dudas o se llegaban a él para gozar de su compañía y saber, pero aquel tiempo de lluvia y nieblas que borran los caminos no era, ciertamente, grato para pasear y se pregunta qué negocio traería el visitante. El perro se levantó ladrando y Benahanac se asomó a la puerta intrigado y sorprendido. Los ladridos del perro, ladera abajo, le llevaron hasta una figura de mujer, medio desfallecida, y se apresuró para ayudarla pero ella, con susto en su cara, corrió al verle. Benahanac, viendo que no conocía el camino y estaba en peligro de caerse, se dio prisa en alcanzarla asiéndola por un brazo.

Era casi una niña, de la clase de los siervos. El corto pelo lo tenía empapado así como el cuerpo y la larga falda de casada. Un gran pánico se reflejaba en su cara, Benahanac pensó si no estaría loca o posesa.

Suéltame, dijo la muchacha. No me entregues.

El pastor sin soltarla la acarició el cabello. Ven conmigo, no tengas miedo. Estás temblando de frío y de temor.

No, no quiero ir, no quiero que me entregues.

Al fin tras ruegos, promesas, caricias, la pudo llevar hasta el refugio de su cueva donde encendió fuego y haciendo que se quitara la falda mojada la abrigó con una capa de aguas. Trajo leche caliente y se la dio con un poco de gofio.

Poco a poco la mujer fue perdiendo su temor y recuperando la serenidad. Benahanac esperó pacientemente a que su espíritu volviera a la normalidad para preguntarle la causa de su sobresalto. Los jóvenes olvidan pronto los problemas porque la vida les impulsa a ello. Era bella, ojos grandes, boca gordezuela, senos bien formados y figura esbelta. Se levantó para poner unas ramas en el fuego, la mujer le miró y sonrió. Espero me digas lo que te ocurre, la digo.

Me llamo Adeuna, soy sierva del noble Tenaro, lo mismo que mi marido. Desde muy joven conocí a Ajijuna y nos queríamos mucho pero su familia pasó a otro noble y se fueron para Tasarte y no nos volvimos a ver. Pasaron dos años y otro mozo me propuso unirnos y como me agradaba nos casamos con permiso de nuestro guafayan. A mi marido le gustan todas y no me hace caso. Hace unos tres días volví a ver a Ajijuna, que había venido a no sé qué asunto, y mi antiguo cariño resurgió fuertemente. Esta mañana por el camino del pinar nos encontramos. Sentí como un fuego que me abrasaba que me hizo ir en busca del hombre con olvido de todo lo demás. Cuando me volvió la razón ya había faltado al juramento hecho ante el faicán. Mi marido nos vio juntos y vino hacia nosotros. Yo, llena de miedo, corrí por entre los árboles y la niebla me separó de ellos y me juntó a ti.

Cásate con los dos, la dijo Benahanac.

Mi marido no quiere que tenga más esposos y Ajijuna vive lejos con otro guafacan.

Vete con Ajijuna.

No sé donde vive. En realidad no sé qué debo hacer, contestó Adeuna.

Benahanac comprendió que era irresponsable, por joven y por vigorosa. Quiso evitarla los varazos que el marido exigiría se le dieran conforme a la ley. La lluvia había cesado pero no la niebla. Trajo más leche y sacó gofio, taharemen, ñames hervidos, azarquén y todo cuanto creyó que podía agradaarla. Cuando terminaron la dijo que se pusiera la falda y una capa de aguas.

¿Vamos a salir? ¿Dónde me llevas?, preguntó Adeuna con gran susto.

Te voy a llevar a una casa de aramaguadas cuya abadesa es amiga mía para que te acojo en su derecho de asilo. No quiero que tu marido pueda acusarte de nuevo.

La mujer quedó pensativa, indecisa, al fin se levantó del escabel de palma dispuesta para acompañarle. Salieron protegidos por las capas de agua. Benahanac cerró la puerta de la vivienda y del aprisco. El perro les seguía. La lluvia había cesado pero el viento al mover las ramas hacía llover de nuevo, azotándoles el rostro. Por entre las nubes salió el sol, un sol mortecino de atardecer pero que convirtió cada gota de agua en una pequeña estrella y adornó las telas de araña. La niebla regresó y se adueñó del barranco con más intensidad pero Benahanac conocía aquellos caminos aunque fuera a oscuras y llegaron sin novedad a la casa de las sacerdotisas cuya sorfacaera tomó a Adeuna a su cuidado.

IV

Benahanac regresó a su casa antes de que la noche se cerrara. Casi por todo el camino le acompañó la lluvia. Al

día siguiente recogió helechos y pinocha para arreglar los cubículos y cambió una cordera vieja pero grande, por zaleas. Las aguas de los cielos seguían cayendo. Sucedió dos días después, luciendo el sol. Había sacado a pastar a su ganado sin alejarse de su cueva cuando tres hombres se acercaron a él protegidos por capas de zalea. Uno de ellos llevaba un gran disco solar colgado del cuello. Era un servidor del faicag.

¿Has visto pasar por aquí a una mujer joven?, le preguntaron.

¿Qué pasa? ¿qué ha sucedido?, interrogó Benahanac.

Es una adúltera y el marido desea que se le aplique la ley, respondió el hombre de religión.

Tengo entendido que no la quería, dijo el pastor.

¿Quién ha dicho eso?, exclamó uno de los que acompañaban al servidor del faicán. Eso demuestra que estuvo por aquí.

Sí, estuvo por aquí y la dí de comer, contestó Benahanac suponiendo que el que había hablado era el marido. ¿Si no la quieres porque no la repudias?

A tí no te importa, es mi mujer y quiero que se le aplique la ley.

La ley, le replicó Benahanac, se ha hecho para guiarnos pero no para secarnos el corazón. Las leyes son las mejores costumbres tomadas como modelo, pero el pensamiento de los hombres cambia con los tiempos y con el pensamiento cambian las costumbres y con las costumbres las leyes. Adeuna está en una casa de aramaguadas, yo la llevé allí. Nuestras leyes no perdonan ese delito pero tu lo puedes hacer, repudiándola. Pide al Señor de lo Alto que te ilumine y vuelve mañana con lo que hayas decidido, para ir a buscarla, yo te lo ruego.

Se vio vacilar los sentimientos del marido, diversas emociones se reflejaban en su rostro, al cabo, quizás por la influencia de la fama de hombre justo que tenía Benahanac, dijo: volveremos.

Llegó el ocaso del día siguiente y el hombre no vino. Pasada la luna entera Benahnac fue a la casa de las sacerdotisas. Encontró a la muchacha fuerte, hermosa y alegre. En presencia de las aramaguadas le contó lo sucedido y cómo su marido no se presentó al tiempo señalado ni después. La preguntó si en caso de que su marido la repudiara la gustaría que él la tomara por esposa. Adeuna quiso ir con él pero Benahanac, fiel cumplidor de la ley, prefirió aguardar y que siguiera con las aramaguadas.

Averiguó donde vivía el marido de Adeuna y le preguntó si pensaba volver con ella.

¿La quieres para tí?, preguntó.

Solamente deseo su compañía, respondió Benahanac.

El hombre, perplejo, contemplaba la serena faz del pastor.

¡Llévatela, no me interesa!

Entonces, vamos hasta el sacerdote.

Ante el hombre de Alcorac el marido repudió a Adeuna y Benahanac la tomó por esposa.

¿Y la mujer?, preguntó el faicán.

Está con las aramaguadas de Guayadeque, santo varón, yo vendré con ella otro día. El sacerdote le tomó la palabra.

Benahanac fue junto a Adeuna, a quien contó lo ocurrido. Mi casa te espera, la dijo.

La muchacha fue junto a él sonriente, pero de pronto se quedó seria y bajó la cabeza. Las sacerdotisas contemplaban la escena expectantes.

¿Qué te ocurre? Si no me quieres, te dejo libre.

Es que... Alcorac a bendecido mi vientre, dijo tímidamente.

Benahanac sonrió; no solamente ha bendecido tu vientre sino mi casa, si Alcorac permite que regreses a ella.

Las aramaguadas sonrieron. Adeuna, alegre, se apretó contra Benahanac murmurando: tú eres mi Señor. Tú ordenas y yo obedezco.

Mientras marchaban hacia la vivienda encontraba Benahanac nuevo y como nunca visto el mundo que contemplaba. Los árboles más frondosos, las rocas más alegres, el cielo más azul... Una nueva luz brillaba en lo íntimo de su ser, ya tenía para quien guardar su sabiduría que no moriría con él. Por este motivo cuando abrió la puerta de su cueva le dio la sensación de que el sol no estaba fuera, en las laderas, sino dentro. ¿Qué importaba que la semilla que fertilizó el árbol de la vida no fuera de estéril huerto si él recogía el fruto? ¿Qué importaba si sería la luz que le guiaría su a veces malograda vida? Lo importante era que la esperanza volvía a cantar dentro de él con el agudo canto del capirote.

que se encuentran los frutos en el momento de su
recolección y en el momento de su consumo.
En el momento de su consumo se encuentran
los frutos en el momento de su consumo.

que se encuentran los frutos en el momento de su
recolección y en el momento de su consumo.
En el momento de su consumo se encuentran
los frutos en el momento de su consumo.

que se encuentran los frutos en el momento de su
recolección y en el momento de su consumo.
En el momento de su consumo se encuentran
los frutos en el momento de su consumo.

que se encuentran los frutos en el momento de su
recolección y en el momento de su consumo.
En el momento de su consumo se encuentran
los frutos en el momento de su consumo.

que se encuentran los frutos en el momento de su
recolección y en el momento de su consumo.
En el momento de su consumo se encuentran
los frutos en el momento de su consumo.

que se encuentran los frutos en el momento de su
recolección y en el momento de su consumo.
En el momento de su consumo se encuentran
los frutos en el momento de su consumo.

que se encuentran los frutos en el momento de su
recolección y en el momento de su consumo.
En el momento de su consumo se encuentran
los frutos en el momento de su consumo.

que se encuentran los frutos en el momento de su
recolección y en el momento de su consumo.
En el momento de su consumo se encuentran
los frutos en el momento de su consumo.

Esto que voy a contaros es casi un secreto, me lo contó un sacerdote muy viejo porque los sacerdotes nos contábamos los secretos en forma confidencial, de forma que no alterara la idea que de los reyes y nobles tenía el pueblo común, y muchos nobles también. Como quiera que vosotros, y otros pocos hijos de canarios, vais a ser los depositarios de nuestras tradiciones, tan interesantes como las de nuestros vencedores, y ya que los reyes de esta isla de Canaria sólo son despojos murtuorios, no me veo obligado a guardar para mi lo considerado, como ahora se dice, esotérico.

Las costas del sur de nuestra isla se han convertido en playas de finísima arena que lentamente se van hundiendo bajo la tranquila mar de plácidas y largas olas. Son propicias y hospitalarias para las naves y galeras y los antiguos navegantes lo sabían, por lo que los barcos de andaluces y catalanes y aún los de ese país que llaman Mauritania, arribaban a ellos con frecuencia y no con buenos propósitos para los canarios. Por este motivo, apenas el príncipe Muideseado, que otros conocían por Semedac, el que al ser proclamado rey tomó el nombre de Príncipe de los Pueblos, el que los extranjeros conocen por Artemi, salió de la escuela de guerreros su madre, Guatidámana, le envió al Sur para que organizara la defensa de la isla por esa parte. A los nobles sureños no les gustó que un príncipe del norte les dijera lo que tenían que hacer, pero Muide-seado no sólo había heredado de su madre el pelo rubio y los ojos azules sino también su mucha inteligencia, por

cuya causa al poco tiempo se sometían y amaban a su nuevo señor, y era de ver cómo los jóvenes le consideraban como hermano y los viejos como hijo.

Artemi tenía de su madre su belleza física, aunque saturada de virilidad, y sus ojos se clavaban en los de las gentes como dardos de dura madera de pino, lo mismo que los de su madre. Estaba dotado de una vitalidad exuberante y su temperamento le inclinaba hacia los ejercicios en que sus músculos se ponían a prueba. Por su carácter osado y esforzado, por su ánimo independiente, le gustaba la natación y la caza. Con la natación desafiaba a los espíritus malignos de las aguas y con la caza iba conociendo codo a codo lomas y barrancos, bosques y caseríos, lugares donde un día tendría que imponer su autoridad y que estarían bajo su protección.

Un día entre los muchos días los vigías dieron la voz de alerta, un barco se acercaba hacia Gando, aunque lentamente. Artemi llamó a todos los guerreros y los puso en intención de lucha. La espera fue larga porque el barco andaba muy lentamente. Mas cerca se vio, por la vela y los colores, que era de Mauritania. Al fin la galera, pues era una galera, encalló, los guerreros canarios con Artemi al frente la rodearon hasta tocar el agua. Pero del barco no bajaron feroces guerreros, sino tres bellas y jóvenes mujeres que poniéndose al frente de una pequeña comitiva de mujeres y hombres se arrodillaron al llegar cerca de Artemi. El príncipe, y lo mismo todos los guerreros que le acompañaban, se quedaron sorprendidos de aquel acto y dejando sus armas en el suelo se dispusieron a socorrer a quienes de esta manera ya de antemano se rendían.

Cómo pudieron, Artemi y los demás se enteraron que en aquella nave viajaba la hija de un rey de los países de Mauritania que iba a casarse con el hijo de un rey de otro país lejano, pero que sorprendidos por unos piratas

tuvieron que huir perdiendo el rumbo y teniendo que sufrir los embates de una tempestad y que, ahora, se ponían a merced de los habitantes de las islas Felices, pues por sus sabios sabían que estaban en ellas. Artemi, por el modo de mandar de la joven, por sus aderezos, por sus ropas, comprendió que no mentía y ordenó que se les acogiera y tratara conforme a su rango.

La princesa mauritana se llamaba Estrella de la Noche, o algo parecido. Sus acompañantes no sabían arreglar naves, y aunque lo supieran les faltaban herramientas de fierro que los canarios no teníamos en aquel entonces. Estrella de la Noche tenía unos ojos grandes, suaves, del color del plumón de golondrina, la tez tostada y el pelo, ondulado, negro con reflejos azules como ala de cuervo. Quizás los ojos grandes, el pelo y la tez tostada, tan distintos a los de las princesas de Agaldar fue lo que hizo que Artemi se aficionara a ella, de cuya afición nació el príncipe Tagot. Artemi acabó por no querer apartarse de su lado y tomarla como esposa real, con gran disgusto de su madre que exigió, y cuando la reina Guatidámara exigía lo hacía de verdad, que Tagot pasara cada año unos meses con ella a fin de que conociera la corte de Agaldar y sus costumbres. Artemi le acompañó varias veces, no sin detenerse en el camino en la selva de Terori, donde por la abundancia de alimento se criaban los cerdos más gordos y más grandes.

Mucho debió impresionar los bosques de Terori a Tagot, pues cuando abandonó la escuela de guerreros, ya convertido en hombre con barba y bigote, le gustaba ir de caza a Terori como vio hacer a su padre. Y también después de que fuera proclamado rey, a la muerte de Artemi, luchando con los francos. Tagot era alto, membrudo, con los ojos grandes, luminosos, como su madre pero con el ánimo esforzado e independiente de su padre. Era muy aficionado a estar en Telde, por no dejar so-

la a su madre, pero también le tiraba Terori, y le gustaba internarse solo, pues con sus ayudantes al lado le parecía que le trataban como si fuera un niño. Frecuentemente, aunque sabía que era imprudencia, abandonaba a sus acompañantes y, sólo, se internaba en la selva en persecución de las manadas de cerdos, aunque una caracola colgaba de su pecho para llamar en caso necesario.

II

Fatama era la más joven acompañante de Estrella de la Noche. Cuando llegó a Gran Canaria era una niña aún no nubil pero ahora era toda una mujer hermosa. No era muy alta pero tenía un cuerpo bien formado; cabello negro, como ala de tibia, largo y ondulado y casi siempre brillantado por grasas en las que se había hervido hierbas aromáticas. Su tez era pálida como pulmón de tórtola. Sus ojos grandes y oscuros estaban aureolados por unas largas y negras pestañas y eran de mirar tímido, pero esa misma timidez parecía embrujar a los hombres que la conocían.

Su boca de labios muy ligeramente gruesos y rojos, como semilla de esparraguera, parecía un nido de pequeñas conchas nacaradas. Ya he dicho que su piel era como plumón de tórtola y toda su persona semejaba una gran ave dispuesta a emprender el vuelo al menor susto por lo que los hombres no se resistían al deseo instintivo de sujetarla, antes de que lo hiciera. Sus acompañantes decían que un muy antiguo abuelo suyo, hacía muchos y muchos años, ya había estado en Canaria para explorar la isla por orden de su rey.

Fatama desde su llegada fue solicitada para esposa por muchos jóvenes nobles del reino de Telde, pero muy especialmente por el gobernador de la comarca de Terori

que acompañaba al rey Artemi en aquella ocasión y que repudió a su esposa para estar libre. Con halagos logró que sus hermanos, eran dos los que venían con ella, se fueran a vivir con él y entre unos y otros acabaron por empujarla hasta los brazos del viejo ganadero, poderoso y rico. Allí vivía rodeada de comodidades pero aburrida, siempre vigilada por sus hermanos que no querían perder las ventajas que ahora disfrutaban.

Cansada de la molicie en que vivía daba frecuentes y largos paseos hasta rendir sus nervios. Su marido, celoso en extremo, la dejaba hacer porque a la vuelta de sus caminatas tenía carácter más tratable, y porque sabía que además de sus sirvientes su hermano la vigilaba estrechamente, vigilancia que se fue aflojando en vista de que sus paseos no eran causa de menosprecio para el marido. En una de estas salidas, en que la brisa incitaba a caminar, se alejó algo más, como ya había hecho otras veces, hasta un naciente situado al fondo del barranco y sombreado por frondosos árboles. Al entrar en el recodo donde estaba el naciente vio sentado, gozando del frescor de la umbría, a un mozo casi imberbe pero de recia personalidad.

Tagot, pues era él, no olvidaba el respeto que las costumbres y las leyes de Tamarán tienen con las mujeres y, aunque hacía poco que se había sentado allí y se encontraba a gusto en aquel fresco rincón, se dispuso a levantarse en silencio y alejarse de aquel lugar, pero apenas se había erguido oyó decir a la mujer, con voz acariciadora, de un tono más bien bajo que alto: Quédate sentado al fresco, si estás fatigado, no te alejes por mí, no me molestas.

Mucho te agradezco el favor, dijo el príncipe, y para corresponder a él te daré agua con mis manos.

Eres un hombre muy cumplido y hablas con un sosiego impropio de tus años. ¿Quién eres?

Soy un hombre que sabe considerar la belleza y la clase de las mujeres con quienes trata.

Fatama hizo ademán de acercarse al naciente y Tagot también, pero la mujer deteniéndose dijo: Sólo deseo refrescar mi garganta y mis pies en el agua, no debes tomarte ningún trabajo por mi causa.

Tagot hizo caso omiso de las palabras de la mujer y acercándose al manantial y formando taza con sus manos recogió la fresca agua y dio de beber a Fatama. Después la mujer humedeció su cara y quitándose las sandalias de palma metió los pies en el pequeño charco. Cuando se la puso de nuevo miró sonriente para Tagot y le saludó: la paz sea contigo.

¿Puedo acompañarte donde vas?

No voy a ninguna parte determinada sino a caminar y no soy libre...

Disculpa mi atrevimiento. Son tan dulces tus ojos y tu voz...

Tu también debes tener el sabor de arrope de mocán, dijo la mujer con el semblante triste.

Durante unos momentos estuvieron cerca uno de otro, muy cerca. Tagot no apartaba los ojos de la golosa boca de la mujer. Dijo muy nervioso: Barranco arriba hay una cueva, oculta y refrescada por unos matorrales, donde podemos descansar un rato...

Adelante, dijo ella, y si cuando creas que yo debía haber llegado no me ves pero oyes rodar piedras, no me esperes.

Tagot estaba comido por la impaciencia y el deseo de la compañía de la mujer. Al oír pasos cerca de la entrada de la caverna una sonrisa iluminó su cara. Los ojos de la mujer también parecían tener luz.

III

Varias veces volvió Tagot al rincón umbroso de un barranquillo de Terori, donde hay un naciente, pero en ninguna tornó a encontrar a la mujer de los ojos acariciadores y la boca en flor. Pero un día, ya perdidas las esperanzas y resignado, la vio llegar al manantial y se levantó para acogerla entre sus brazos pero ella, con un ademán, le contuvo y quedamente le dijo al pasar: Vete a la cueva, te seguiré.

Ya en la gruta la abrazó apasionadamente mientras le decía: Loada sea la Buena Madre que te encaminó hasta la fuente.

No puedo venir cuando quiero sino cuando puedo pues soy vigilada. Varias veces he llegado hasta este sitio con la esperanza de encontrarte y creo que mi deseo hacia tí ha hecho que los espíritus de la fiebre me tomaran y he tenido que tragar las medicinas que me recomendaba el sacerdote para no alarmar a mi marido. Ahora soy feliz, pues tu eres la fuente del agua que aplaca mi sed. Mi corazón se muere sin tu presencia...

Eres muy linda y mi pensar es sólo para tu persona. Me habría muerto de angustia si no te vuelvo a ver. ¿Pero qué te pasa? ¿Qué pena te agobia?

Porque sin ti mi vida no tiene aliciente, dijo Fatama. Estaba muerta en vida y tu me has vuelto a la luz del sol. Te pertenezco, es preciso que te quedes o yo iré a buscarte.

Tu no puedes hacer eso ni yo tampoco, aunque ahora no pueda explicarte las razones. Te prometo por el Poderoso que vendré a verte todas las veces que me sea posible.

Soy feliz. Mi corazón arde por tu amor como las llamas en la hoguera, con la diferencia de que la leña se consume y mi corazón tiene mayores llamas cuanto más se quema.

IV

Los edecanes del príncipe se dieron cuenta de que algo preocupaba al joven y que algunas caminatas tenían como lugar preferido un rincón de las selvas y bosques de Terori, a los que gustaba ir sin compañía. No se les ocultaba que serían cosas de amores, pero al mismo tiempo no comprendían como un príncipe poderoso, un príncipe que iba a ser rey, un príncipe que por su posición y belleza corporal podía disponer de todas las mujeres de la isla menos las vírgenes de Acoran, tenía que andar con ocultaciones. Así se lo comunicaron a Artemi, quien le dio orden de vigilarlo pero dejarlo libre.

Pero hubo alguien que no hizo caso de la orden del rey y éste alguien era Ancor, un noble que postergado por Artemi quería hacerse con la voluntad de Tagot para que le diera honores cuando llegara a rey, halagándole y secundando todos los pensamientos del joven príncipe. También notó que el lugar preferido por Tagot era Terori y que deseaba caminar sólo, sin compañía, por aquellos bosques. Interrogó sutilmente al príncipe por esta preferencia pero sólo obtuvo vagas respuestas por lo que prefirió saber por él mismo lo que pasaba y ver si podía sacar provecho de la situación.

Desde lejos sigue a Tagot cuando se internaba en los bosques y pinares de Terori. Varias veces le vio llegar hasta un naciente que había en el fondo de un barranquillo. Ancor le vigilaba escondido entre tabaibas y esparragueras o subido a uno de los muchos laureles del bosque, pero nada pasaba, aunque Ancor pensaba que por algún motivo tornaba y retornaba al mismo sitio. Un día en que vigilaba al príncipe, su atención fue llamada por el paso de una mujer hacia el mismo sitio. No era joven pero muy hermosa y deseable.

Comprendió los deseos del joven por estar solo.

Una de las veces que vio juntarse la pareja se dio cuenta de que también eran vigilados por otro hombre que absorto en lo que hacía no se daba cuenta de su cercana presencia. Iracundo se dispuso a bajar al fondo del barranco pero Ancor, suponiendo que era el marido, le dejó bajar un trecho y después le lanzó una gran piedra que le hizo caer al fondo del barranco donde rebotó con un crujir de huesos acompañado de un alarido de espanto.

El grito fue tan resonante, aumentado por los ecos del barranco, que Tagot y Fatama se asustaron y salieron rápidamente de la cueva a tiempo de ver caer un hombre contra la roca y finalmente al fondo del barranquillo. Intrigados y asustados, deseosos de saber qué había ocurrido, se dirigieron hacia el sitio donde vieron rodar al hombre, olvidándose del peligro de ser descubiertos. Llegados, Fatama vio con horror que era su hermano, que con una gran herida en la cabeza yacía sin vida.

Tapose la cabeza con las manos para no ver aquel horrible espectáculo. A poco sintieron pasos y alarmada se fijó en quien venía, era un hombre al cual no conocía pues nunca le había visto por allí, seguramente era de otras tierras, pero que se acercaba a Tagot y éste permanecía tranquilo por lo que el sobresalto se fue y su ánimo se sosegó un tanto.

El desconocido preguntó a Tagot: ¿Qué ha sucedido, Alteza. He oído un grito y he temido por tí?

¿Cómo sabes que estoy aquí?, preguntó a su vez Tagot sorprendido y molesto.

Vine a cazar y te vi pasar, pero como conozco tu interés por cazar sólo no he querido molestarte, aunque no me he alejado de estos contornos.

Fue este hombre que ha debido caer. No intervengas, aléjate y guarda silencio sobre este accidente. Sabré recompensarlo.

Así haré, contestó Ancor. Tu ordenas y yo obedezco. Al marchar tuvo un estremecimiento al mirar para el cuerpo privado de la vida por su codicia, pero siguió su camino, no sin antes fijarse bien en la mujer.

Fatama, brillándole los ojos le preguntó: ¿Quién eres, pues te llamó alteza? ¿Acaso eres Tagot?

Quien soy es lo que menos importa. ¿Conoces a este hombre?

Es mi hermano, que seguramente estaba vigilándome y se cayó. Estoy muy asustada.

No temas, iré en busca de los sacerdotes para que se hagan cargo de su cuerpo. Ya te lo comunicarán.

V

Tagot, después de aquel suceso comprendió que no debía reanudar las entrevistas con Fatama aunque su cuerpo y su sangre se lo pidieran. Y pasaron los meses. Fatama cada día tenía más deseos de correr hacia el barranco. Su otro hermano la vio varias veces sentarse a la entrada de la pequeña cueva. Familia y sirvientes atribuyeron su exasperación al dolor por la muerte de su hermano. Alguien trajo una Madre de Medicina para curarla. Un día aprovechando que estaban solas le preguntó:

¿Tienes algún remedio para retener a un amante?

Es muy difícil si quieres que el amante conserve su lucidez y ganas de amar, pero tengo remedios para librarse de maridos viejos.

Fatama la miró fijamente y retirando la vista dijo:

No, eso no.

Pero estaba tan enamorada del joven príncipe, la tenía tan subyugada a ese dominio natural y de clase que poseía, que conforme pasaban los días sin volver a verle el desasosiego iba en aumento y cuando pensaba que por ser príncipe todas las mujeres se le ofrecerían, el desasosiego se transformó en ansiedad y locura. Ahora, aparte de su interés por el hombre, lo tenía por lo que era y muchas noches pasó sin sueño imaginando la forma en qué la tomaría por esposa, cosa que pensaba haría el príncipe en cuanto ella se lo pidiera. Las noches las pasaba en vela y los días en delirios.

Por lo tanto, un día, con el pretexto de pedir un remedio a la curandera se acercó hasta su cueva. Mucho has tardado, le dijo ésta, lo que tú quieres lo tendré en un cuarto de luna. Te costará cinco carneros bien gordos.

No tengo forma de traerte los carneros, pero tengo este collar que vale mucho más. La curandera después de examinar el collar aceptó.

Pidió a los carniceros el cráneo de una cabra y lo colgó sobre un plato de barro para que cuando los sesos se derritieran cayera el líquido en él. Extrajo jugó de cardoncillo y beleño, vinca y venenilla. Hizo un cocimiento de semillas de laurel al que añadió poleo de monte y semillas de hinojo y cuando se enfrió añadió los jugos, miel de yoya y de palma y más tarde el líquido de los sesos de la cabra. Cuando Fatama fue en busca del remedio le dio un jarro de barro con una especie de miel que olía bien. Un poco hace dormir, la dijo; algo más enferma, mucho mata, tú lo emplearás como quieras.

Fatama cogió el jarro con manos temblorosas, tan temblorosas que a poco más se le cae. Además tenía miedo del

lugar, quizás lleno de espíritus que comen tanto el cuerpo como la razón. Al llegar a su vivienda lo puso en una hornacina y se tendió sobre la estera de dormir para calmar su agitación y para que el corazón, que parecía querer romper la cárcel del pecho, se aquietara en sus locos saltos. Los primeros días rechazó la idea de matar a su marido por temor de que su espíritu la persiguiera y devorara, pero poco a poco la ambición y el deseo del poder, que tanto la hacían sufrir, fueron cambiando sus ideas. Ya no miraba con horror al tarro de la miel, de aquella miel preparada por la hechicera. Conforme pasaba el tiempo lo iba mirando como un confidente y más tarde como a un libertador.

Un día, no pudiendo por más tiempo resistir las encontradas ideas que pasaban por su pensamiento y los sufrimientos que la ocasionaban, casi sin darse cuenta de lo que hacía, aprovechando que su marido había bebido bastante vino de palma, le sirvió unos dulces de higo y los bañó abundantemente con la miel hechizada. El marido los comía golosamente mientras repetía que nunca había probado una miel tan sabiamente compuesta e ingirió toda la que contenía el tarro, sin que Fatama pudiera darse plena cuenta de lo que ocurría. Medio ebrio se acostó y pasado un gran rato se despertó dando gritos y retorciéndose de dolor con las manos sujetándose el bajo vientre. Fue llamado el sacerdote de la medicina que le dio a beber un brebaje que le quitó el dolor pero que no le curó, porque sin darse cuenta casi nadie pasó de la vida a la muerte.

VI

Fatama no podía guardar los días de viudez recluida en su casa como era la costumbre porque todo allí dentro la recordaban al muerto y a su crimen y por todas partes

creía ver el espíritu de su esposo, lo cual era un insufrible tormento. Pero más tormento era su deseo de volver a ver y estar con Tagot, por lo que ante la familia y servidores pretextó que deseaba hacer una peregrinación a la casa santa de Agaldar y acompañada de una sirvienta de confianza emprendió el camino hacia el reino del norte. En realidad el motivo era que Tagot, por imposición del Consejo de Sacerdotes, vivía en la casa real de aquella población.

La familia, que no estaba conforme con la locura de Fatama, la obligó a llevar otra servidora más con ella, que la alcanzó en el camino, junto con su hermano, que a última hora decidió que no debía dejarlas solas. Fatama corría más que caminaba pues quería llegar a Agaldar antes de que llegaran los días en que tenía que presentarse en público como viuda y como esto la obligaba a cortarse el pelo, y sabiendo que su cabello era uno de sus encantos, quería evitarlo a toda costa o llegar a un arreglo en este asunto con los sacerdotes.

Se hospedarían en la Casa de las Mujeres y en la Casa de los Guerreros, cada uno en la suya, y por si les faltaban alimentos iban provistos de collares y brazaletes para cambiar por ellos en caso de apuro. Tres días estuvo rondando a su gusto, dada su condición de noble, ante las cuevas reales y las del faicag hasta que se enteró que Tagot estaba en Atamaraseid, donde había llegado un barco de mallorquines. Trabajo la costó pero al fin pudo lograr que tanto las sirvientas como su hermano la deparan vagar sola, a su gusto, por los lugares santos.

Pero así que se vio sin compañía se dirigió por el camino más corto que la dijeron hacia la costa de Arehucas. Pero el camino más corto no siempre es el mejor, tuvo que atravesar el barranco de lo que hoy llaman Moya y la noche se le iba echando encima. El barranco era un extenso

y espeso palmeral lleno de malezas y zarzas. Quizás por ir protegida por su capa de pieles unos perros grandes la confundieron con algún animal guanil y se acercaron a ella con actitud hostil. Fatama con una rama golpeó a uno de ellos, lo que exasperó al animal que furioso se lanzó sobre ella para morderla, haciendo que la mujer diera un alarido que retumbó por el barranco y asustó aún más a los perros y el que estaba cerca la asió con sus dientes por la garganta hasta dejarla sin vida.

Otros perros acudieron atraídos por el fragor de la lucha, pero también vinieron los pastores, dueños de los perros, que a fuerza de piedras los alejaron de lo que había sido Fatama. Al darse cuenta de lo sucedido tuvieron miedo y metieron el cuerpo de la muerta en una pequeña cueva que cerraron con grandes piedras para que los sacerdotes no supieran que sus perros había matado, por cuyo delito los animales deben morir, ni que ellos había tomado un cuerpo muerto. Una vez cerrada dijeron todos los conjuros que sabían para librarse de la maldición de la muerta y de su espíritu.

Si nuestros dioses, nuestros reyes y nuestros sacerdotes, no hubieran caído en desgracia y no hubieran perdido su poder, yo no podría haberos contado este sucedido, esta historia. Y lo he hecho para que cuideis mucho de no ser llevados y traídos por vuestras pasiones que os pueden llevar a la ruina como llevaron a Fatama.

Antes mencioné la palabra historia. Ya sabéis que la Historia es la que guarda los hechos de nuestros mejores hombres y su sabiduría, marcado el camino para los que venimos detrás. Voy a completar el relato anterior dándoos algunos datos sobre el rey Tagot. Tagot, como todos nuestros reyes, tuvo muchos hijos pero sólo voy a referirme a cuatro que considero los más importantes y que se llamaron Guanariragua, Bentagot, Egonaiiga y Seront.

Guanariragua, que otros nombran Guanarinagua, se llamaba en realidad Guanarinaga. Tagot lo tuvo con la hija del jefe de aquel poblado, por no ser la madre de sangre real no pudo llegar a Guarnarteme pero sí ocupar el cargo de faicag del reino de Telde. Estando en la Escuela de Guerreros un muchacho de Agaldar, jugando con dardos, le dejó tuerto y desde entonces concibió un gran odio por todo lo que fuera o viniera del reino del norte. Cuando el rey Tagot partió la isla en dos reinos para evitar una lucha entre hermanos y ocupó el cargo de faicag, hizo todo cuanto pudo para influir sobre su hermano, el guanarteme Bentagot, de carácter más débil, hasta que éste declaró la guerra a su hermano Egonaiiga, en la que fueron vencidos los de Telde a pesar de ser más numerosos.

Era más activo e inteligente que su hermano el Guanarteme y luchó cuanto pudo contra los extranjeros. El se opuso cuanto pudo a la penetración de Diego de Herrera en Gran Canaria y fue quien destruyó la torre de Gando. Cuando los reyes de Telde fueron apresados por los españoles envió a sus hijos, que eran niños, con el tío Egonaiiga y nombró guanarteme al gaire Doramas, un guerrero joven, valiente y ambicioso, que tanpoco tenía simpatías por Agaldar. Doramas era un buen guerrero, osado y luchador hasta la muerte, pero algo iluso, que no se había detenido a considerar el poder y las armas de los conquistadores. A Guanarinaga le conocían, y le temían, los conquistadores, desde Diego de Herrera, y la llamaban Guanariragua el Tuerto. También Tarira, por habitar en Tara.

Tagot se vio forzado a dar un heredero, que en su día llevase el gobierno de la región de Telde, tomando esposa real de una princesa, nieta de reyes, llamada Zaina. De este matrimonio nació Bentagot, que como os he dicho

antes fue apresado junto con la reina Zaima y llevados a Castilla. Allí lejos, de su isla murieron, de pena.

Los de Agaldar no estaban conformes con que la fuerza de la sangre real se hubiera corrido para el sur, por lo que reunidos gaires y sacerdotes, obligaron a que tomara otra esposa real de la sangre de los Semidán y de esta unión nació Egonaga, que creciendo entre nobles muy influidos por la predicas cristianas de los mallorquines, siempre fue considerado como cristiano de secreto. Su pensamiento estaba más cerca de los conquistadores que de los isleños, por lo que protegió a Diego de Silva, hecho por el cual los dos entraron en la Historia. Egoinaga, inteligente y con dotes para gobernar a los pueblos, preparó a su sobrino Benseront para gobernar en defecto de que algún día no lo pudiera hacer su hija, una niña que no podría luchar contra la ambición de Guanarinaga.

Por último tenemos a Seront, cuyo mérito es haber engendrado a Benseront, el tenesort de los Semidán, a quien los extranjeros conocen por D. Fernando Guanarte-me, de quien otro días os hablaré. Y doy por terminada esta narración.

I

Nuestros sacerdotes en el discurrir de los tiempos habían ido acopiando mucha sabiduría, sabiduría que guardaban entre ellos y que se iban comunicando unos a otros bajo estrictas reglas y penas para que no sufriera desdoro el Unico y los hombres no se ensombrecieran, pues los nobles aunque eran una clase que se había ido formando con los hombres de más claro espíritu y con las mujeres más bellas no eran, al cabo, sino fuertes guerreros, fuertes y de gran corazón, pero rudos. En cambio los hombres de Acoran, con sus tarjas y sus memorias, guardaban todo aquello que debiera saberse como experiencia para con ella ayudar al Sábtor y a los pueblos.

Una de las artes en que se habían hecho más experimentados, además de saber los movimientos de los astros en el cielo, era de curar los males del cuerpo y del ánima. En esta labor eran ayudados por hombres y mujeres dotados por el Mas Alto Señor de buenas influencias y poderes. Entonces les llamaban médicos y ahora los cristianos, bruxos, estos cristianos ensorbecidos que creen que la única sabiduría es la suya. Cuando una mujer o un hombre, se revela con estas virtudes, y mas si era sacerdote o sacerdotisa, se le ponía aparte y se le proporcionaba ayudantes para que ejerciera bien su ministerio en favor de los pueblos y gentes.

Una de estas famosas mujeres, cuya fama llegó a correr por toda la isla, se avecindó en la parte que nosotros llamamos Arehucas, y los cristianos Hoya de San Juan porque esa parte de la tierra le fue repartida a un con-

quistador de nombre Juan. Esta mujer, que se llamaba Ambeselac, tomó tal renombre, prestigio y notoriedad que su figura se reprodujo en barro y se llevaba como amuleto. Su vestido era una saya de piel muy sobada en color rojo y un tamarco de lo mismo y del mismo color. Sujeto a su cónico y picudo gorro de sacerdotisa llevaba un manto de fino tejido vegetal que le caía por la espalda y sobre los hombros. De esta famosa mujer voy a contaros un sucedido que corre en la boca de los juglares y que voy a relataros.

II

Sentada en una estera puesta junto a la entrada de su vivienda, Boca Sonriente daba vueltas al molino para hacer el gofio del día y mientras daba vueltas a la piedra pensaba que los vecinos y su familia tendrían que cambiarla de nombre y buscarle otro si su hija, Pajarita Cantarina, no cambiaba de actitud. Parose un momento para contemplar, una vez mas, a la muchacha, que estaba sentada al otro extremo de aquel pequeño atrio, las manos en el regazo y la mirada perdida en la lejanía.

Y no tenía motivo para estar en esta disposición y talante. Era alta, bien formada, los ojos grandes, medio verdosos, los pechos inhiestos y el pelo como de brasa, era la moza más guapa de aquellos contornos, a lo que había que añadir un temperamento alegre que traía de cabeza a muchos hijos de nobles y príncipes. Pero desde que llegó un mozo del sur, sobrino o algo así de otro ganadero de Terori, a quien los vecinos y amigos, que eran muchos, le pusieron el nombre de Capirote por su afición a cantar, cosa que no hacía mal. Pajarita se enamoró de él y al no ser plenamente correspondida se le puso un genio casi imposible de conllevar. Capirote es un muchacho guapo, simpático, muy atractivo para las mujeres pero con menos fundamen-

to fue un niño antes de pasar a la segunda edad, es decir, antes de pasar a los Colegios de Guerreros, y como las chicas le asediaban, también estaba inaguantable.

Volvió a girar la rueda de piedra, ahora con más rapidez, porque la mañana se le iba entre estos pensamientos y Pies Ligeros, su marido, estaba a punto de llegar de revisar el ganado y ver si los zagales habían hecho bien su trabajo. Un silbido modulado que llegaba de lejos la hizo saber que el hombre venía por la vereda y traía la carne para asar. Dio más velocidad a la muela tratando de moler la cantidad de grano que se había propuesto, aunque no era fácil que lo lograra antes de que su marido llegara junto a ella.

No pudo conseguirlo. Pies Ligeros se dejó ver por un recodo del camino. La caminata no le había fatigado y sonrió satisfecha pues si los años no había hecho mella en el hombre tampoco había menguado su ilusión por el muchacho que por su agilidad en la danza se ganó el nombre que ahora tenía. Le envolvió en una mirada amorosa. El hombre soltó el baifo que traía, ya sacrificado y quitada la piel, sobre la estera y correspondió a la mirada afectosa de su esposa pasándola la mano por los cabellos. Pero su mirada se endureció un tanto cuando divisó a Pajarita, sentada en una piedra y ausente de todo cuanto la rodeaba. Quiso dirigirse hacia ella pero su mujer le asió por el tobillo al mismo tiempo que le decía: ¡Déjala, ya se le pasará!

Lleva ya mucho tiempo en esta forma, y se le pase o no se le pase no me gusta verla sin ánimos por causa de un loco embrujado.

¡Hazme caso y verás como sola acabará por no acordarse de él! A mi tampoco me gusta verla como hechizada pero todos tenemos cuando somos jóvenes tonterías como esta. Además, los hombres no podeis comprender a las mujeres.

¿Pajarita Cantarina, dijo el padre levantando la voz, ya no me quieres que no vienes junto a mí?

Pajarita, como si despertara de un sueño, vino corriendo y le echó los brazos al cuello al mismo tiempo que le decía con deajo mimoso: Padre, quiero ir a Arehucas.

¿A Arehucas? ¿Qué nuevo capricho es este? ¿Y por qué motivo?

No es capricho, padre, contestó Pajarita un tanto compugida. Quiero ir para Arehucas a que me vea la Buena Madre.

Antes de que Pies Ligeros opinara, Boca Sonriente terció mientras se levantaba de la estera: Me parece muy buena idea y no se cómo no se me ha ocurrido a mí...

Si tu también lo crees así, iremos, aceptó Pies Ligeros, pero no antes de dos días para dejar todo en orden.

Mejor, así puedo preparar la marcha con más comodidad, añadió la mujer.

III

La pequeña aventura que es el breve viaje a Arehucas ha soliviantado los adormecidos ánimos de las mozas vecinas y amigas de Pajarita, y en este momento lo son todas, que han tomado como suya la victoria de esta sobre el versátil Capirote, más voluble cuanto más es deseado por las muchachas, de las que cada una no pierde la esperanza de enamorarle de verdad y tenerle para ella sola. La única que en realidad está despreocupada del hombre es la iniciadora de toda esta jarana, que solicitada por aquí, solicitada por allá, casi no tiene tiempo de acordarse del hombre y ha vuelto a cantar como antes, contagiando con su alegría a todos los que la rodean.

Boca Sonriente, olvidada de sus pesadumbres anteriores, viendo alegre a su hija, ha tornado a ser la mujer animada de siempre y le parece que el sol tiene más brillo y los atardeceres más bellos violetas con que vestir las cumbres de las montañas. Pies Ligeros, viendo felices a su mujer y a su hija, se siente con el mismo ánimo de siempre. En cambio, los mozos han organizado un grupo de resistencia, sabiendo que las chicas van en busca de filtros de amor, y se han propuesto, tras largos conciliabulos en la Casa de los Hombres, hacer que caigan rendidas de amores para despreciarlas después.

Total, que un recorrido que podía haberse hecho en un día se tardaron tres por los bailes y músicas que se disponían en cada casa por donde pasaban, y que aumentaban los componentes del grupo, especialmente de gente joven. Los de Arehucas se quedaron sorprendidos cuando vieron llegar tan nutrida y alegre concurrencia, que se incrementó con los de este poblado deseosos de saber en qué paraba el asunto.

Llegados por la tarde se encontraron con que la sacerdotisa Ambesalac, que lo mismo curaba los males del cuerpo que los del alma, no recibía sino por las mañanas. Buscaron algunas cuevas donde pasar la noche, pero no hizo falta porque los vecinos, ávidos de chismes y novedades, cansados de conocer las vidas y milagros de sus vecinos, no desperdiciaron la ocasión de tener alguien con quien hablar y compartir opiniones y les hicieron hueco en sus cuevas.

Los jóvenes subieron hasta la cima de la montaña de Arehucas. Desde allí Pajarita contemplaba la Pequeña Tierra y las playas que la unen a la Tierra Grande. Al poniente los Bañaderos con sus buenas pesquerías de lapas y burgados. Lejos la Montaña de Agaldar, cuya cima dicen que está habitada por los difuntos, y al fondo la Cumbre

cuyas lomas están cubiertas de pinos. A la izquierda el gran palmeral de Atamaraseid, al frente la gran selva de Terori, este enorme bosque de mocanes y tiles, cerca de la cual vivían ella y Capiroste, el galán que la hacía sufrir, y al cual quería curar de su desvío con los remedios que le diera la Madre Ambeselac. Sus amigas interrumpieron sus pensamientos al decirla que por la tarde irían a comer las pas asadas en la misma orilla del mar.

Por llegar muy temprano encontraron poca gente para ser recibidos por la Madre de la Medicina, pero conforme iba subiendo el sol fueron aumentando los clientes. El no conocerse los tenía callados, hasta que algunas preguntas saltaron de persona en persona y luego de grupo en grupo por lo que a poco se encontraron todos hablando de males y encantamientos. Las maravillas y curaciones logradas por la santa mujer se decían en voz baja para no romper el encantamiento. También sus visiones y adivinamientos, potentes y firmes.

Cuando la ayudante de la Vieja Madre indicó a Pajarita que le había llegado el turno todos los deseos que esta tenía de visitarla le desaparecieron como barridos por un fuerte viento y tentada estuvo de echar a correr, no haciéndolo porque el mismo temor la tenía paralizada. Boca Sonriente, en un arranque de decisión, la cogió de la mano y halando de su hija entraron las dos en la cámara de las consultas.

Ambeselac era una mujer de muchos años, muchos. Vestía una saya larga de tejido de palmito que le cubría los pies, cubiertos de una especie de berceguies de piel de cerdo. Un tamarco en piel gamuzada, de color rojo, le cubría el pecho, sobre la cabeza el cónico gorro de las araguadas. Estaba sentada sobre un trozo de tronco de palma al que le habían sido añadidas dos ramas que estaban unidas por un tejido de palma. Sobre el tronco y las ramas

estaban puestas zaleas para hacer más cómodo el asiento pues ya estaba vieja para sentarse sobre esteras. Las indicó que se sentaran a su lado sobre unas pieles de oveja llenas de hojas de pino. La cueva estaba impregnada de olor a plantas mágicas quemadas. Cogió las manos de Pajarita y la acarició suavemente hasta que la palidez del rostro de la muchacha se atenuó.

Dime qué te pasa, Flor de la Montaña. Dime que mal trastorna tu cuerpo o tu pensamiento, la decía.

Pajarita mira para su madre y para Ambeselac, indecisa. La Vieja Madre ordena a Boca Sonriente que las deje a solas, y siempre con las manos de la muchacha entre las suyas mientras la decía:

No temas, niña mía. Levanta la cabeza y mirame a los ojos, palomita mía. Dime que pena nubla tus ojos y yo te quitaré esa pesadumbre; seré para tí como un baño en las frescas aguas del barranco en un día caluroso. Mis artes y mis palabras serán como una lluvia de estrellas pequeñas que te dejarán feliz e iluminada. Cuéntame qué te pasa, tortolita, cuéntame, cuéntame...

Pajarita no apartaba los ojos de la vieja mujer. Tras unos momentos de vacilación exclamó con un suspiro ¡yo, Madrecita, sufro mucho!...

No me digas más, le interrumpió Ambeselac, el pensamiento de las jóvenes es para mí, que he vivido muchos y muchos años, como esos charcos que quedan en las rocas cuando baja la marea y en los cuales se ven claramente las piedras y los animalillos. Como en ellos veo en tí unas ideas cruzar rápidas como peces y otras arrastrarse lentamente como caracolas. Además, con mis poderes acabo de ver en tu pensamiento. Quieres a un hombre y este mozo cuanto más le demuestras tu amor menos caso te hace. Debes comprender el corazón de los hombres; prefieren conquistar a ser conquistados para demostrar su superio-

ridad. Aparte de que todos buscamos lo que no tenemos, o creemos no tener, aunque sea inferior de lo que tenemos al alcance de la mano. Si te acercas a él se marchará pero si sabes alejarte será cuando se acerque.

El me quería, dijo Pajarita, pero vino una amiga y se lo llevó. Cada día puedo menos vivir sin su amor, Madre de los Remedios. Haz algo que detenga mi dolor, algo que le sujete a mi cariño, algo que le haga venir siempre a mi lado...

Puede más en tí la soberbia que el amor, no obstante trataré de hacerte feliz ¿cómo se llama el mozo?

Capirote le dicen, Madrecita...

Ambeselac dio unas palmadas y una orden a la ayudante que acudió a su llamada, la cual trajo un brasero de barro con ascuas de carbón, que puso en suelo. La Vieja Madre cogió de un cesto que tenía cerca unas hojas secas y las puso sobre las brasas, las cuales produjeron un humo denso y blanquecino que aspiró durante un rato recostándose sobre el respaldo. Al fin habló, con lo cual Pajarita pudo respirar ya que todas aquellas maniobras la tenían suspendido el aliento.

Acabo de entrar en el pensamiento de ese mozo que te quita el sueño. Te quiere pero tu misma has hecho que se canse de tu cariño por ese deseo tuyo de querer estar pegada junto a él en cada momento. Así como la mucha comida nos quita el hambre aún antes de haber comido, tu gran ansia de que sea solamente por tí lo ha cansado de tu compañía. Aprende a dominar tu deseo, déjale libre sin agobiarle y volverá a tí. Vuelve mañana y te daré un resguardo que te ayude a conseguir tus afanes. Vete en paz.

Después de Pajarita, una vecina de la muchacha quiso que la Madre de los Sueños le hiciera conocer su porvenir.

¿Para qué deseas conocer el futuro?, le preguntó Ambeselac. ¿Para qué vas a poner amargor en tus días sabiendo que va a suceder y que tu no puedes evitar. Hazme caso, es mejor vivir la aventura de cada día. Que al despertar por la mañana no sepas la alegría o el pesar que el Mas Alto Señor te tiene dispuesta. Cuando así pienses vivirás más intensamente tus días, no sabiendo cual será el último. Y si tu vida es alterada por el oleaje de los sucesos, da gracias al Señor Alcorac de que nos haya disuelto lentamente en el olvido y quede en la memoria de los demás gracias a lo ocurrido. Pero ya que deseas conocer algo del futuro, creo que debes tener esa experiencia y voi a levantar una punta de la gran piel que tapa el Gran Misterio para tí.

Hizo que la mujer se sentara en un asiento parecido al suyo que estaba a su lado y la dio a beber un líquido de color de támara vieja, que tenía mal sabor, y que puesto en un jarrito de barro estaba en una hornacina, detrás de Ambeselac y a su alcance. La cogió las manos y mirándola a los ojos murmuraba lentamente conjuros hasta que la moza se quedó dormida. Más tarde unos temblores recorrieron su cuerpo mientras la cara denotaba sufrimiento.

Ambeselac le dio, repetidamente, la orden de que recordara cuanto estaba viendo, después la pasó la mano por la cara mientras la decía: despierta, despierta...

Cuando despertó de aquel extraño sueño la preguntó la Vieja Madre: ¿Qué veías, mujer?

Muchas cosas que me han hecho sufrir mucho. Lo que más recuerdo eran unos hombres con un raro vestido, que bajando a la playa de una de esas casas que vuelan sobre las grandes aguas, después de matar a los guerreros de Tamarán, nos perseguían a mujeres y niños para apresarnos. No quiero recordarlo.

Ves como no es bueno querer saber el porvenir sino cuando es necesario para el gobierno de los pueblos. Te ordeno, dijo mientras con una mano le cogía las suyas y la otra se la pasaba varias veces por la frente, que olvides cuanto has visto para que te sientas feliz. Ve en paz, y la hizo salir.

IV

Entregaron los regalos que traían para la sacerdotisa Ambeselac y siguiendo el curso del barranquillo llegaron a los Bañaderos de Arehucas pues en las rocas Coloradas había una pequeña cala muy propia para que las chicas y mujeres se bañasen sin que los hombres las molestaran. Los jóvenes, respetando las costumbres de Tamarán, las antiguas costumbres de nuestra antigua tierra, se alejaron lo suficiente para no ver ni oír pero sí poder bañarse. Mas tarde, otra vez todos reunidos, pescaron con las mismas esteras que trajeron para dormir, otros las llenaban de lapas, y a los más jóvenes les sirvieron para traer ramas de los numerosos tarahales que se criaban en la región y pencas de las palmeras del cercano y espeso palmeral. Un viejo pescador les encendió fuego con su palo de fuego sobre ramas secas de cardón y cuando ya las brasas fueron suficientes asaron los pescados y más tarde las lapas, unas herosas y grandes lapas, cuyas conchas guardaron muy cuidadosamente las mujeres.

Boca Sonriente aprovechó la ocasión de estar en la orilla del mar para contratar con los pescadores de aquella parte de la costa un cestito de sal y un cesto grande de pescados salados y ahumados a cambio de reses jóvenes. Quiso comprar a la mandona de aquellas gentes un hermoso collar de dientes de tiburón que lucía ésta, pero aquella Vieja Madre no quiso ni oír hablar del asunto a pesar

de que Boca Sonriente la ofreció tres gordas ovejas. Le hubiera dado más, tanto era lo que le gustaba el collar, pero estaba presente Pies Ligeros que consideraba el asunto desde otro punto de estimación.

V

Desde que Pajarita dejó la vivienda de Ambeselac las amigas la asediaron a preguntas para enterarse de lo que la Madre de la Medicina le había dicho pero Pajarita, que tenía muy presentes las palabras de la vieja sacerdotisa, les dijo a todas que no podía decir nada so pena de romper un hechizo. Pero cuando más silencio guardaba más crecía la curiosidad y el interés por saber algo. Por lo que cuando al otro día recogieron el resguardo de manos de una ayudanta las preguntas volvieron a caer sobre Pajarita como turbión de tormenta, pero la muchacha se limitó a colgarse el saquito de palmito y collar.

Al salir del poblado el grupo de muchachos había crecido con cinco más entre los que estaba Capirote, que, según sus palabras, había venido a Arehucas a un negocio, aunque nunca se supo concretamente a qué ni hacía falta, ya todos lo suponían. Cuando Pajarita vio a Capirote el corazón le dio un salto y tuvo una pequeña angustia, pero las palabras de Ambeselac surgieron en su pensamiento y apartó la vista del hombre con un mohín de disgusto. Capirote se quedó extrañado de ese proceder y procuró enterarse de todo lo ocurrido, y podeis creerme si os digo que no le quedó nada por saber. Intrigado y seguro de que como en otras ocasiones Pajarita haría lo que él la pidiera quiso lucirse ante los amigos diciéndoles:

No ha dicho nada de lo que pasó en la casa de la Buena Madre porque lo guarda para mí. Y se fue junto a Pajarita, con disgusto por parte de Boca Sonriente.

¿Qué te pasa, Luz de mis Ojos, que te veo triste y callada? Sé que has venido a que la vieja Ambeselac te cure. ¿Cuál mal espíritu te atormenta? ¿Qué te dijo la Buena Madrecita y qué remedio te dio?

Lo que me dijo la Buena Madre a mi sólo me importa.

¿Ya no tienes confianza en mí? ¿Has olvidado nuestro cariño?

He olvidado todo, hasta tí, vete y déjame tranquila.

Capirote insistía, insistía, pero tropezaba con la indiferencia y el silencio de Pajarita. En realidad era con la seguridad que iba creciendo en la muchacha, lo que iba poniendo fuera de sí a Capirote al ver perdida la partida. Sabía que todas las miradas estaban fijas en él y aunque parecía que no le observaban no le quitaban la vista de encima. Dándose cuenta de que se ponía en ridículo y de que este era mayor cuanto más tiempo pasaba tuvo que apartarse de Pajarita, bien a su pesar, corrido y mohíno. Boca Sonriente estaba tan desconcertada que no acertaba ni abrir la boca.

El escozor del fracaso no dejaba respirar a gusto a Capirote por lo que volvió al lado de su antigua novia para decirla:

Mi amor es como un fuego devorador, como la llama cuando prende en los pastos secos, donde mi corazón se abrasa y tu no haces nada por mitigarlo.

Si tanto fuego tienes, dijo Pajarita, haciendo el juego de su indiferencia, bebe agua y se apagará.

De la ira y el resquemor pasó Capirote a la sorpresa y al desconcierto al fallarle sus recursos y verse tratado de esta manera por la que en otros tiempos, cercanos, corría gozosa a satisfacer sus gustos aún antes de que se los pidiera. Tan insólita era la actitud de Pajarita que a Ca-

pirote le entraron ganas de propinarle una buena zurra para soltar la rabia que le comía por dentro, solo le con-
tuvo la familia y amigos de Pajarita y, lo más importante,
las antiguas leyes y costumbres de Tamarán. De aquella
ventolera de sus pensamientos le sacó la voz de la mu-
chacha:

Ya te he dicho varias veces que me dejes tranquila y
te marches de mi lado. ¿Qué ocurre para que no hagas lo
que te digo?

Rojo de cólera, hosco y callado, se reunió el muchacho
con sus amigos, que le contemplaban mudos y sorprendi-
dos, asombrados de su conducta y aún más de que no re-
accionara ante la mujer. Esta por su parte, tampoco hacía
mucho caso de lo que pasaba a su alrededor y el corazón
se le agarrotó viendo pasar el tiempo y que el hombre no
volviera. Pero en el camino, teniendo que subir una ás-
pera cuesta, se encontró cogida por Capirote que solícito,
aunque mustio y callado, la ayudaba a subir. Hasta ese
momento no había tenido Pajarita la certeza de que su
táctica era la conveniente, pero ahora su triunfo la llenó
de tal confianza en sí misma que su cara se iluminó, sus
ojos brillaron y su boca se abrió en una fascinante son-
risa que acabó por trastornar, aún más de lo que estaba, a
Capirote cuyo amor por Pajarita no había muerto y que
en aquel momento con todas las cosas que habían ocurrido
había reverdecido como las montañas a las primeras llu-
vias invernales.

De esta forma tan sencilla comenzó una guerra sin
armas en la que uno de los combatientes había de salir
vencido para siempre. Capirote, en su deseo de que Pa-
jarita volviera a someterse a sus deseos, de que volviera
a ser la de antes se enredó en su propia red, llegando
a no poder respirar sino era a su lado. Boca Sonriente
se preguntaba perpleja qué podía haber pasado en la

cueva de Ambeselac para que su hija, tan inexperta en las cosas de amoríos como era antes, se había hecho de la noche a la mañana una maestra en las artes que hasta poco tiempo antes ignoraba. Pajarita era otra vez, o mejor aún mas, la muchacha alegre y contenta de siempre y sus risas y canciones resonaban donde ella estaba. Su madre no tuvo que cambiar de nombre.

Los vecinos y amigos no cesaban de comentar el cambio ocurrido en aquella familia. La fama de Ambeselac subía por aquellos sitios como el humo en el aire. También la de Pajarita, a la que muchas mozas tomaron la costumbre de contarla sus cuitas, que la moza casi siempre resolvía bien. Existía alguien a quien no conformó la manera de cómo se habían resuelto los amores de Pajarita y Capirote. Era la última novia de Capirote, que al ver cómo se alejaba de ella el muchacho dio en propalar injurias sobre Pajarita, la que harta de escuchar cuentos se dirigió una mañana al naciente donde Naneda, su rival, iba a buscar agua y la maltrató de palabra. De las palabras pasaron a los hechos y se enzarzaron en una lucha sobre el suelo de la que salió vencedora Pajarita aunque casi irreconocible. Moretones, arañazos y mordiscos, especialmente en los senos, que envidiaba Naneda, llena de yerba y negra de barro. Cogió su delantal de piel afinada y en el fondo del barranco, por donde corría un arroyo, se lavó y limpió su delantal antes de ponérselo, Boca Sonriente se asustó al verla llegar pues creyó que había sido atacada por perros salvajes pero Pajarita le contó todo, con pelos y señales.

Aún le duraba los rasguños y los raspones cuando ella y Capirote se presentaron al faicag para que los diera por unidos, dispensándoles el sacerdote de la desfloración ritual con su bendición. Los hermanos de Pajarita habían venido para esta ocasión, más toda la familia; también la familia y los amigos de ambos, más los amigos de los ami-

gos, pues sabiendo que el padre era un fuerte ganadero ya se olían los ricos asados de la boda y tornaboda y los del tercer día. No faltando, como es lo que correspondía, las músicas y danzas.

Pies Ligeros lucía un trabajado tamarco de piel que su mujer había comprado o encargado para él. Boca Sonriente se había aclarado el pelo con ceniza y estaba muy ufana con su collar de dientes de tiburón. No quiso averiguar el hombre cuantas reses faltaban de sus rebaños pues con todos aquellos invitados sabía que iba a perder la mitad, pero su hija estaba tan alegre que bien lo merecía.

I

Voy a comenzar un relato que estimo debeis conocer. Es también un relato antiguo, y me parece oiros preguntar en baja voz a qué es debido que siempre os cuento sucedidos de hace un siglo o poco menos. Vuestro padre me ha dicho que quiere haceros hombres de letras para que deis gloria a nuestra raza y si yo os cuento estas cosas, hace tiempo acontecidas, lo hago para que con la sabiduría que acopeis por esos mundos y esas universidades podais decir a las naciones que nuestro pueblo no era esa horda de salvajes que nuestros dominadores quieren hacer creer al mundo, para ellos encumbrarse.

Eramos un pueblo sin recursos, pues no disponíamos sino de pieles, piedras y palos y con estos bienes teníamos que expresar nuestros sentimientos y nuestras artes y hacernos la vida más fácil y agradable. Por esta causa es por lo que os obligo a que guardéis por escrito todo cuanto os hago conocer. Nuestros cronistas sacerdotes llevaban a la memoria todo lo que consideraban que debía saberse y que podría servir de ejemplo. Los juglares tomaban estos hechos por su cuento y lo adornaban conforme a su pensamiento para darle más realce a los ojos de sus oyentes, como ocurre entre los cristianos.

Yo también tengo encetado, bueno algo más que encetado, una crónica de nuestros reyes, comenzando en la reina Atidámata y terminando en D. Fernando Guanarreme, de quien me dicen que se ha aficionado más de la cuenta al vino, quizás para olvidar cómo fue traicionado por los extraños y no bien comprendido por los propios.

Esta historia la escribo teniendo en cuenta los lances que me han hecho conocer gente muy vieja y sacerdotes que llevaban la memoria de ellos, especialmente uno de Areucas, a quien le atribuyo todos los demás. Esto no es nuevo, pues así se ha hecho el famoso romance de Mío Cid. Procuero ajustarme a lo que me dicen, pues yo no puedo quitar ni poner en la historia de nuestro pueblo.

Esta crónica mía me lleva a gastar mucho papel, no nuevo pero si aprovechable que cambio a sacristanes y monaguillos por maravedises, y todos tan contentos. Ya dicen los cristianos que "poderoso caballero es Don Dinero" y que "No hay cerradura donde el oro no es ganzúa". Espero terminarla pronto si los dioses quieren. Digo dioses porque ya no sé si encomendarme al Señor Alcorac, al Señor Jesús o los dioses de árabes y judíos, que también cuentan. No sé lo qué pasará el día en que los señores prebendados se enteren dónde va su papel ni lo qué opinarán los señores de la Santa, pero yo tengo preparadas unas loas a Santa María, más las que tengo de mi antiguo amo, para aplacarles el disgusto. No creo que hayais escrito todo lo que digo de papeles y dioses, si la habeis hecho romperlos. Y voy a terminar porque no quiero emplear más tiempo en templar la vihuela que en cantar la endecha y laus deo. ¿Que a qué dios alabo? Pues no lo sé, mancebicos míos, porque si el Señor Alcorac está dorminado y el dios de los cristianos permiten que nos vendan como esclavos, a pesar de que su hijo recomendó que se amaran los unos a los otros, ya no sé que pensar, pero alguno tiene que haber que no nos abandone a los que siempre hemos creído en dios, llámese como se llame, y laus deo, otra vez. Y ahora si que va el relato.

II

Estaba un día entre los días de un caluroso estío el noble Tamasen, faicag gobernador de la región de Risco

Blanco, sentado en su adoratorio, buscando un poco de fresco y descansando de los trabajos que el gobierno de su región le daba. Su mirada no tenía ya el vigor de los años jóvenes pero él percibía, aunque no viera bien, aquellas laderas medio bescosas donde los cardones extendían sus enormes matas entre tabaibas y tártagos, pidiendo al cielo la limosna de un chaparrón. A lo lejos, quieto, manso, reverberaba el mar, pero todos sabían que bajo aquel manto estaban los grandes monstruos.

Tamasen vestía un fresco y largo guapilote de tejido de palma y un tamarco de lo mismo, colgándole al cuello varios amuletos. Sus blancos cabellos y barba hacían destacar sus ojos oscuros, vivos y dominadores. Tenía puesto su cónico rojizo y alto gorro de sacerdote. Sentía hambre y llamó para que le trajeron un poco de leche y gofio bien tostada y algo de azarquen mezclado con amulan. Pero cuando apareció el sirviente venía con las manos vacías.

¿La comida?, preguntó.

El jefe del poblado de Fataga quiere hablar contigo a solas, Señoría.

¿A solas? ¿Quién viene con él?

Solamente un pastorcillo, señor.

Hazlos pasar y trae un poco de hidromiel, pues traerán sed.

Benahon se presentó en la puerta de la cueva acompañado de un muchacho como de doce años cuyo tosco faldellín vegetal y su montera de piel de baifo le declaraban pastor de las altas lomas. Benahon ya era algo viejo, pero aún estaba recio, enjuto y erguido. Vestía un tonelete de palma y un hogado tamarco de junco. A la cabeza un rojo sombrero de grueso palmito. Abarcas de piel de cerdo. El pelo lo llevaba en dos trenzas, al extremo de cada uua lucía un pequeño y rojo vellón. Su báculo

de acebuche estaba rematado con dos cuernos de carnero para denotar su sacerdocio. El muchacho traía unas alforjas de piel colgadas de su hombro. Antes de entrar fue avisado de Benahon: No olvides que tienes que arrodillarte ante el atamán Tamasen, que no sólo representa al Divino Señor y a la autoridad real, sino que es el guardián de las leyes del Tiempo y los Ancianos.

Ante Tamasen el zagal se arrodilló y Benahon inclinó su cabeza y báculo:

Tamaragua, reste achatirahaniho, sánsufa. Que el Gran Señor de lo Alto alargue tus días por los días para que nos protejas y nos guíes y nos guardes de los malos espíritus. Que tu ganado aumente como las hojas de los árboles.

Aguay marana en maraguas, respondió Tamasen. La paz sea contigo y con todos los tuyos. Senefequé, senefequé, viejo amigo, tu aquí a mi lado y el chico sobre esa estera. Dime qué deseas de mí.

Es un poco largo lo que tengo que contarte. Este mozo ha visto a un hombre esconder dos muertos entre los árboles. Por si es un brote del culto al Mal he querido dejarlo en tus manos, ya que tienes más sabiduría que yo y el Señor te ilumina.

Levanta y llama a mi sirviente, dile que nos traiga algo de beber, así aclarareis la garganta, dijo Tamasen al pastor. Cuando regresó le ordenó el faicag: Siéntate aquí a mi lado para oírte mejor. Quiero que te des cuenta de lo grave de tu acusación que pone la vida de ese hombre bajo la piedra del verdugo. Nuestra muy sabia reina, la Madre de los Pueblos, ha prohibido esas repugnantes prácticas mágicas, y no duda, a pesar de ser tan justa y clemente, castigar con la muerte a quien vuelva a esa costumbre. Quiero prevenirte que en caso de engañarnos sufrirás el castigo que para tu edad han fijado, hace mucho tiempo las leyes de los Ancianos.

El muchacho se disponía a hablar pero fue contenido por un ademán de Tamasen. Ya el sirviente traía un ánfora llena de hidromiel y jarros. Antes de irse le ordenó:

Haz que preparen una abundante tamaranona de tihayan y acompáñala con bastante aramatonque, hidromiel, leche y tarahenemen. Avísame cuando esté todo dispuesto. Después de que hubieron bebido ordenó al pastorcillo que contara lo que le había ocurrido, pero que dijera la verdad.

El rapaz, visiblemente ofendido, replicó rápido y nervioso: Lo juro por los sagrados montes de Umiaga y Bentaga que digo la verdad, Tagoreste. Una mañana de la pasada luna me enviaron a buscar berros y como yo conozco el barranco me fui a las partes más rocosas y de umbría donde los berros son más tiernos. Pronto llené la cesta y subiendo la ladera me tumbé un poco bajo la sombra de un acebuche para escuchar a los mirlos; estando medio dormido vi cómo un hombre atravesaba el barranco llevando sobre el hombro un muerto en su envoltura de pieles. Me quedé llenó de miedo y frío y sin saber qué hacer porque los muertos me dan mucho miedo. A poco, el mismo hombre tornó a pasar el barranco y yo con mi cesta corrí ladera arriba hasta llegar a la loma y allí, más seguro, descansé, pero cuando miré para abajo vi otra vez al hombre. No quise esperar más y con mi cesta corrí y corrí de nuevo hasta donde estaban los demás pastores que se sorprendieron de mi agitación, pero yo les dije que un cerdo guanil me persiguió. Todos estos días no he querido decir nada para no invocar los espíritus de aquellos muertos. Venciendo mi miedo fui a contárselo al jefe del poblado, que al estar protegido del Señor Alcorac está libre de las acechanzas de los espíritus. A nadie más se lo he contado.

¿Estaba sólo el hombre o había gente por allí?, preguntó Tamasen.

No lo sé, mi Señor, era tanto mi miedo que sólo pensé en correr.

El faicag dio unas palmadas para que viniera el sirviente, que prontamente apareció.

Dile al guayafan Ariman que venga.

Poco tiempo después, mientras Benahon le daba cuenta de los sucesos de su distdito, entró Ariman. Vestía tonelete de cuero fino, abarcas de cerdo, brazaletes; del cuello le colgaban amuletos y el disco solar. El pelo le llevaba trenzado sobre el hombro izquierdo.

Recibí tu aviso y estoy a tus órdenes, Señoría.

Este muchacho, dijo el faycan, dice que ha visto a un hombre ocultar unos cadáveres en el barranco de Fataga. Con los guerreros que tu creas te pones mañana al amanecer en camino para buscar a ese delincuente, llevándote el pastor para que te guíe. Si hay un mal entendido arregla la cuestión cómo mejor te parezca. Si es, como me figuro, un crimen tráeme al pecador. El muchacho que vaya y vuelva contigo. Ahora llévatelo y dale de comer en abundancia y déjale descansar. Vete con el capitán, dijo al zagal, y los dos salieron.

En cuanto a tí, Benahon, como no podemos competir con las piernas de los jóvenes aguarda en mi casa la vuelta de los guerreros. Ese zagal sería un buen sacerdote si le educamos, prepáralo rápido y llévalo a los colegios de sacerdotes de Guayadeque, di que te envió yo. Dile a la familia donde está y el honor que les hacemos.

III

El barranco de Fataga se ensancha en su nacimiento para recoger toda la fuerza que envía el padre sol. Sus

laderas se quiebran en mesetas donde la higuera y el mocán moran y los ganados encuentran alimento. Varios manantiales dan vida al arroyo que corre por su fondo alimentando a tiles y mocanes y muy especialmente las palmeras de grueso tronco y abundantes hojas que por la parte angosta forman delicioso y umbrío palmeral. Los pájaros hacen allí sus nidos y cantan sus melodías.

Tres soles tardaron en encontrar el sitio donde el jovencillo decía haber visto al hombre y a los muertos, pero no hallaron tumbas ni cuevas, solamente se veía una parte de la ladera extrañamente removida. Ariman hizo que cada hombre partiera en distinta dirección en busca del delincuente. El y el muchacho se quedaron junto a un naciente sombreada por cinco hermosas palmeras. De cuando en cuando Ariman ordenaba al mozalbete que hiciera sonar un grueso cuerno de carnero para orientar a los guerreros. Ya estaba muy alto el sol cuando dos guerreros trajeron, cogido de los brazos, a un pastor joven, como de unos dieciocho años, que venía terriblemente asustado, temblando de miedo. Al verle dijo el zagal:

¡Este es, Señor!

Esta bien, dijo Ariman, pero suelta mi brazo. El pastorcillo soltó el brazo pero no se separó del guayafan.

¿Cómo le habeis encontrado?, preguntó a los guerreros.

Por lo que el chico había dicho sobre las narices del delincuente.

El pastor vestía un doble delantal de juncos y, cosa rara en un pastor, calzaba abarcas, cosa que sorprendió a Ariman. Como ya estaba arrodillado junto a él le dijo:

Se te acusa de ocultar muertos, dos por lo que sabemos. Dime toda la verdad pues sabrás que tu delito pone tu cabeza bajo la piedra del verdugo.

La turbación del hombre aumentó, casi se podía oír el temblar de sus carnes. Al fin con un hilo de voz pudo decir: No los oculté, les di sepultura.

Tu sabías que tenías que dar cuenta al jefe de la comarca. ¿Los has matado tu?

No, no, no los maté, no hice sino darles sepultura.

¿Sabes por qué murieron?

El hombre seguía temblando de miedo pero no hablaba. Ariman lleno de ira lo sacudió por un brazo. ¡Habla! le dijo, ¡Contesta! Con un suspiro pudo decir muy bajo:

Yo no los maté, yo no fui, no hice sino darles sepultura.

¿Entonces sabes quien los mató, dímelo para castigarlo!

Yo no fui .

Ya lo has dicho, ¿pero quién lo hizo?

Yo no fui.

La irritación del guayafan iba en aumento pues se consideraba frustrado en la misión encomendada por el faicag. Exasperado ordenó cortar unas varas de acebuche y golpear al reo hasta vencer su tozudez pero éste protegiéndose con los brazos la cara sólo decía: No fui, no fui. Ga amad, ga amad, gritó Ariman a los guerreros, que cesaron en el castigo. No es digno de un hombre noble castigar a otro hombre caído en el suelo. Lo llevaremos ante el faicag y él, con su gran sabiduría, juzgará qué debemos hacer, aunque tengamos que volver.

El capitán se dirigió al cercano naciente para beber agua. Iba pensando que estuvo a punto de romper las Leyes que prohíben hacer sangre si no es en lucha de guerra. Al volver junto a los guerreros estos habían amarrado las

manos del reo con una correa y le tenían sujeto por el cuello con otra correa larga cuyo extremo tenía uno de sus guardianes. Ordenó ponerse en marcha hacia Tirhanac después de que el zagal, que no se apartaba de él, llenara un pequeño odre de piel de baifo con la fresca agua del naciente.

IV

Platicando sobre lo mejor para el bien llevar la comarca estaban Tamasen y Benahon, cuando fueron interrumpidos por un sirviente que anunció que el guayafan Ariman estaba a punto de llegar y traían a un preso entre los cuatro guerreros. No tardó mucho en entrar en la estancia Ariman, cubierto de polvo y con cara de cansancio.

Sansufá, aguy marane fayacan. La paz sea con vosotros.

Aguy marana, Ariman, sánsufa. Senefequé junto a mi para poder oírte mejor, voy a pedir un refresco para tí, dijo Tamasen. Dio unas palmadas y cuando apareció el sirviente le ordenó que trajera hidromiel para el capitán y a los tres les dieran de comer y beber.

Así que el fayacan refrescó la garganta con el refrigerio que le trajeron contó todo lo sucedido y la obstinación del reo para no decir quién mató a los cadáveres que enterró. Tamasen ordenó que el preso fuera traído a su presencia y que le desataran las correas hasta dejarle libre. Le hizo venir junto a él y el pastor se arrodilló con la cabeza baja.

Levanta la cabeza y mírame, dijo. Lo que hizo el pastor, pero no pudiendo resistir la mirada del sacerdote la tornó a bajar. Tamasen le cogió por la barbilla mientras le decía: No bajes la cabeza hasta que yo te lo ordene. El

reo era un hombre joven, muy joven, no tenía más de unos 18 años. Sus labios eran gruesos y la nariz algo deforme pero los ojos bellos y la mirada, aunque llena de miedo, era leal. Aquél hombre no podía ser el matador.

Quiso aclarar el misterio.

Con tu silencio, dijo, aumentas nuestras dudas y tu delito. Si has pecado gravemente nada ganas con callar, pues tarde o temprano lo sabremos y recibirás el castigo que marcan nuestras leyes. Pero si nos dices lo qué ha ocurrido y el motivo que tuviste para ocultar esos cuerpos, quizás puedas salvarte. Habla, pues no quiero hacerte sufrir inútilmente.

El pastor no apartaba la mirada de los ojos del faicag pero callaba. Inesperadamente se erguío y poniendo los brazos a la altura de su cabeza, con las palmas de las manos hacia arriba exclamó:

Me acojo a las leyes de Tamarán, a las viejas leyes de los Tiempos. Pido en nombre del Creador y Sustentador de cielos y de tierras ser juzgado por la justicia real. Quiero ser juzgado por nuestra alta Señora, por la sabia Guatidamana.

Tamasen quedó con el ánimo suspenso al oír tal petición. Pocos son los que conocían las leyes, y menos se esperaba que las supieran un pastor y joven. Muy poderosos motivos debía tener aquel hombre para invocar las leyes. Al mismo tiempo le irritaba que no hubiera confiado en él. Sin dejar de mirarle le preguntó:

¿Cómo hablas así y conoces las Leyes de los Tiempos, que son cosas que sólo los sacerdotes deben saber?

Cuando yo era muy niño, debía de tener unos tres o cuatro años, un mal se apoderó de mí y fue deformando mis narices, mis padres, creyendo que un espíritu perverso

so me poseía, me abandonaron en el bosque para que me comieran los perros salvajes. Pero mi llanto atrajo la atención del criado de un sacerdote adivino y teniendo lástima de mi me llevó a su amo. Algo vio éste en mi que decidió criarme como hijo y entre los dos me hicieron grande. Como yo deseaba ser sacerdote también me enseñó todo lo que sabía pero mi padre adoptivo murió cuando yo tenía quince años. No pude continuar en la Casa de Oración, los jóvenes se reían de mis narices y yo, cansado, cogí el hato de cabras que me había dejado en herencia el sacerdote y me hice pastor para huir de la gente. Lo demás lo dirá la Gran Madre de los Pueblos.

Poderosas razones debes tener para querer hablar con nuestra Guatidamana, pero no olvides que eres un delincuente, aunque no un delincuente corriente, pues bajo tú montera de pastor se esconde el pensar de un iniciado, pero, para ejemplo de gentes y pueblos, no podemos dejar de juzgarte y condenarte. Sé que si te lo pide bajo juramente si te marchas volverías, sin embargo irás custodiado por dos guerreros para ejemplo de todos. No está bien que tu ganado ande suelto y perdido. ¿Cuántas reses tienes?

Veinte cabras, cinco machorras y un cabrón, santo varón.

Pues vete y recogelas y las traes, nos darán leche por el camino y carne si hace falta. Si eres condenado ya veremos que se hace con ellas. Luego, dirigiéndose al pastorcillo le ordenó: Ve con ellos y diles a tus jefes que por orden mía estarás conmigo unos días, regresa con ellos.

Cuando los pastores y los guerreros se hubieron marchado Tamasen dijo a Ariman: Este asunto me tiene muy intrigado y deseo saber qué secreto guarda este hombre. Quisiera que te quedaras al frente de la región pero te veo tan comido por la curiosidad que si te quedas el demonio

de la calentura se apoderará de tí. Envía dos guerreros a la Casa de las Leyes anunciando nuestra llegada y que me envíen un conocedor de la ruta de los nacientes para que no tengamos que llevar agua para el camino. Pon al gobierno de la región a quien tu creas mejor. Cuatro porteadores llevarán las talegas de piel con tasajo, gofio, pan de higos y lo que se te ocurra. Seis hombres se turnarán para llevar mi litera y cuatro guerreros acompañarán al reo. El zagal vendrá con nosotros. Mientras ellos vuelven dispón las cosas para que todo quede bien establecido.

¿Puedo ir contigo, fayacán?, preguntó Benahón.

Si tus piernas te lo permiten acompáñame, concedió Tamasen.

V

A la comitiva de Tamasen se unieron algunos notables de su región pues todos estaban enterados del peregrino suceso del pastor sabio. Como la noticia se había corrido por la isla, eran muchos los que esperaban el paso de la caravana para conocer al que reclamaba la justicia real, cosa desusado y que sólo se empleaba en otros tiempos cuando había que protestar contra los grandes señores.

Era una mañana de los primeros días del nuevo año, últimos de junio según los cristianos, cuando los poderosos reyes de Tamarán, Gumidafe y Guatidámama que conversaban con sus nobles bajo la sombra de un copudo árbol, cerca de la playa, tuvieron aviso de que el grupo de Tamasen y sus acompañantes había llegado a Agaldar. Todas las conversaciones se pararon y tan pronto como pudieron todos, incluidos los reyes, tomaron el camino de Agaldar.

Por la tarde estaban los reyes reunidos con el Sabor, faicanes y sacerdotes y muchos nobles y las mujeres de

guiares, sacerdotes y nobles, todos aguardando la llegada de Tamasen. Al fin fue anunciado y un guaire fue el encargado de recibirle.

Tamasen entró en la Cámara de los reyes con digno parte como correspondía a su rango y alcurnia y después de inclinarse ante los reyes se sentó en el escabel recubierto de zaleas que le habían preparado.

Aguay marane jambaerasa Tamasen, dijo Gumidafe. Agradecemos al Señor Alcorac que nos haya proporcionado la dicha de volverte a ver, sea cuál sea el negocio que te trae hasta nosotros.

Mi corazón salta de gozo, contestó Tamasen, al contemplar de nuevo vuestros rostros, Guardian de los Pueblos y Madre de la Sabiduría. Y también a vosotros, hermanos, que teneis la dicha de estar siempre cerca de los Padres de los Pueblos.

Ya sabes, Elegida de Alcorac, cuál es el asunto de mi viaje pues mi enviado te ha puesto en antecedente, el acusado no riega su delito pero no quiere decir nada ni dar una explicación de su extraña conducta sino es a tí, Lengua de la Divinidad, y apelando a las viejas Leyes de los Tiempos demanda ser juzgado por la Justicia Real. Siguiendo nuestras costumbres lo he traído conmigo para que así sea, si así lo crees digno de tí.

El Señor Alcorac, dijo Atidámána, no sólo da el poder a los reyes sino también el deber de hacer justicia y más con quien lo pide y es vasallo nuestro. Somos los depositarios de las Leyes y tenemos que ser los primeros en cumplirlas, porque ellas mismas nos obligan. Aunque sea un iniciado en el sacerdocio, actualmente es un siervo y se le puede juzgar de día. Achiguayac, ordenó a uno de los nobles, el noble Fayacigot te dirá cómo tienes que disponer las cosas para que mañana por la mañana, después de la primera oración, se pueda celebrar la audiencia.

No tengo que decirlos porque creo que lo habeis supuesto, que la historia de este singular suceso había volado por la isla como el viento, rozando la cumbre, metiéndose por los barrancos hasta llegar a contárselo a las arenas de dunas y playas. Así fue como el día destinado para el "juicio del loco", como ya la gente decía, una muchedumbre de curiosos había tomado sitio en el Lugar de los Juegos de Agaldar mucho antes del amanecer. Poco antes de la salida del Sol habían llegado los reyes, nobles del Sabor y sacerdotes, mas otros nobles, guerreros y servidores. Los hombres de varas del faicán de Agaldar iban y venían entre la multitud por si tenían que imponer el orden. Sólo y lejos de todos estaba un viejo carnicero, que lo mismo mataba animales que hombres.

Se hizo una gran oración al sol. Los sacerdotes y sacerdotisas cantaron sus cánticos de gracias y las discípulas de las aramaguadas, acompañadas por éstas, bailaron las danzas sagradas. Guatidámana mandó traer al reo. Sus anchas narices causaron risa entre la concurrencia. Traía las manos atadas a la espalda, sus oídos hundidos en el fondo de las cuencas y rodeados de oscuras ojeras, tuvieron un especial brillo al ver a la reina, que ordenó fuera desatado y dado de beber. Dos sacerdotes le acercaron a ella. De hinojos y con la cabeza baja aguardó a ser preguntado. preguntado.

Levanta la cabeza para que todos podamos oírte, dijo la Madre de los Pueblos. En el derecho que te dan nuestras viejas leyes has recurrido a nuestra justicia, porque al parecer eres un hombre sabio. Pero también sabrás que el castigo se duplica en caso de que te encontremos verdaderamente delincuente. Habla.

Madre de las Bondades y Virtudes, Hija del Sol y de la Luna, Iluminada de Alcorac. Si apela a tu gran sabiduría es porque tengo la creencia de que solamente tu, que

recibes la Prudencia del Mas Alto Señor, me comprenderás. Sé que ya sabes de qué forma y con quién adquirir la sabiduría y el conocimiento. Pero también sabes que la gente empezó a llamarme Naríz de Perro y a reírse de mis feas narices, lo que me llevó a ser pastor para alejarme de la convivencia de los hombres.

Me retiré con mi ganado al barranco de Fataga, que ya conocía, y me acogí al abrigo de una cueva en la roca, abrigada por las palmeras y cerca de un fresco manantial que cae en innumerables gotas en un solapón de alto risco negro. Allí hay muchas palmeras y muchos árboles, entre los que abundan los mocanes y madroños y las higueras, mas las zarzas que brindan sus largos racimos de oscuros frutos. Allí silba el mirlo y el apupú deja oír su tableteo, y los capirotos sus cantos vibrantes y melodiosos. Allí las moscas de la miel zumban entre las flores para llenar sus panales. Allí el Creador de cielos y de tierras se ensalza con su propia obra.

En ese barranco vivía también Aridafe, una hermosa mujer, hija de tu madre, oh Hija de la Luna. Sus cabellos eran claros y sus ojos de color de musgo primerizo. Un día, casualmente, me la encontré en el bosque y en vez de asustarse y alejarse me sonrió y me deseó la paz. Con honda amargura dentro de mi pecho la he contemplado desde lejos muchas veces pues sabía que aquella criatura tan bella jamás se fijaría en mí, feo como soy. En aquellos momentos mi mejor compañía eran mi ganado, mi perro y mi caramillo.

¿Llegaste a odiarla por ser bella?

No, Madre de los Pueblos, confieso que en algunos momentos ha pecado contra nuestro Señor porque la he adorado más que al Mas Alto Señor. Yo era feliz viéndola desde lejos y algunas veces la he ayudado a recoger juncos y tierras de teñir. Su presencia me hacía ol-

vidar todo, hasta mi fealdad. También en Fataga vivía Romani, un esbelto mozo de la misma edad que Aridafe. Se amaban, los he visto juntos en el bosque. He sufrido mucho con los celos que me abrasaban el corazón y me devoraban las entrañas, no sabía si matar a Romani o matarme yo. Después, convencido de la imposibilidad de mi amor, llegue a ser feliz con su felicidad y su ventura, llegué a considerarme como un hermano que desea a los suyos toda clase de dicha.

Un día me la encontré al buscar mejores pastos para mi ganado. Estaba triste. Llorosa, y no pudiendo resistir mi curiosidad me atreví a preguntarla la causa de su abatimiento. Creo que era lo que Aridafe quería, contárselo a alguien. Así me enteré de que sus padres, siendo muy pequeña, habían concertado con otros padres el matrimonio de sus hijos. Cuando fue creciendo el futuro marido se hizo colérico y violento; los padres de Aridafe no le veían con buenos ojos, pero un canario jamás se hace atrás de la palabra dada, por mucho pesar que le cueste, y cuando el novio vino a reclamar el cumplimiento de pacto paterno hubo que casarla con él. Ya no hubo más entrevistas con Romina. Una congoja sin remedio iba secando dos corazones y matando los cuerpos que los albergaban.

Aridafe, pasado un tiempo se encontró inesperadamente con Romani. Recordando nuestras leyes quisieron huir uno del otro pero un mismo sentimiento los dejó parados, y también se paralizaron su pensamiento y su palabra, hasta que un mismo impulso los echó en brazos del otro, olvidados de todo. Yo los contemplaba desde un igai y también mis ojos estaban llorando.

No es bueno contravenir la ley, dijo la reina. La ley es la que une a los pueblos y los hace fuertes, tu lo veías bien, pero estaban pecando contra los pueblos y los Ancianos.

Así es, Estrella Rutilante, respondió Naríz de Perro, ¿pero que ley es más fuerte que el amor...?

Sigue con tu relato, ordenó Atidámana, tenemos que saberlo todo para poder juzgarte.

Creo que más de una vez estuvieron juntos. No lo sé. Hace dos lunas estaba yo en los altos igais que dan a la parte de Tunte y los vi juntos en la otra parte del barranco. De pronto me di cuenta que el marido de Aridafe, agazapándose entre los árboles, se acercaba a ellos con una espada extranjera en las manos y tomándoles desprevenidos los hería varias veces lleno de furor, loco de celos. Viéndoles sin vida sobre el suelo se alejó de allí, después de limpiar la espada con tierra. Corrí hacia ellos saltando riscos y laderas como si fuera cabra guanil perseguida por perros salvajes, mis pies no tocaban el suelo hasta creo que volé como si fuera un guirre. Todo era inútil, sus corazones no sonaban, nada podía hacer, ni siquiera llorar.

Tuve miedo de que el marido de Aridafe tornara para hacer desaparecer los cuerpos y los oculté en una cueva cuya entrada tapé con piedras. No quería que aquellos cuerpos que me fueron tan queridos fueran consumidos por las llamas y arrojados al mar, según ordenan las leyes. Cuando me reuní con mi ganado vi que, como yo esperaba, volvía el marido y al no ver los cuerpos, figurándose que no habían muerto, enloquecido, corría por el bosque buscándolos. Corrí con mi ganado hacia la costa, hasta las casas de los carniceros y momificadores y pude vencer su miedo con la promesa de darles muchas reses. Con las sombras de la noche fueron a buscar los cuerpos y envolviéndolos en ramas como si fueran haces de leña los llevaron para sus talleres. Una vez secos, llenas sus entrañas de sal y ceniza, untados de sebo perfumado, los envolvimos en muchas pieles como si fueran reyes y con las sombras de la noche los dejamos otra vez en la cueva que

volví a tapar con piedras y día a día arrojaba rocas y tierra sobre la entrada hasta que no se viera, con la esperanza de que las lluvias lo disimulara aún más. Pero no ha sido así.

Este es todo mi delito. Pido perdón a los padres de los muchachos pero no quería que sus cuerpos fueran destrozados por el fuego, además tenía miedo del marido que seguramente me mataría. Sé que he pecado gravemente ante la ley. No debí secarlos ni enterrarlos ni tampoco dejar impune el crimen, lo sé, ahora me doy cuenta. Te suplico, Clemente y Miserecordiosa, que comprendas mi locura y que lo hice por cariño. Por el Mas Alto Señor te ruego que los dejes reposar en su tumba, castigame como tu creas pero, Madre de la Sabiduría, si no arrojas mi cuerpo a las grandes aguas, te suplico, Hija del Cielo, que me entierren cerca de ellos, que están en las Cinco Palmas del barranco de Fataga, a cincuenta pasos del Naciente de los Lirios.

Naríz de Perro se inclinó y tocó el suelo con la frente aguardando la sentencia. Atidámána, sin dejar de mirarle, estaba absorta en sus pensamientos. Al fin, habló:

Has pecado gravemente. Tu que estás iniciado en la sabiduría de los sacerdotes lo sabes mejor que otros no iniciados, pero tu caso es nuevo y no te puedo castigar gravemente porque no has matado aunque has permitido que un criminal ande sin castigo. Todos los que han intervenido en este asunto serán castigados para que no vuelva a ocurrir. Eres un loco, un enfermo de un mal que no tiene remedio, el mal de amor. Por esta vez los cuerpos de tus amigos no serán quemados pero tu tendrás que purificarte tres veces, según te diga tu faicán.

Tamasen, dijo mirando para el fayacan de Tirahac, dime qué castigo podemos ponerle a este loco, porque tiene más de loco que de delincuente.

No puede una hoguera brillar más que la luz del sol. Yo soy la hoguera y tu la Luz del Gran Espíritu, la Luz de Tamarán. Creo que ya lo has juzgado y sentenciado. Te recuerdo, Atidamana, que este hombre pidió ser enjuiciado por tí y no por mí.

¿Y tú, Fayatigot, que eres el Gran Justicia, qué castigo le pones?

Yo soy el Gran Justicia pero tu eres la Madre de la Sabiduría y tu sabiduría vinieron a buscar, no la mía.

Escucha mi sentencia, pastor, dijo a Naríz de Perro. Te purificarás por tres veces según te diga tu fayacán y estarás cinco años al servicio de los sacerdotes. Te doy la tierra en que está la tumba de tus amigos y cincuenta pasos alrededor y cada año en la fecha en que se honra a los muertos les llevarás comida y encenderás su hoguera.

Yo sabía que me comprenderías, Madre Clemente y Justa. No puedo besar tu pie por estar impuro, pero pisa mi cabeza porque mi vida te pertenece. Y se tendió en el suelo junto a la reina, la cual puso su pie encima de su cabeza.

Tamasen se levantó y avanzó hacia los reyes con la mano levantada pidiendo atención: Te pido, Gran Señora, y a tí, Gran Justicia, que ese hombre sea puesto a mi servicio.

Que así se haga si así lo deseas. Con nadie mejor puede ir ni estar, concedió Guatidámama.

Yo soy el Gran Justo, pero en esta la vida de la
Santidad y la santidad vienen a buscar no la vida
y el mundo bestia, lo que por estar impuro, pero
mi cabeza porque en la vida de la santidad, yo lo tengo en la
santo junto a la tierra, lo que para en la santidad de
capaz

También se levanta y avanza hacia los cielos con la
mano levantada diciendo: "¡Dios, Dios, Dios!"
y el Gran Justo, que se levanta con la vida
y el mundo bestia, lo que por estar impuro, pero
mi cabeza porque en la vida de la santidad, yo lo tengo en la
santo junto a la tierra, lo que para en la santidad de
capaz

También se levanta y avanza hacia los cielos con la
mano levantada diciendo: "¡Dios, Dios, Dios!"
y el Gran Justo, que se levanta con la vida
y el mundo bestia, lo que por estar impuro, pero
mi cabeza porque en la vida de la santidad, yo lo tengo en la
santo junto a la tierra, lo que para en la santidad de
capaz

También se levanta y avanza hacia los cielos con la
mano levantada diciendo: "¡Dios, Dios, Dios!"
y el Gran Justo, que se levanta con la vida
y el mundo bestia, lo que por estar impuro, pero
mi cabeza porque en la vida de la santidad, yo lo tengo en la
santo junto a la tierra, lo que para en la santidad de
capaz

También se levanta y avanza hacia los cielos con la
mano levantada diciendo: "¡Dios, Dios, Dios!"
y el Gran Justo, que se levanta con la vida
y el mundo bestia, lo que por estar impuro, pero
mi cabeza porque en la vida de la santidad, yo lo tengo en la
santo junto a la tierra, lo que para en la santidad de
capaz

También se levanta y avanza hacia los cielos con la
mano levantada diciendo: "¡Dios, Dios, Dios!"
y el Gran Justo, que se levanta con la vida
y el mundo bestia, lo que por estar impuro, pero
mi cabeza porque en la vida de la santidad, yo lo tengo en la
santo junto a la tierra, lo que para en la santidad de
capaz

También se levanta y avanza hacia los cielos con la
mano levantada diciendo: "¡Dios, Dios, Dios!"
y el Gran Justo, que se levanta con la vida
y el mundo bestia, lo que por estar impuro, pero
mi cabeza porque en la vida de la santidad, yo lo tengo en la
santo junto a la tierra, lo que para en la santidad de
capaz

LOS MALLORQUINES

Os veo sorprendidos porque me habeis visto reir por lo bajo, pero no penseis ni por un momento que me chaceo de vosotros, mis muchachuelos, os tengo mucha ley para eso. Aunque si he de confesaros que efectivamente, que mi risa tenía cierta relación con ustedes. Consideraba la paciencia con que escuchais mis tradiciones y en esta consideración me acordé de fray Bartolo, un monje aragonés de mi convento. Fray Bartolo es un hombre alto y fuerte, siempre dispuesto a todo trabajo pero muy cascarrabias, especialmente cuando le dicen fray Bartolo, como es costumbre en el convento. En estas ocasiones tiene la manía de responder, me, me, queriendo significar que le digan el nombre completo. Por este hábito del me, me, un lego le ha motejado fray Cabra, y me reía de la gresca que se va a armar cuando se entere de que le están comparando con un animal con cuerpos, el que tiene tanto miedo al Demonio. Le van a hacer falta todas las indulgencias y absoluciones de que dispone el convento, más las que su Ilustrísima pueda aportar. Una vez el padre prior, por lo mal hablado, le penó a pan y agua, pero como no le dijeron cuanto pan podía comer se tragó cuantas hogazas encontró, y en cuanto al agua, le puso tanto vino, de ese oscuro vino de la Vega de Abajo, que si no era la sangre de nuestro señor Jesús, si estoy seguro que era la de algún angel de mucho brío.

Me gusta la sabiduría y si no hubiéramos sido conquistados yo hubiera llegado a maestro de sacerdotes, y si la Divina Providencia me hubiese hecho nacer en tierra de cristianos, estoy seguro de que sería hombre de pluma. Por esta afición a las letras y al saber me encuentro en el

convento como el pez en agua. Allí todos, o casi todos, saben leer y escribir y se escuchan polémicas y controversias que en la calle es difícil oírlas, porque los señorones y capitanes, esos a quienes alguien ha llamado los claros varones, no hablan sino de batallas, conquistas de tierras y de mujeres y de escudos y de doblones.

Por el convento corre estos días una copia de una crónica de la Conquista en la que se menciona a los mallorquines y en la que se especifica que esta gente estuvieron en la Gran Canaria unos cincuenta años. Tomad buena nota de lo que voy a deciros porque es importante. En realidad los mallorquines estuvieron en la isla de setenta y cinco a ochenta años, la mayoría de las veces, aunque no siempre, con buenos propósitos hacia nosotros pues aunque venían a comerciar pieles de cabra y de oveja y de lobos de mar, mas sus grasas, sin que me olvide, ni mucho menos, del ambar y los tintes, pocas veces pretendieron tomar gente de la nuestra como esclavos aunque nos hicieron vasallos de sus reyes. Para su isla de Mallorca se llevaron unos quince muchachos, con la aprobación de la reina Guatidámana, para ser educados en la religión de Cristo y que volvieran a Canaria convertidos en clérigos bajo la autoridad de un obispo, que estableció su Silla en el lugar de Telde.

Los primeros contactos entre mallorquines y canarios van a cumplir los dos siglos y se deben a los vientos, los cuales haciendo de mensajeros de Dios, empujaron hasta nuestras costas a una de sus barcas, que una vez reparada se hizo otra vez a la mar llevando la noticia de nuestra existencia. Entre los navegantes iban dos frailes minoristas en misión de rescate de cautivos en la costa de Africa y al ver la buena acogida que les hicieron los canarios pensaron que eran dignos de ser cristianos y salvados. Entre los viejos sacerdotes canarios existía la tradición de que la reina Guatidámana fue llevada por los

mallorquines a su tierra, de visita, acompañada de su esposo el tenessort Gumidafe y los regulos de cada comarca, en total una guardia de once guerreros. Este viaje, siguiendo nuestro cómputo de tiempo, basado en la fecha en que Guatidámara fue reconocida como tal equivale al año 1.345, cuando la reina, ya casada, tenía veinticinco años. Pero como os dije antes no todo fueron flores en la convivencia de canarios y mallorquines, hubo también bastantes espinas, y algunas muy grandes y por lo tanto muy dolorosas. Pero esto lo dejaremos para otra ocasión. Empecé jocoso y no quiero dolor en mi narración de hoy.

Pero lo que si teneis que proclamar ante el mundo, para que todos lo sepan, que es una falsedad que cuando en 1.393 llegaron de Sevilla aquellos piratas y forajidos con la sola determinación de aprovecharse de la buena acogida que los canarios dispensaban a los cristianos, para entrar a saco en la isla y hacer buena copia de esclavos, no fueron los canarios, como quieren hacer creer a las naciones, los que mataron a los frailes y postulantes, sino ellos mismos, al oponerse los hombres de religión a sus desmanes, muriendo algunos frailes, de rodillas y con los brazos en cruz, al pedir misericordia para los niños apresados. Buena prueba de que no fueron los canarios, es la que después de su partida quedaron varios ermitas, tanto mallorquines como canarios, vivos y libres en sus ermitas-cuevas de nuestras montañas.

Y no solamente vivos, sino respetados y acatados. Ellos fueron los que recogieron a los dispersos cristianos canarios, agrupándolos de nuevo para hacer otra vez sus fiestas y regocijos a la Madre de Dios, por medio de danzas, luces y hogueras. Gracias a ellos se conservó en la isla la idea cristiana, aunque no como antes, porque los nuestros no acertaban a comprender cómo aquellos hermanos, tanto en raza como en religión, de los que les predicaban

el amor al prójimo y la igualdad entre los hombres, como ideas básicas de aquella nueva creencia, ni las honraban ni las practicaban y las olvidaban tan de continuo.

De que los canarios no mataron a los frailes ni a los cristianos ni a sus hijos, se puede justificar con el hecho, y hablo por boca de mi prior, de que treinta años más tarde de la venida de los piratas andaluces, en 1.424, se sabe que en la Gran Canaria había fuertes y fructuosas comunidades cristianas, según bula del Papa Martín V. En Tenerife hubo misiones cristianas en 1.460, y fray Alonso de Bolaños, diez años más tarde, comunica a su Orden haber bautizado a mil guanches. De modo y manera que los canarios no destruyeron todo lo relativo a la fe de Cristo, fueron los propios cristianos los que se destruían entre sí y quitaban evidencia a sus palabras.

No todos sintieron la muerte de los frailes mallorquines y los cristianos canarios, y estos fueron las gentes del sur de la isla, la región donde desde remotos tiempos estaban las abadías, colegios y seminarios de la antigua religión canaria, traída por navegantes cuyo recuerdo se ha diluído en la bruma del pasado. Cuando la reina Guatidámana fue señora de toda la isla y quiso imponer algunas reformas en el pristino culto, dejándose llevar de las palabras de los monjes mallorquines, se entabló una sorda y larga lucha entre la reina y los altos sacerdotes de Alcorac. Así es como la casa de oración cristiana de Telde y las ermitas abandonadas fueron saqueadas, quemadas y destruídas, después de que los crueles bandidos venidos de Sevilla se hubieran ido. Cuando la reina murió y el gobierno de la isla lo tuvo el rey Artemi la vieja religión volvió a resurgir y los sacerdotes recobraron sus privilegios. Pero las veteranas familias cristianas de años tuvieron magua de su pensar y antes que cambiar de intención procuraron ocultarlas en el fondo de su pensa-

miento. Así nacieron los que después se llamaron cristianos de secreto.

Pero esta lucha entre Alcorac y Cristo originó un penoso trance para el tenesor de los Semidán, el que todos conocemos por D. Fernando Guanarteme. Ya os he dicho que la familia real de Agaldar era cristiana de viejo desde Guatidámara y D. Fernando Guanarteme confió en los religiosos que acompañaban a los conquistadores para paliar la destrucción de nuestro pueblo y nuestra raza y librarle de la esclavitud. Muerto Doramas, caudillo de las gentes del sur y adalid de faican Guanariragua, se encontró con que todas las miradas de nobles y vasallos estaban puestas en él y como le dolía en su corazón el exterminio de nuestra noble raza, convenció a su Sábora de que era mejor llegar a un concierto con el enemigo, mucho más poderoso en hombres y recursos que los pobres isleños, y salvar de nuestros pueblos cuanto más pudieran.

Acordó con Pedro de Vera su sometimiento y con su sometimiento el fin de la guerra, pero poniendo como condición precisa que todos los hombres canarios fueran considerados como soldados y que ni por Pedro de Vera ni otros capitanes pudieran ser esclavizados. Pedro de Vera, ávido de poder y de gloria y deseando quedar como un gran capitán ante los ojos de sus Altezas, accedió a su demanda añadiendo por su parte que trataría y consideraría a nobles y capitanes canarios según su ejecutoria. D. Fernando se deslumbró con la magnificencia de la corte de los Reyes Católicos y con la suntuosidad de las catedrales y castillos cuando los comparaba con las pobres cuevas de los canarios. También le fascinó la pompa de las funciones religiosas y el oropel de las paradas militares. Más tarde, ya en las islas, y a costa de su propia experiencia, pudo comprobar que bajo aquellos esplendores bullía la avaricia y la crueldad más despidadas, lacras de nuestro

tiempo. Pero ya estaba atrapado y cogido en las mismas virtudes y pecados que impulsaban a la Europa cristiana.

Hay muchos que hablan mal de nuestro último guarneteme pero a él se debe que los nobles y sacerdotes canarios fueron honrados y no envilecidos como esclavos. Peor son los que deslumbrados por los placeres y la avaricia han deshonrado la isla y la raza y nuestra pobre pero honesta forma de vivir. Gracias a D. Fernando han podido llegar al Nuevo Mundo muchos canarios como hombres libres y allí han obtenido alteza y fortuna. Las Nuevas Indias serán el refugio de muchos hombres cuyo corazón tiene espíritu de águila.

Es también por esta nueva tierra descubierta, a la que algunos están empezando a llamar Colombia, y los envidiosos de Colón, América, por lo que el Real está invadido de conversos y marranos, tanto de España, como de Italia y Portugal, y algunos mozarabes a quienes los cristianos echan en cara el convivir con los de Mahoma, que quieren poner agua por medio, esperando que el Santo Oficio no tenga los brazos tan largos como para llegar hasta aquellas tierras, en las que, por otra parte, si son tan grandes como algunos soldados dicen, será más difícil encontrar los caminos y más fácil, por otra parte, hallar una buena carta de hidalguía. Yo también, si no hubiera sido por vosotros y porque creo que me debo un poco a mi raza y a mi pueblo, me hubiera ido acompañando a un fraile al cual su Ilustrísima le confirió órdenes superiores y le envió para Nueva Granada. Es curioso, y me daba cuenta mientras os estaba hablando, de la sed que tenemos todos los canarios, de todas las islas, de viajar y conocer mundo. Debe de ser por la pequeñez de nuestras tierras y por los relatos que oímos a toda esa turba de navegantes que al calor de estas Nuevas Indias nos han invadido. Así haremos lo que Ruy Díaz de Vivar hizo, ganar batallas después de morir. Ya veis lo que se puede sacar de una son-

I

Los sacerdotes en esta isla de Gran Canaria, además de procurar que la Divinidad no cesara en conceder sus favores a los hombres y los librara de las malas influencias de los espíritus del mal, eran los que llevaban el peso de la organización de la vida diaria de los isleños por encima de los deseos de los grandes señores. Ellos eran los encargados de crear las leyes y hacerlas guardar pues el Sábtor era un consejo de rudos guerreros que sólo sabían combatir y llevar a sus mesnadas a la victoria.

Entre las diferentes clases de sacerdotes creadas para el buen gobierno de la isla, astrólogos, médicos, jueces, gobernadores y otras más, estaba la de los llamados "memorias". Estos hombres, dotados por la divinidad de la facultad de recordar sabiamente todo cuanto vieran y oyeran, almacenaban en su cabeza las Leyes de los Ancianos y los hechos y tradiciones de la raza. Se reclutaban lo mismo entre los hijos de los nobles que entre los hijos de los siervos. Cuando un sacerdote gobernador tenía noticia de uno de estos niños se le iba a buscar y apartándole de su familia se le llevaba a un colegio especial, donde era alimentado con comida y jugos de yerbas singulares que estimularan sus dotes naturales. Eran puestos a prueba mientras iban creciendo escogiendo a lo mejor dotados. Sus maestros eran viejas memorias. Casi siempre no hacía falta buscarlos, pues como ser Memoria era un honor las familias mismas se los llevaban al gobernador.

Siendo muy joven conocí a uno de estos hombres y quedé tan impresionado por su sabiduría que le pedí me

tomara a su servicio, y tanto trabajé para lograr mis deseos que al final lo conseguí. Mi padre quedó tan contento que se encargó del alimento de este sacerdote a base de las reses de sus ganados.

Este sacerdote, hijo de guerrero y nieto de sacerdote, había nacido en Agaldar pero casi toda su vida se la pasó en Guayadeque, en las tierras del sur. El fue quien, sin querer, metió en mi pensamiento y en mi sangre, desde muy joven, el deseo de saber, de poseer, el maravilloso arte de leer y escribir. Yo sólo quería escribir pues ignoraba que para poder escribir, antes se ha de saber leer. Nació en mi el afán por disfrutar de esta magia, pues siempre la he considerado magia y creo que la sigo estimando igual, con el relato que hoy voy a empezar a contaros para que sepais cómo se hacía noble o caballero entre los canarios. Así no extrañaros que siga bendiciendo a mi antiguo amo, al soldado que se molestó en meter en mi cabeza el arte de escribir.

Tuve un tiempo que estuve muy enojado con nuestro dios Acorán por habernos negado a los canarios esta sabiduría, pero cuando mi amo, el poeta soldado, que había leído viejos cronicones pues sabía latín, iba para cura y se quedó en soldado por mor de basquiñas y justillos, me dijo que los hombres de un pueblo muy antiguo, anteriores a N. S. Jesucristo, lo habían descubierto y otros después lo habían mejorado, comprendí que el señor Acorán quiso evitarnos este largo trabajo y dárnolo ya perfeccionado. Loado sea y bendiga a mi amo el soldado que tuvo tanta paciencia conmigo, pues cuanto más tiempo pasa más le aprecio. El escribir me ha ayudado a recordar estos largos cuentos pues cuanto papel se pierde en el convento donde también sirvo, y algunos que sin saber cómo me los encuentro, me han servido para fijar mis recuerdos de estas más o menos luengas tradiciones, pero basta de preámbulos. Así lo decía mi maestro Tagaire:

Yo, Tagaire, de la noble sangre de los Semidán, punapal, hijo de Alguidar de Arehucas, nieto de Ituamani, que fue sacerdote maestro de Tirhanac, os he relatado, mis amados amigos, muchos lances acaecidos a nuestros mayores, y aún me queda por haceros conocer muchos mas, porque mi abuelo que tenía una memoria prodigiosa, no en balde fue sacerdote —memoria y conocía muy bien las tarjetas, había guardado en su cabeza todo lo que había oído contar a hombres y mujeres muy viejos y viendo en mí a otro que podría recordar todo lo que oyera, me comunicaba cuanto sabía para que no se perdiera en la noche de los tiempos. Yo a mi vez, os las he hecho conocer a vosotros, pero nunca os he dicho que tengo un amigo navegante, uno de esos hombres que viajan por las grandes aguas, viviendo en esas grandes casas de madera que tiene alas, y que semejan montañas que caminan.

Aso para él y sus amigos mis mejores corderos y bafos y nunca se cansan de alabar mis asados. Mi amigo se dice castellano, por ser de un país muy lejano y misterioso que se llaman Castilla, al otro lado de la gran agua. A pesar de ser navegante es una buena persona, cosa rara en estos hombres que parecen engendrados por los más perversos espíritus del mal y que sólo se acercan a nuestras costas para robar ganados, mujeres y niños. Le guardo cosas de nuestra tierra y, en especial y como ya habéis supuesto, sangre de drago, que le trueco por otras de su país, muy singulares y hechas con esa maravillosa piedra que ellos llaman fierro. Algunas veces me sorprende con admirables frutos y con una bebida que lleva dentro el fuego de las brasas, a la que dicen vino.

Después de comer, a la luz de las hogueras, hacen sonar unos extraños instrumentos y cantan unas no menos extrañas canciones. Otras veces me cuentan sucedidos de su país y me hacen conocer sus costumbres. A mi turno tengo que hacerles saber las nuestras y las leyes por las

que nos regimos, así como las crónicas de nuestros reyes, heroes y sacerdotes. Sobre todo hay dos que siempre me están haciendo preguntas, a las que invariablemente contesto, si no es cosa secreta. Lo hago con gusto porque me escuchan muy atentamente y me complace hablarles de nuestra tierra, a la que ellos dan el nombre de Canarias, y otras veces de Isla de la Fortuna.

La última vez que estuvimos juntos quiso mi amigo guardar mis palabras en unos trozos de algo como piel muy fina pero que no lo era y que ellos llaman papel.

Es una gran cosa para guardar sabiduría ya que no necesitan memoria, pues todo cuanto hablan lo retienen en esos papeles por medio de unas pequeñas tarjetas que con una pluma de ave mojada en una agua negra hacen sobre ellos. Después al pasar la vista por lo pintado repiten lo que se dijo. Quizás parece que os quiera engañar, pero os juro por el Gran Espíritu Luminoso que es cierto cuanto os digo. No todos poseen esta magia, extraña habilidad o diabólico arte, pues no sé lo que es, por lo que uno de los navegantes tenía que decirle a otro las palabras que deseaba conservar. Como me parece interesante lo que en aquella ocasión se dijo os lo voy a repetir para que sepais cómo entienden nuestras costumbres algunos extranjeros. Así habló el navegante:

II

Voy a seguir dando satisfacción a las demandas de vuesa merced que me pide le cuente las cosas raras y curiosas que vea por estos mundos. Por lo tanto, y con la ayuda del bachiller López, a quien el vino y la Santa Hermandad le han hecho hombre de mar, continuo:

La historia que va en esta carta se refiere a uno de los hábitos que tienen los hijos de la isla que sus naturales

llaman Tamarán, que parece quiere decir País de Palmeras y que nosotros conocemos por la Gran Canaria, por el ánimo de independenciam de sus altos y fornidos habitantes, de por natural fieros y orgullosos.

Los antiguos, según dice nuestro común amigo el bachiller Jimen, le daban a estas islas el título de Campos Eliseos y colocaban en ellas su paraíso. Hoy, como vuesa merced sabe, se las conoce por las Islas Afortunadas o de la Fortuna, que viene a ser lo mesmo. Calculo que este nombre les viene por la bondad de su clima y no por el oro y la plata que se pueda encontrar en ellas pues no tienen metal ninguno, ni perlas ni piedras preciosas, como dicen que tienen otras islas, y sus frutos son muy escasos. Sus únicas riquezas son las que da la Madre Naturaleza sus ganados, sus tintes y sus bosques.

Las lluvias son suaves, por lo general, y lo mismo los vientos. No tienen ríos continuos porque la isla es corta y también sus barrancos y no llueve como para eso, pero muchos arroyos llevan agua durante meses y algunos siempre, especialmente en un extenso boscaje al que parecen nombran Terori. Mas lo que les falta en agua se puede decir que les sobra en leche, pues un verdadero río de leche sale de la multitud de sus rebaños, de cuyas reses aprovechan hasta los cuernos. Tiene gran abundancia de miel de las innumerables y silvestres colmenas que las abejas fabrican en los troncos de los árboles y en los huecos de las rocas. También sacan miel de sus profusos palmerales y de una frutica que da un árbol al que llaman mocan y al que tienen en mucho aprecio. No hay plantas venenosas ni animales dañinos y no me extrañaría que sus extensos y umbrosos bosques no sean la morada de ninfas y encantadores de que nos hablan los poetas. Los canarios son amantes de la música y el baile y al compás de tamboriles, flautas de caña, piedras, calabacicas y palos de musica trenzan sus danzas y cantan sus romances. Su len-

gua es viva, sonora y melodiosa y parece una mezcla de italiano y árabe.

La isla de Gran Canaria es casi redonda. Según dicen, tiene catorce leguas de norte a sur y doce de oriente a poniente y unas cuarenta en redondel. De sus costas, las más veces suaves, o para decir verdad, de sus amenas playas, se va elevando hasta terminar en una cima que forma una regular meseta de riscos y roquedas. Toda la isla es una montaña que se levanta del mar. De su cumbre arrancan cortas y profundas barrancas que son término de otras más pequeñas por donde discurren hasta el padre Océano las aguas de lluvia. En ellos se encuentran fértiles quebradas y abundantes terrazgos que sirven para pastar o ponerlos de sembradura, si no están cubiertas de monte bajo, verdes selvas o misteriosos palmerales donde no entra el sol, y cuyas palmas agita el viento con gracia cortesana como corresponde a céfiros tan suaves y gentiles como son los que soplan por estos parajes.

Y, ya puesta la escena, entro en la comedia. Voy a relatar a V.M. una historia que conozco por haberla oído de los labios de un amigo canario y, con este lance, uno de los más curiosos usos de esta nación.

Como buen navegante, temeroso de Dios, ruego a mi patrona, Santa María de la Guía, que avive mi agudeza para dar cabal cuenta de lo que es y deseo decir.

III

La acción de este romance comienza en diciembre, que para nosotros es el último mes del año y para los canarios viene a ser el sexto. Pero diciembre en la Gran Canaria no es, como en Castilla, el tiempo penoso de los vientos fríos que traspasan los muros y las ropas; el tiempo de las nieves que aislan los pueblos y matan al ganado, el tiem-

po de los campos yermos bajo la capa de yelo. Diciembre en la isla de las palmas es el mes en que las montañas están alfombradas de esmeralda, salpicada de botones de oro, o del alegre rojo del ababol, o por otras flores que vistosamente la engalanan. Todo el campo ha despertado al conjuro de las lluvias de septiembre y octubre. Los ganados bajan hacia la costa huyendo un poco de los altos pastos donde en estas fechas reina la niebla y las aguas de los cielos empapan la tierra formando regatos.

Junto con los hatos ha bajado Tamarate, arcompañado de otros pastores que le ayudan en las faenas más serviles. Tamarate aunque joven ha sido nombrado rabadan por su amo, un noble de Agaldar que le aprecia como hijo. Todos los siervos tienen que llevar el pelo rapado, por lo que nosotros les llamamos los trasquilados. Son siervos pero no esclavos, el amo se cuida de ellos y tiene que responder de sus vidas ante el faicag, o gran sacerdote, y aun mejor el gobernador de todo. Su categoría se distingue por sus vestidos y amuletos que cuelgan de su cuello. Tamarate tiene más de cuatro codos de alto, la frente amplia, pelo y barba oscuros y algo rizados, la boca de labios gruesos pero no groseros y los dientes fuertes y bien formados, ojos grandes y oscuros. El pecho amplio, miembros musculosos y la piel tostada como los argelinos. Viste tonelete de tejido de palmito y se cubre la cabeza con una montera que hacen la piel entera de un baifo, la cual puesta parece un gorro frigio(según dice mi amigo el bachiller López). Se abriga con una especie de jubon grande y suelto sin mangas, hecho de zalea, al que llaman tamarco.

Los canarios no saben tejer lana ni pelo de cabra, quizá debido a que sus reses, por efecto del clima, lo tienen corto y ralo. Tampoco tienen lino, pues esa planta no crece en sus campos, pero su industria les hace aprovechar los hilos que sacan de sus abundantes palmas y de los juncos que por todas partes cría la isla. Con estos materia-

les se fabrican una especie de tela gruesa pero dócil y suave al tacto. Con palmas y juncos hacen esteras, cestas y cuantas cosas les sugieren sus necesidades.

Los vestidos los tienen como gala y lujo, no como necesidad, pues el temple del país así lo pide. Cuando son pequeños van desnudos y descalzos, salvo los hijos de los reyes. Más crecidos usan un delantal para taparse las vergüenzas, delantal que en llegando a hombres, mejor dicho cuando son declarados hombres, sustituyen por unas pleitas hasta las rodillas de tejido de palma, o de cuero fino entre los ricos, o de zalea entre los pastores, que sujetan a la cintura con una tira de cuero o una cuerda. A este tonelete llaman guapilete. Son muy aficionados al baño y a estar desnudos, salvo las aramaguadas, una especie de vestales. Las mujeres usan un delantal o saya corta si son solteras, y larga si son casadas. Las aramaguadas visten una especie de hábito, de piel blanquecina. Los hidalgos usan esta faldellina en piel muy sobada y en color rojizo, labrada cuando quieren lucirse. El pecho y espalda lo cubren, como le dije anteriormente, con una especie de jubon largo y suelto sin mangas pero con un botón al cuello. Puede ser en piel correal, palmito o zalea, según la riqueza y posición.

IV

Tamarate ha bajado hacia la costa este año más pronto que otros y no ha sido el frío el que le ha hecho correr. Su prisa, su acucia, la motiva el amor, ese niño-dios de los antiguos que, como todos los niños, da muchos disgustos y es incorregible. Está perdidamente enamorado de Tenesina, hija de un príncipe de la sangre, un gaire, una especie de duque entre esta gente, que forma parte del consejo del rey, o guanarteme que así llaman a su señor natural. Tenesina fue puesta desde niña con las maguadas, que son

mujeres que guardan su virgidad y se consagran al servicio de sus dioses, que dicen viven en el sol y la luna, a los que dan muchos nombres. Las maguadas, otros dicen aramaguadas, habitan en comunidad en cuevas y casa especiales bajo la autoridad de una abadesa y, además de sus ceremonias del culto, se dedican a instruir a las hijas de los nobles en las labores caseras y maternas, saliendo de ellas para casar. Estas maguadas tienen la costumbre de hechar agua sobre la cabeza de los niños. Dios, Nuestro Señor, trajo a estas tierras, ya de luengo tiempo, unos catalanes que se lo enseñaron, por lo que yo los tengo por medio gentiles pero no por paganos.

Tornando a Tenesina diré que es alta y esbelta, con formas que daría envidia a la diosa Venus, y con tantas gracias en su porte que en las pocas presentaciones que estas doncellas hacen ante el pueblo Tenesina se lleva todas las miradas, como se llevó la de Tamarate, y con ella su ánima y sosiego. Tiene las cejas arqueadas, largas pestañas que dan sombra a unos ojos entre verdes y azules, como si el cielo y la mar se hubieran juntado para prestarles su color. La boca, no grande, de rojos y gordezuelos labios y la piel blanca. Ha un cabello ondeado y rubicundo, del color de la miel, llevándolo peinado en trenzas (algunas mujeres cuelgan conchas en la punta de estas trenzas). Cuando están en las ceremonias de sus cultos usan el cabello suelto, sujetándolo por medio de una tira de cuero que pasan por la frente. He de añadir, para mejor conocimiento de V.M., que los ritos de su religión consisten en oraciones cantadas que el pueblo acompaña, danzas, derrame de leche y procesiones, pero no matan animales ni hieren personas.

Todos llevan collares y amuletos pero en mayor cantidad las aramaguadas y sus sacerdotes. Algunas mujeres cuelgan de la punta de sus trenzas de pelo cáscaras de lapas, así mismo pulidas y brillantes u juncos majados y

teñidos. Las aramaguadas se cuelgan unos triángulos de hueso o conchas con unos dibujos triangulares que representan sus dioses. Gastan unas abarcas también blanquecinas. Tienen sus playas reservadas para bañarse, sufriendo grave penas el varón que no respeta, en la forma que sea, su recogimiento.

V

Tamarate, preso de la angustia de volver a ver aunque fuera de lejos a Tenesina, le ha dado por frecuentar los lugares por donde puede pasar la muchacha, desoyendo las advertencias de sus pastores que temen las represalias de los otros rabadanos al ver invadidos sus pastizales. Un día, entre los muchos que se encontraba ensismado en sus pesares, y que se había apartado un poco de sus rebaños, el habla de unas mujeres le hizo interesarse y mirar. Por un sendero que ascendía del fondo del barranco venía un grupo de aramaguadas a juzgar por sus blancas vestiduras. Fijándose con atención divisó entre ellas a Tenesina. El corazón le dio tal vuelco que casi le corta la respiración. Aparentando que se ocupaba de su ganado daba voces a los zagales sobre unas ovejas rezagadas y unas cabras díscolas pero en realidad era para que las mujeres le vieran y cuando callaron, aunque estaba vuelto de espaldas, supo que había conseguido su propósito.

He de aclarar a vuesa merced, para que mejor comprenda lo que sigue, que las costumbres de estos salvajes prohíben a los hombres dirigir la palabra a las mujeres cuando se las encuentran por los caminos, a no ser familia, y están obligados a cederlas el mejor paso, extremando estas finezas con las doncellas dedicadas a Alcorac, que así nombran a sus dios, aunque también le dicen el Señor de lo Alto, como los montañeses de la Basconia.

Tamarate no podía olvidar en modo alguno a lo que los usos y costumbres le obligaban, pero tampoco podía resistir al atractivo que para él tenía una de las mujeres que avanzaban por el camino en el que se hallaba, por lo que haciendo que cuidaba de que las reses no las molestaran se quedó junto a la vereda reteniendo entre sus brazos a un hermoso cabritillo blanco cuyos balidos llamaran la atención de las doncellas. Cuando estuvieron próximas a él se arrodilló delante de Tenesina, como si fuera la hija de un rey, y, sin decir palabra, le ofreció el animalillo. Las muchachas, pues eran jóvenes, rodearon alborozadamente a Tamarate y Tenesina, aceptando el presente, le ordenó se pusiera en pie y sin dejar de mirarle y sonreírle, pues le conocía de las luchadas, le agradeció el regalo. El pastor la miró a su vez y un arroyo de fuego le pareció entrarle por los ojos, destruyendo su cuerpo y dejándole mudo. Las mozas se alejaron tratando de hacer callar al baifo que balaba lastimosamente (baifo llaman en este país a los hijos de las cabras). Tamarate, sin ánimos se sentó en tierra. Al que ningún hombre había vencido en la arena había sido derribado por los ojos y las palabras de una mujer.

El mozo siguió sentado embebido en sus pensamientos y sin hacer caso de lo que le decían los zagales que habían acudido a su lado al marcharse las mujeres. Cuanto más recordaba las palabras y miradas de Tenesina más se daba cuenta de que no le era indiferente, pero esta idea en vez de calmarle le aumentaba su mal humor y le hacía sentir que el mundo que le rodeaba se había quedado oscuro como si una nube de tormenta le hubiera ocultado el sol. Aunque no quería pensar en ello no podía olvidar que era hijo de un siervo y no podía aspirar a casarse con la aramaguada, hija de un gaire, por mucha inclinación que ésta tuviera hacia él. Claro que si por una acción de guerra, especialmente contra los extranjeros, o por llegar a campeón varios años en las luchadas, encontrara un no-

ble que le apadrinara y le hiciera pasar a mejor condición bien podía esperar a que llegara el momento en que pudiera pedir al faicán le diara a Tenesina por esposa. Pero para esto era preciso. además, que Tenesina le siguiera mirando como hoy y que no se casara; todo era un sueño y la congoja se apoderó de su ánimo hasta pensar que el único remedio para sus penas era arrojarle por el cercano despeñadero. Se incorporó nervioso y desesperado, tratando mal a sus ayudantes, que prudentemente se alejaron de él. Mas piedras de las que eran necesarias puso en su honda cuando trató de agrupar a sus reses. Conforme pasaban los días iba aumentando su fosquedad hasta conseguir que los que le rodeaban le dejaran solo, aunque nadie pudo sacarle el motivo de su adustez.

Llevó al ganado a pacer por los parajes más solitario para evitar encuentros y poder pasarse los días a solas con sus pensamientos. Cierta día vio subir la áspera cuesta a Nanadía, su patrono, que le quería como un hijo. En otra ocasión hubiera corrido a su encuentro pero ahora realmente le molestaba, sin embargo fue hacia el hidalgo. La cuestión cambió porque Nanadía tropezó y a poco más rueda hasta el fondo del barranco. Tamarate, olvidando todo, corrió hacia él dando saltos y llamando a los zagales que, más ágiles, corrían como cabritos con la barriga llena de leche. El gaire, ya algo viejo, al poner el pie sobre una piedra se había torcido el tobillo y no podía caminar. Tamarate, a quien un temor de culpa llenaba el pecho, cogió al hidalgo al hombro y, seguido de los zagales y pastores, llevó al hombre hasta una cercana meseta donde había un acebuche, ya grande, rodeado de matas de retama con cuyas hojas hizo un asiento algo mullido. Después examinó el pie y levantándose buscó con la vista unas yerbas que ordenó le fueran traídas. Esto curará en pocos soles, dijo al gaire, te pondré la medicina y después te llevaré a tu casa. Cuando tuvo la yerba en sus manos

la extrujo hasta sacarle jugo, con el que frotó largo rato la piel del pie, después le abrigó con un trozo de zalea que cortó de su capa de aguas.

Ahora descansa y vamos a comer. Tengo higos secos y un buen gofio, pero si quieres ordeno que asen un corderillo. Nanadía se contentó con la leche por lo que ordenó que fueran ordeñadas las cabras que hicieran falta hasta que hubiera leche para todos. El ganado de estas tierras es poco rendidor, pero en cambio da una leche espesa y de suyo sustanciosa, que tomada a la manera canaria, cuando aún está tibia y espumosa y mezclada con gofio, es manjar muy agradable. Tamarate sirvió primero al hidalgo y después comió él, los zagales disponían los cuencos de barro, que aquí dicen gánigos, para su yantar.

Antes de continuar quiero ilustrar a V. M. que gofio llaman a una harina que sacan de sus sembraduras de cebada, a la que primero soasan en grandes casoletas de barro o sobre anchas lajas de piedra de las que abundan por aquí. Después lo muelen entre dos pequeños muelas de piedra movidas a mano y le quitan las pajuelas pasándola por cedazo de piel agujereada. El molino de que antes hablaba es igual a los que antiguamente usaban en Castilla y León y que heredamos de los romanos. Este gofio es una harina muy gustosa y la toman con leche o unida a la grasa y a los jugos de sus asados, asados a los que son muy aficoonados, y que a mí también me gustan. La cebada es de grano pequeño y de poca harina. El trigo, que así memo es chico y moreno, lo comen a usanza moruna, partido, y casi siempre cocido en leche y con semillas de hinojo.

VI

Los pastores se habían alejado de Tamarate y Nanadía, unos a cuidar las reses y otros al fondo del barranco a

lavar los gánigos y llenar los pelicos de agua de un manantial que nacía al pie de unas palmeras. Tamarate estaba muy metido en sus pensamientos pero unas palabras de su acompañante le sobresaltaron y le trajeron a la realidad:

Te estás haciendo un buen sanador pues por tu cura se me está pasando el dolor, aunque no sé donde lo has aprendido. Pero no me has preguntado el motivo de que haya venido a verte y que lo haya hecho sólo, cuando sabes que siempre llevo compañía, la que he dejado a la entrada del barranco. Ello me confirma lo que me han hablado sobre el cambio de tu caracter. Tu familia siempre ha estado al servicio de la mía por lo que te conozco desde siempre y ya sabes que he procurado que cambies de clase haciendo que llegases a ser campeón en las luchadas de Año Nuevo y si ahora eres pastor es porque tu así lo has querido y yo no se negarte nada, aunque deseaba otra clase de trabajo para tí.

Tus ojos reflejan un dolor impropio de tu edad, y mucho más de tu caracter, y ello me ha acongojado, aún más que el saber que rehuyes a la gente. Quiero que me cuentes la pena que así te tiene, si es algo que yo puedo saber, pues quiero ayudarte con la sabiduría que los hombres de Alcorac, los días y los sucesos me han ido dando. Sabes que te quiero como si fueras el hijo que los espíritus del Gran Sueño me quitaron y he venido para saber tu aflicción.

Tamarate le miró por un tiempo, indeciso, y al cabo volvió a esquivar su mirada. Nanadía comprendía sus dudas, pues por lo que le habían contado los zagales casi, casi, sabía a que atenerse, y pacientemente esperó. Le conocía bien y tenía la certeza de que al fin hablaría, como así fue:

No sé qué mal espíritu se ha apoderado de mi y de mi pensamiento, dijo el mozo, o qué brujo, maldito sea de

Alcorac, me ha hechizado con su maleficio. Desde hace dos años estoy enamorado de la maguada Tenesina, la hija del gaire Artiman, y por mucho que hago para arrancarme este amor más me inclino a él. No puedo casarme con ella por ser pastor y eso me pone triste y apesadumbrado. Luchó cuanto puedo para sacar de mi ese deseo y ese enamoramiento y cuanto más me lo quiero sacar más fuerte lo siento dentro de mi sangre y de mi pensamiento y de todo mi ser, quizás porque lograr lo que ansío es imposible. Ya ves como mi mal no tiene remedio ni hay medicina que lo cure, tampoco puedo hablar con nadie de mi pasión pues los envidiosos harían mofa de mi.

Los zagales trajeron los gánigos limpios y los pellicos de baifo llenos de agua. Nanadía los alejó con una orden y durante un rato permaneció en silencio, pensativo. El joven, viendo que la sombra del árbol corría y el noble no replicaba ni respondía, pasó de la duda a la angustia considerando que su delito era más grave de lo que le había parecido en un principio. Cuando notó que su patrono se disponía para hablar se le escapó un involuntario suspiro.

Buena pareja, decía el hidalgo, harías tú con Tenesina, una pareja digna de Agaldar y de Tamarán. Por saber lo que sé, y que voy a decirte, por conocerte desde pequeño no se puede negar que los renuevos salen del viejo tronco. Por mi autoridad y mis años te ordeno guardes para ti lo que vas a saber, y para atestiguar con más verdad, aunque no sea necesario, pongo a la sagrada roca de Tirmac por testimonio de mis palabras.

Si Tamarate estuvo desasosegado con el callar de Nanadía, sus palabras de ahora le sumieron en el desconcierto. Por esta causa contestó, casi sin saber lo que decía: No precisaba poner tal testigo de tus palabras para que yo te creyera y cumpliera tus órdenes, pues tu eres para mi mi padre y el padre de mi padre.

Tu abuela, continuó el hidalgo, la madre del padre de tu padre, era de sangre real, descendiente de un poderoso rey de Tamarán, aunque ella no lo sabía, y esta es la historia que quiero guardes para tí pues no es cosa de sacar al sol los lances que están guardados, y tu caracter no hace sino recordarme los romances que se cantan de aquel gran rey. Haré lo que hace mucho tiempo tenía pensado, y debía haber hecho sin dejarme llevar por tus caprichos, tomarte por hijo. Ya habrás comprendido que aunque lejana tienes mi misma sangre y eres algo noble. No cuidarás más ganado, vivirás junto a mí, si el faicag no dispone otra cosa. Ten tu genio y evita las riñas, déjate crecer el pelo y empieza a portarte como un jefe. Nada más tengo que decirte pues sé que las acciones indignas no entran en tu pensamiento. Llama a los muchachos y nombra un mayoral. Vamos para mi vivienda que el día está declinando.

VII

Todos los hijos del rey de los canarios, aunque no lo sean de la reina, son considerados hidalgos, y también son considerados como tales los niños que el Guanarteme, que quiere decir rey, coja de la mano y así lo declare. Pero para que V.M. comprenda mejor lo antedicho por Nana-día paso a explicaros el curioso modo que tienen los canarios de hacer noble a un mozo que no lo sea por nacimiento y en cuya ceremonia va ímplicita la de armar caballero y hacerle por encima de los demás, aunque lo de caballero es un decir pues no tienen caballos ni otras bestias de carga y sus armas son de madera. La forma de crear y calificar de hidalgo que paso a referiros se usa con los héroes que hayan salido vencedores en varias batallas, con los campeones por varios años en sus lizas de fuerza y destreza c cuando algún noble desea que algún mozo, por amor

a él o por sus servicios, pase a más alta condición, siempre que el faicán estime que el mozo se lo merec. Y sepa vuestra merced que a un noble canario le está vedado, so pena de perder la nobleza, matar animales, hacer faenas serviles, matar o herir personas si no es defendiendo su vida o su patria. Pienso que esta costumbre está tomada de los moros, cuyos reinos están muy cercanos de estas islas.

Nanadía habló con el faicán, otros dicen faicag, que viene a ser como el obispo, mejor aún el Papa, de su religión, lo que sabía sobre Tamarate y sus intenciones de tomarlo como ahijado, poniendo otra vez como testimonio de sus palabras al monte Tirmac. Este es un lugar muy sagrado para estos gentiles y que tiene derecho de asilo al igual que nuestras abadías y monasterios. Es muy querido desde que una célebre reina, a la que tienen como santa, llamada Andamana, lo eligió para su tumba. Juran también por otros lugares, pues tienen dos más así mismo considerados santos, llamados Umiaga y Bentaiga. Esta es su forma corriente de jurar, pues hay otro juramento más fuerte que consiste en poner como testigo de sus palabras al Sol, ya que le consideran morada de su dios.

El faicán ordenó que Tamarate fuera junto a los sacerdotes encargados del adiestramiento de los mozos tanto para la guerra como la paz. Estos le purificaron y prepararon para presentarlo al rey en las próximas fiestas de Año Nuevo, que ellos celebran en nuestro mes de junio.

Tamarate fue traído de los lejanos colegios del sur a la capital religiosa de la isla, y corte de los reyes, Agaldar. Allí, en compañía de sus padrinos, aguardaría el momento de su elevación. Llegado el día de la ceremonia esperarían ser llamado para ser presentado al guanarteme. El rey de los canarios se halla sentado en un sitial que consiste en una gran piedra recubierta de zaleas en color rojizo. Junto al rey está su Consejo Real, al que ellos lla-

man Sábtor, compuesto de seis consejeros que reciben el nombre de gaires, escogidos entre los hidalgos por su coraje en la guerra o por su sapiencia. Ayudan al Guanarteme en las cosas de la guerra y al faicán en los asuntos del bien público.

Cuando le llegó el turno a Tamarate, pues eran tres los aspirantes, el Gran Sacerdote se adelantó, junto con el mozo, hacia el corro de espectadores, gente noble en su mayoría, y en alta voz, para que fuera oído por todos, dice:

A este pretendiente, descendiente del gran rey Gumidafe, no se le tiene en cuenta que preparó alguna vez la comida con sus manos pues ignoraba su condición. De todo ello ha sido convenientemente purificado. Conjuro a los presentes, en el eterno nombre de Alcorac, para que digais si habéis visto, o si sabéis, que Tamarate, hijo de Garanona, hijo de Ninidade, hijo del rey Gumidafe, ha matado cabras u otros animales no yendo de caza. Si ha hecho robos en tiempo de paz. Si hablado mal de alguna mujer o ha sido descortés con ella. Si ha maltratado niños o ancianos. Si ha mentido o hecho engaños o ha dejado de cumplir sus promesas. Si ha hecho falsos juramentos. Si ha herido o dado muerte a persona sin ser en defensa propia o en la guerra.

El Faicán paseó su mirada por los que estaban reunidos sin que nadie alegara cargo alguno contra Tamarate. A una señal del sacerdote, Nanadía se juntó con él y los tres avanzaron hasta el asiento del rey de los canarios, ante quien el mozo se arrodilló y postró besando su pie. El Guanarteme se levantó y ordenando que Tamarate levantara la cabeza le tomó de la mano diciendo: Te hago guerrero de guerreros desde hoy. El faicán con unas piedras cortantes le cortó el pelo por debajo de las orejas como distintivo de haber llegado a mayor y capitán. Después le entregó la lanza de madera mientras le decía: Esta lanza que te entrego es para defender tu vida ,tu nación y a tu

rey. Quiébrala en tus rodillas antes de emplearla en acciones vides y deshonorosas. Júrame que así lo harás poniendo como valedor el santo nombre de Alcorac. El nuevo hidalgo hizo el juramento, besando después el tamarco del rey en señal de acatamiento y obediencia a las leyes acordadas por los ancianos, que esta gente tiene en gran miramiento. Creo que lo he dicho, pero quiero aclararle que tamarco viene a ser como una ropillo larga, sin mangas, de tejido de palmito para los menos nobles, y de piel correal, teñida, para los reeys, faicanes y los hidalgos, que llevan suelta o abrochada al cuello por medio de un botón de barro, de hueso o de concha de lapa.

Concluída la ceremonia, y una vez que se hubieran apartado los demás, Nanadía volvió a repetir a su apdrinado sus competencias como noble, pues esta gente principal canaria es muy puntillllosa sobre sus dignidades, deberes y prebendas. Además, cuando llegaron a la gran cueva de dos pisos que era la vivienda de Nanadía, le mostró un rebaño de doscientas cabezas escogidas como regalo para que Tamarate tuviera su propia hacienda, aunque pequeña, pues estos hidalgos, por serlo, tienen que tener su riqueza, y con el ganado a sus pastores.

Y aquí tengo que cortar mi narración, bien a mi pesar, V. M. sabrá perdonarme si hago punto final, debido a que mi amigo el escribiente se está cayendo de sueño y no estoy muy seguro de que en este estado escriba fielmente lo que yo digo. Otro día, Dios mediante, seguiré notificándole sobre los usos y costumbres de estas gentes, de esta isla de Canaria y de las otras”.

Así habló el navegante. Yo voy a añadir las cosas que él no sabía. Que Tamarate fue poderoso con el tiempo, que fue padres de arrogantes mozos y ejemplo de hidalguía. El fue uno de los que lucharon junto al guanarteme de Agaldar cuando el rey de Telde se rebeló contra la autoridad

que el Mas Alto Señor y la sabiduría de los hombres habían dado a nuestra ciudad, en el tiempo en que la tierra se había vuelto a dividir en dos reinos, rompiendo lo hecho por la reina Andamana, ensalzado sea su nombre, para dar cumplimiento a la última voluntad del rey Tagoter.

Pero no es cosa de empezar con esta nueva historia, un poco larga, y que, junto con otras muchas, será mejor dejarla para otra ocasión, que espero y deseo sea pronto.

Con este relato doy fin a los agradables días pasados entre vosotros y pido al Señor Alcorac, que es el dueño de todas las cosas, nos permita reunirnos de nuevo, cuando yo termine con mis compromisos.

Que el Mas Alto Señor os colme de dicha y de felicidad. Que el Dueño de los Destinos sature vuestra vida de alegría y aleje de vosotros los malos espíritus del dolor. Que El haga que vuestros ganados sean tan numerosos como las estrellas de la noche.

Y como yo, Naguadac, tengo que dejaros por un tiempo pues he de acompañar a uno de mis amos, los frailes, para servirle de lengua, digo lo mismo que mi maestro Tagaire. Que Dios os bendiga mis zagalicos. Me acordaré mucho de vosotros pues ya sois parte mía, un poco mis hijuelos.

GLOSARIO DE ALGUNAS VOCES GUANCHES USADAS EN ESTE LIBRO

ALCORAC. Era el dios supremo de los grancanarios. Puede venir su nombre de la palabra árabe **ALCOR**, la colina, lo alto.

AGALDAR. Agaldar era uno de los diez reinos o comarcas en que estaba dividida la Gran Canaria y que siempre se conservó a pesar de la conquista de la isla por los reyes Atidamana y Gumidafe, como lo demuestra la lista de los delegados que en 1.476, ya muertos los reyes Atidamana, Gumidafe y Artemi Semidad, fueron a firmar la paz en Lanzarote con Diego de Herrera e Inés Peraza.

—Estas comarcas eran diez: Agaldar, Telde, Agüimes, Tejeda, Aquejata, Tamaraceite, Arucas, Lagaete, y las dos cumbres: Artiacar y Artebirgo. Art-ebirgo quiere decir tierra, o territorio, de pozos, o de aguas, y debía estar situada al norte de la isla. Art-iacar, que es tierra de pastos, estaría situada al sur. Esta partícula, **ART**, aun la tenemos en varios nombres de pueblos de Gran Canaria, por ejemplo, Artenara = territorio de fuego, donde parece que ocurrió la última erupción volcánica de la isla.

—También la tenemos en el nombre de un rey, Artemi Semidad. Art, territorio, emi, príncipe. Artemi Semidad podría traducirse por el de Rey poderoso. Parece que después de Artemi sus descendientes tomaron el sobrenombre de **guadartemi** = descendiente de Artemi.

ATIDAMANA. Atidamana, según el ilustre filólogo canario, Alvarez Delgado, quiere decir alta princesa. De

estas altas princesas y grandes sacerdotisas, que poseían secretos y conocimientos vedados a los sacerdotes, por altos que fueran, tenían que haber varias en la isla, aunque pocas, pues, cuando la Atidamana de Agaldar llegó a ser reina se llamó GUATIDAMANA, o sea, la primera entre las grandes sacerdotisas. También, al parecer, se la llamó ANDAMANA, que, según el mismo D. Juan Alvarez Delgado, significa "la gran madre".

AZARQUEN, arroje de yoyas.

¡ALMENE ALCORAC!, ¡xálgame dios!

AMODAGAC, lanzas y venablos de madera con la punta endurecida al fuego.

ARAMAGUADA, mujer noble en general.

ACHATIRAJANINO, jefe del Risco Blanco o tir-ahanac.

ARAMATONOQUE, cebada molida y amasada.

BAIFO, cabrito.

DORAMAS. Es el heroe popular en lucha con el invasor, sólo que acostumbrado a luchar con otros guerreros isleños no se dio cuenta de que las armas de los castellanos eran superiores a las de madera de los canarios. Su verdadero nombre es ADOR-HAMAD = nariz grande y saliente.

FAYACAN, gobernador de comarca o segundo jefe.

GUANARIRAGUA. Faicag de Telde, hermano de Benta-goo, guadaterme del reino sureño. Destruyó la torre de Gando y luchó con varios invasores: Diego de Herre-

ra, Diego de Silva, portugueses y Pedro de Vera. Vivía en Tara, Telde. Aún se conserva su vivienda.

GAMAD, bastante o no más.

GOFIO, harina de cebada, después de haberla soasado y molido.

GAIRE, consejero de guerra del gadaterme. Los consejeros de otros personajes de menor categoría que el rey eran AGUATEKE.

GUAYADEQUE (GUAD-EYEK) Gran barranco de la Gran Canaria que tiene un largo trecho con muchas cuevas funerarias. Debió ser un territorio sagrado y religioso para los antiguos canarios.

TENESORT (TEINESORT) gran jefe de guerreros con mando sobre otros capitanes y que en ocasiones asumía el carácter de sacerdote.

TAGOROR, lugar de reunión de los consejos, bajo la presidencia de un jefe que recibía el nombre de TAGO-RESTE.

TAJARENEMEN, higos pasados.

TAMARAN, han tomado esta palabra como nombre de la isla, no lo estimo así. Según D. Juan Alvarez Delgado, Tamarán es "bosque de palmeras", o sea, Tamarán sería el lugar donde está Las Palmas.

TAMARANONA, carne frita con sebo.

TIJAYAN, carnero.

GUAYAFAN, capitán.

TAMARAGUA, ¡buen día te deseo!

TARJA, señal o pintura para recordar alguna cosa. Equivalían a nuestros números y letras, las pinturas de la Cueva Pintada de Gáldar eran tarjas.

BERNEGAL, olla de barro.

YOYA, fruto del árbol llamado mocán, con la cual se hacían licores y miel

GUMIDAFE (gomad = espalda, ife = monte) =espalda levantada. Rey de Agaldar que se hizo con toda la isla. Era un guerrero muy cumplidor de las leyes de los Ancianos, de una gran seriedad y espíritu de justicia, muy iracundo cuando se encolerizaba. Fue un gran luchador que guerreó tanto con los reyes de Gran Canaria como con los soldados invasores de otras naciones europeas, saliendo vencedor en todas las batallas.

INDICE

	<u>Pág.</u>
Quien soy	5
El collar	9
Aterure	21
La sequía	47
Don Fernando de Agaldar	61
Luz de la Mañana	67
Benhananac	81
Fatama	93
Pajarita Cantarina	109
Naríz de Perro	125
Los mallorquines	145
Relato del navegante	153
Glosario de algunas voces guanches usadas en este libro	173

FE DE ERRATAS

PAGINA	LINEA	DICE	DEBE DECIR
5	4	de Telle	Soy de Telle
5	12	pendenciaro	pendenciero
7	7	y esto por la parte que toca	y esto por la parte que me toca
10	31	se hacen comilonos	se hacen comilonas
12	3	enroladada	enrollada
40	19	lavrle	lavarle
116	26	de que sea solamente	de que vea solamente
117	9	de que nos haya disuelto	de que no se haya disuelto
119	10	pero cuando más silencio	pero cuanto más silencio
119	15	de palmito y collar	de palmito y callar
120	3	¿Cuál mal espíritu?	¿Qué mal espíritu?
126	26	está dorminado	está dormido
130	7	de su distdito	de su distrito
138	33	si apela	si apelo
140	22	Romina	Romani
145	16	un animal con cuerpos	un animal con cuernos
147	24	quedaron varios ermitas	quedaron varios eremitas
159	26	que hacen la piel	que hacen con la piel
174	10	¡xálgame dios!	¡válgame dios!

DEL MISMO AUTOR

NARIZ DE PERRO
(COMEDIA)